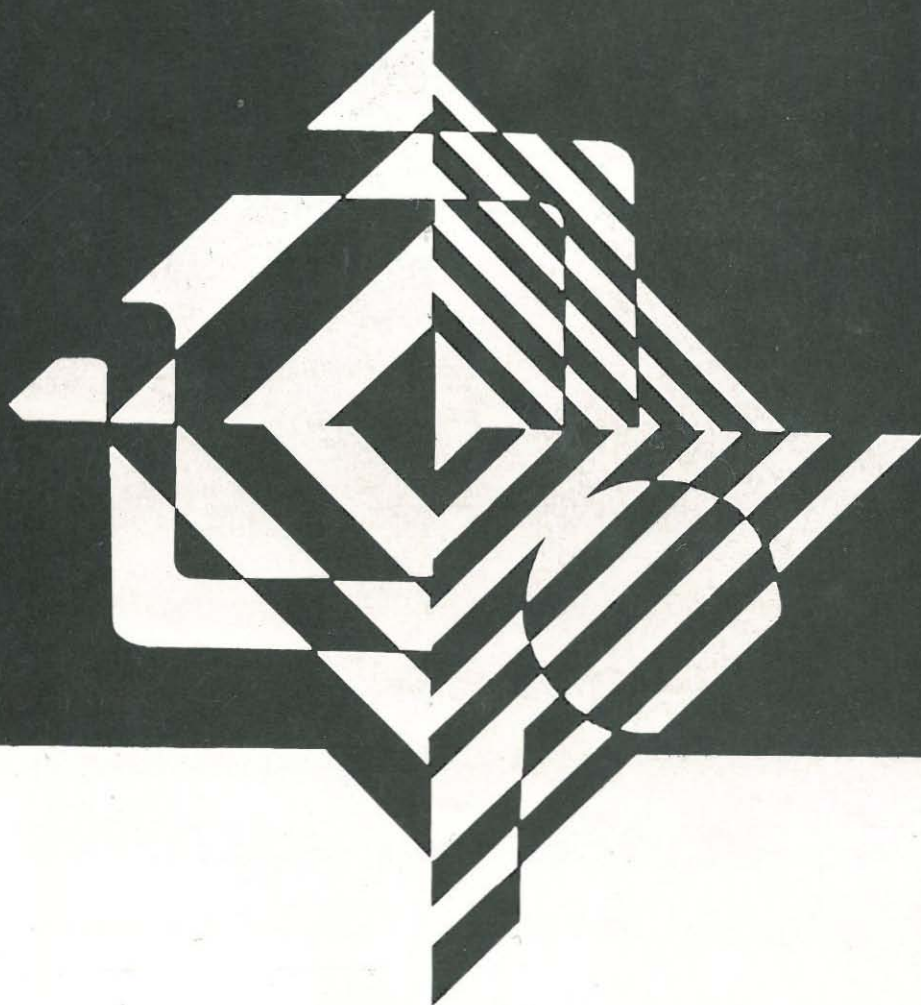


revista

ISSN 0544 - 9189

biblioteca nacional



23 montevideo



MINISTERIO DE EDUCACION Y CULTURA

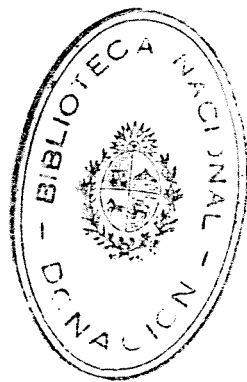
Dr. JUAN B. SCHROEDER

Secretario de Estado

BIBLIOTECA NACIONAL

Académico ARTURO SERGIO VISCA

Director General



Carátula MARTHA RESTUCCIA

Cuidado de la Edición ALICIA CASAS de BARRAN

**REVISTA DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL**

**REVISTA DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL**

**Nº 23
DICIEMBRE 1983
MONTEVIDEO**

Revista de la Biblioteca Nacional. -- año 1,
n° 1 (1966)-

Montevideo: BN, 1966-

v.: Il.; 25 cm

Irregular

ISSN 0544 - 9189

1. URUGUAY - ENSAYOS

I. Montevideo. Biblioteca Nacional

PN517

U864.05

La Revista de la Biblioteca Nacional es una publicación de este Instituto. Se establece canje con publicaciones similares. Dirigir la correspondencia a: 18 de Julio 1790 - Casilla de Correo 452. Montevideo, Uruguay.

**LIBROS, LECTURAS Y BIBLIOTECAS DURANTE
LA COLONIA Y LA REVOLUCION ARTIGUISTA**

**Antecedentes culturales de la fundación de la
Biblioteca Nacional**

por

OSCAR JORGE VILLA

ALICIA FERNANDEZ

Las páginas que se han de leer a continuación constituyen la Introducción de un trabajo en elaboración referente al medio cultural en el que surgió la Biblioteca Nacional.

El objetivo de la misma es precisar los conceptos de "biblioteca" y de "libro" desde una perspectiva semántica e histórica. Y, además, apreciar la evolución de las bibliotecas en América desde la colonización europea hasta el período de la independencia inclusive. Nos trazamos como meta observar cuáles fueron las peripecias de las diferentes bibliotecas nacionales americanas en el siglo XIX para ubicar en esas coordenadas los inicios de la nuestra.

Resulta una afirmación sencilla sostener que a las bibliotecas asisten los lectores que, atendidos por funcionarios formados para esa tarea, han de consultar el material custodiado en sus anaqueles. Pero, he ahí, en ese aserto, los elementos capitales que hacen de aquellas instituciones las entidades básicas para el quehacer intelectual del hombre en la sociedad: lectores, personal competente y, fundamentalmente, libros.

Instituciones, aseveramos líneas arriba al referirnos a las bibliotecas. Ello porque, en el lenguaje de los sociólogos, constituyen éstas un sistema interrelacionado de roles y normas sociales organizados para la satisfacción de una necesidad o función social importante.(1) Que, en este caso, es la educacional, entendido el vocablo con un significado amplio. Ya en el de la educación en su acepción estricta, formal, por la presencia en sus archivos y estantes de documentos, manuscritos, libros, revistas, folletos y periódicos, a los que cabe agregar mapas, cuadros, fotografías y grabaciones. Ya en uno general, por constituir un adecuado medio informativo para el público que acude a sus salas ávido de testimonios sobre el pasado y el presente. Por ende, en este papel de institución educacional, actúa en el proceso de trasmisión de conocimientos de una generación a otra.

Primer elemento a elucidar, a precisar en sus detalles, es, pues, el concepto de biblioteca desde un punto de vista general.(2) *"En el genuino sentido etimológico del vocablo, biblioteca significa guarda o custodia de los libros, vale decir instituto que provee a su conservación. El significado originario de biblioteca —continúa Domingo Buonocore(3)— como caja o mueble para guardar los libros, se fue ampliando en el curso del tiempo y hoy se expresa indistintamente con esta palabra, además del armario para depositar los volúmenes, el local o edificio, la institución como entidad de lectura pública y, finalmente, la colección de obras análogas o semejantes entre sí que forman una serie determinada"*. Desde el punto de vista técnico, sostiene el autor citado, es una colección de libros catalogados de acuerdo con un sistema dado y puesto a disposición de los estudiosos para su consulta. Catalogados en cuanto existe un asiento descriptivo del libro y una ordenación de estos asientos para formar la lista o nómina de los mismos.

Su fin sería doble: conservarlos y facilitar su entrega a los lectores. En cuanto a la custodia, considérese que en la antigüedad y aún hoy día, los directores solían y suelen ser llamados precisamente "conservadores". Sobre el segundo punto, Agustín Millares Carlo insiste en la utilidad pública o particular de las bibliotecas, como ya indicáramos, y en el propósito que les anima de formación intelectual en el campo científico, literario, técnico o de índole social y estética.(4)

Tienen la importancia de poner a disposición del público los instrumentos de superación que transforman su vida e incrementan su valor en la

sociedad. Gravitan, por lo mencionado, desde un ángulo cuantitativo y cualitativo, en la formación de la opinión pública. Esto es, en las actitudes y juicios prevaletientes de los miembros de una comunidad sobre ciertos temas, y en los intereses y valores activos o potencialmente activos de ésta.(5) Ya Maquiavelo destacaba la trascendencia de la opinión pública, al extremo que tenía consideración por la "pública voce", a la que juzgaba más constante y con juicios más acertados que el príncipe. Ello adquiere —en el plano de las bibliotecas— mayor relevancia si se tiene en cuenta que hoy, quinientos años después de Maquiavelo, la nota característica de la convivencia humana es la sociedad de masas. Sobre el tema escribe André Maurois: *"Vivimos un período en que todos los hombres, en países cuyo número aumenta cada día, disfrutan de igualdad de derechos, participan en el gobierno de la nación y componen esa opinión pública que, por la influencia que ejerce sobre los gobernantes, llega a decidir en último término la paz y la guerra, la justicia y la injusticia, en una palabra, la vida de su propia nación y la del mundo entero. Ese poder del pueblo, que es la democracia, exige que las masas convertidas en fuente de autoridad, reciban la instrucción necesaria sobre todos los grandes problemas. Y aunque esa instrucción se dé cada vez más y mejor en las escuelas, no podrá ser completa si la biblioteca no se convierte en auxiliar de aquéllas"*.(6)

Para comprender lo que estas instituciones significan, y el papel que desempeñan en ella los bibliotecarios, es necesario, de acuerdo con las impresiones de José Ortega y Gasset, partir no de un ideal abstracto que pretendiese determinar de una vez y para siempre lo que es una biblioteca, ni del hombre que en ella trabaja, es decir, en lo que a éste se refiere, de sus gustos, curiosidades o conveniencias. Resulta imprescindible observar la necesidad social vinculada a éstos, establecimiento y funcionario. *"Y esta necesidad, como todo lo que es propiamente humano, no consiste en una magnitud fija, sino que es por esencia variable, migratoria, evolutiva —en suma, histórica"*.(7)

Las primeras bibliotecas aparecieron en sociedades teocráticas del Antiguo Oriente, especialmente en Egipto y en Mesopotamia, cuyos libros —como se anotará más adelante— asumían la forma de rollos de papiro y tabletas de arcilla. Fueron famosas las de Tebas, Karnak y, en particular, la de Tell-el-Amarna porque contenía el archivo diplomático faraónico.(8) Eran fundadas en los palacios y templos; no tenían carácter público y redundaban en beneficio de una élite, la de los sacerdotes y escribas. En Mesopotamia, donde sobresalieron las de los templos de Babilonia y Nínive, la de esta última alcanzó a albergar 22.000 tabletas.

Señala Domingo Buonocore que en los pueblos de la antigüedad *"(...) no se hacía distinción entre las colecciones de libros y manuscritos, pues los volúmenes y los documentos afectaban la misma forma exterior y exigían los mismos métodos de conservación. Por consiguiente —concluye— en los orígenes, la biblioteca y el archivo son instituciones y conceptos que se identifican"*.(9) Cartas, textos de los tratados, leyes, lista de los vencedores, etc., constituían el material que se custodiaba en los archivos.

En Grecia las más antiguas bibliotecas pertenecieron a particulares, escritores y filósofos. La de Pisístrato (¿600?-527 a.C.), el tirano de Atenas que editó las obras de Homero, parece haber sido la única pública. En la época helenística, cuando la transculturación entre Oriente y Occidente, la biblioteca del museo de Alejandría, creada por Ptolomeo Soter (siglo IV

a.C.) y enriquecida por Ptolomeo Filadelfo (siglo III a.C.), puede ser considerada — escribe Pierre Lavedan(10) — como una colección también pública. Conocemos los nombres de muchos de sus bibliotecarios: Demetrio de Falera, Eratóstenes, Aristarco, Aristófanos de Bizancio, Calímaco, Apolonio de Rodas, todos ellos vinculados con las tareas culturales del esplendor helenístico. Estaba constituida por dos colecciones: la del Museo, con 490.000 volúmenes, y otra más pequeña, ubicada en el templo de Serapis, con unos 200.000 duplicados. Poseía además un catálogo en 120 tabletas. Anexo a ella se hallaba el Museo — lugar destinado a las Musas —, donde se desarrollaban los estudios científicos y, simultáneamente religiosos, por su condición de santuario. Salas de trabajo, laboratorio, observatorios, y, quizás un jardín botánico para plantas y animales exóticos componían el sitio donde sabios y letrados se reunían y vivían a costa del Estado.

Fiel reflejo de la interdependencia con la situación política del momento histórico correspondiente, la biblioteca de Alejandría (como, quizás, todas sus similares) no escapó a los vaivenes que se producían en la sociedad. Fue incendiada tres veces. Por César en el año 47, cuando se apoderó de la ciudad, la primera; en otra ocasión por los cristianos, en el 391, enemigos acérrimos de los libros paganos, y, en última instancia, por los turcos (868), que la destruyeron en forma definitiva.

En lo referente a los establecimientos romanos, se afirma que en el año 39 d.C. Asinio Pollion estableció la primera biblioteca pública en el atrio del Templo de la Libertad. Treinta serían las que detentaba Roma a fines del siglo IV. Los emperadores las fundaron en todas las provincias. Sobre la de Adriano, en Atenas, el historiador y geógrafo del siglo II d.C., Pausanias, nos dice que poseía pórticos de 100 columnas en mármol frigio; las salas tenían cielos rasos dorados y estaban revestidas de alabastro, y adornadas con estatuas y pinturas. Formaba un vasto cuadrilátero de 122 metros de largo por 82 de ancho que rodeaba un patio central arreglado, posiblemente, con un jardín. El pabellón central, en el Este, contenía la biblioteca propiamente dicha, de dos pisos, donde se reconoce el lugar de los armarios para los libros: un gran nicho central entre dos hileras de cuatro nichos más pequeños. En los dos extremos del edificio, estaban las salas de conferencia y de trabajo.

Para la ubicación de los lugares correspondientes se prefería la exposición al levante, a fin de tener mayor claridad en la mañana, que era, por lo general, la hora de labor, y, además, porque se deseaba evitar la humedad y el ataque de las polillas acarreadas por los vientos. Los libros eran colocados en armarios o estantes. Figuras de un sarcófago romano y pinturas los muestran a unos en rollos, otros encuadernados, sobre los anaqueles, que se cerraban por medio de hojas o postigos batientes. La biblioteca de Herculano, descubierta en 1752, era una pequeña cámara, a una altura de seis pies aproximadamente. En el medio, había un armario aislado, ocupado de la misma manera. Estos estaban hechos de madera; la sala, decorada con lujo: poseía estatuas y bustos de escritores y otros hombres célebres, e inclusive de las Musas y de Minerva.

Sobre el carácter de estas bibliotecas antiguas (la de Alejandría en especial), Mariano Moreno, inspirador de la fundación de la de Buenos Aires (1810), emitió su opinión. Realizada la misma en las circunstancias históricas de su momento y conforme a su ideología, propia del siglo XVIII. Afirmaba que en aquella los libros no se destinaron tanto a la ilustración de

los pueblos respectivos, "(...) *cuanto a ser una demostración magnífica del poder y sabiduría de los reyes que los habían reunido. Así —finaliza—, los fines de esta numerosa colección correspondieron al espíritu que le había dado principio; seis meses se calentaron los baños públicos de Alejandría con los libros que habían escapado del primer incendio ocasionado por César, y el fuego disipó ese monumento de vanidad del que los pueblos no habían sacado ningún provecho*".(11) Sólo que, al margen de lo acontecido con la biblioteca de Alejandría, corresponde indicar en una evaluación general, que el resto de los establecimientos cumplió con su tarea de conservar las obras y, con ello, de legarlas a la posteridad.

Durante la Edad Media, y antes del nacimiento de la imprenta, adquieren enorme importancia las bibliotecas monásticas que, con la práctica de transcribir manuscritos se transformaron en los medios adecuados para perpetuar la cultura greco-latina. Florecieron en Francia, Italia, Alemania, Islas Británicas y España. En este último país, la biblioteca de Ripoll en Cataluña, tenía, según los inventarios correspondientes, 65 códices en el año 979; 192, en 1047 y 246 a mediados del siglo XII. Los musulmanes desempeñaron similar papel. En la biblioteca reunida en Córdoba por la dinastía omeya, figuraban en gran número los códices griegos. *"En la misma ciudad desplegóse gran actividad en la traducción al árabe de muchos textos griegos; estas versiones, retraducidas más tarde al latín, pusieron parcialmente al alcance de los sabios medievales las obras de muchos autores célebres"* (...).(12)

Reyes y magnates, eruditos, hombres de letras y universitarios se sumaron a los religiosos en su interés por los libros hacia fines de la Edad Media y comienzos de la Época Moderna. Surgen de este modo establecimientos de renombre: en el Escorial, el que fundara Felipe II (1565), con 4.000 volúmenes iniciales; la biblioteca Ambrosiana, así denominada por San Ambrosio, patrono de Milán, creada a principios del siglo XIV por el cardenal Federico Borromeo y compuesta por 15.000 manuscritos y 35.000 volúmenes.

Es en el período transcurrido entre la decimosexta y decimoctava centurias que nacen bibliotecas nacionales de gran importancia. La de París, iniciada quizás en la época de Luis XII (1498-1515), aumentada por Luis XIV (1643-1715) merced al celo de su ministro Colbert, y Luis XV (1715-1774). La de Madrid, con antecedentes en el siglo XVII, fue establecida gracias a los impulsos de Felipe V (1700-1746) con 8.000 volúmenes entre manuscritos e impresos. En 1759 se abrió al público el Museo Británico que pasó, a principios del 800, de su lugar originario a otro de planta cuadrangular en cuyo interior se erigió, en 1857, la sala de lectura con capacidad para 500 personas. Italia, además de tener instituciones eclesiásticas, provinciales, municipales y populares en la materia, contó y cuenta con siete bibliotecas nacionales; de ellas, dos centrales, las de Roma y Florencia. Es interesante hacer notar que la romana fue abierta al público en 1876 con el material que disponía la biblioteca mayor de los jesuitas y otras 69 conventuales suprimidas, como consecuencia del proceso de unificación nacional que estuvo caracterizado por el enfrentamiento entre la Iglesia y el Estado.

El desarrollo de estas instituciones se vincula con el hecho que ya mencionáramos respecto a sus funciones. Que las mismas constituyan, en un principio, lugar de conservación de los libros y, con posterioridad, establecimientos abiertos al público. En este último aspecto, su trascendencia está

relacionada con los acontecimientos históricos correlativos. Desde esta perspectiva, el análisis a realizar se enlaza con las posibilidades de acceso de los individuos a sus salas; es decir, con los cambios sociales que permitieron a éstos participar de derechos que antes eran reducto exclusivo de minorías privilegiadas. Entre ellos, la enseñanza, o sea la llave —como dice André Maurois— que abre las puertas de las bibliotecas.

“Con la Revolución Francesa, en 1789, que proclamó, entre otras prerrogativas del hombre, el derecho a la lectura, es decir, el libre acceso a las fuentes del saber, nace el concepto de la moderna biblioteca con el carácter de un verdadero servicio público de uso colectivo, directo y gratuito”.(13) A estas palabras de Domingo Buonocore habría que añadirle alguna precisión. En lo fundamental, que ello fue así en un plano teórico y supeditado al ascenso de la burguesía en el campo político, para alcanzar su mayor desarrollo en el siglo XIX. Antes de la Revolución Francesa, corresponde hablar sí, por lo señalado, del “silencio de la masa”, como hace Robert Mandrou, refiriéndose en particular a la francesa, diferenciada en su vertiente urbana y rural, pero que puede ser extensiva al conjunto de la sociedad europea. Esta última, la rural, con un microcosmos peculiar, donde la apertura con el mundo exterior se hacía en el mercado o en la feria. Una masa urbana, en cambio, ubicada en un entorno diferente, en el cual había una lectura primaria (de acuerdo a su nivel), representada por las hojas volanderas y los pasquines. Ambos medios —ciudad y campo— con un factor en común: el mayor peso de la tradición oral. Expresa Robert Mandrou: *“En tal sentido, esta cultura popular es, por partida doble, extra histórica como representación inmutable de su realidad simple y evocación unívoca de un mundo separado. No es posible por tanto afirmar que los medios populares hayan sido conscientemente imbuidos por las clases sociales dominantes de las concepciones que eran favorables al mantenimiento de su privilegiada situación. Pero, puestos al margen de los movimientos de opinión, estos medios —en mayor medida los rurales que los urbanos, importa una vez más insistir— se encontraron en una dependencia ideológica emparejada a su sumisión socio-económica”.*(14)

A su turno, producida la Revolución Industrial, comenzó la publicación de una mayor cantidad de libros, cuyo significado es sólo ese, de inicio cuantitativo en la producción pero no en el número de lectores. Porque hay que esperar, para ello, que entrado el siglo XIX, el de la burguesía, se iniciara el proceso que en el transcurso de cien años llevó a la decadencia de la vieja aristocracia dominante y a los adelantos democráticos (compréndase en éstos, con particular énfasis, a los educativos) favorables, en primera instancia, a la nueva clase privilegiada. Proceso que implicó asimismo a las bibliotecas por su condición de centros culturales de primer orden. Es sí, en circunstancias de esas modificaciones, que la transformación, como señala Ortega y Gasset, se hace cualitativa. *“La sociedad democrática es hija del libro, es el triunfo del libro escrito por el hombre escritor sobre el libro revelado por Dios y sobre el libro de las leyes dictadas por la autocracia. La rebelión de los pueblos se había hecho en nombre de todo eso que se llama razón, cultura, etc. Estas vagas entidades vinieron a ocupar en el corazón de los hombres el mismo puesto central que antes había ocupado Dios, otra entidad no menos vaga (...) Ello es que, hacia 1840, el libro no es ya necesidad meramente en el sentido de ilusión, de esperanza, sino que cesante Dios, volatilizada la autoridad tradicional y carismática no queda*

más instancia última en qué fundar todo lo social que el libro. Hay, pues, que agarrarse a él como a una roca de salvación. El libro se hace socialmente imprescindible. Por eso es la época en que surge el fenómeno de las ediciones copiosísimas. Las masas se abalanzan sobre los volúmenes con una urgencia casi respiratoria, como si fuesen balones de oxígeno".(15)

Con los cambios indicados, dos fenómenos se incorporan a la evolución histórica de las bibliotecas; dos hechos adquieren un relieve singular. El primero: las mismas están integradas a la órbita del Estado y al proceso de estatización típico de la segunda mitad del 800, por ser instituciones fundamentales para la sociedad, necesidades ineludibles y urgentes que ésta requiere para su desarrollo. En segundo lugar, comienza a sobresalir una profesión, la de bibliotecario. Este, otro de los integrantes de la ecuación a que hiciéramos referencia al comenzar estas líneas, deja de ser producto de una mera afición individual, personal, que fenecía con la muerte del individuo, para devenir en menester colectivo, en oficio o profesión. Se convierte en burocracia —entendido el término como grupo que forman los empleados públicos(16)—, en tarea que involucra un hacer social. *"De donde resulta —según palabras de Ortega y Gasset(17)— que ahora el ocuparse en coleccionar, ordenar y catalogar los libros, no es un comportamiento meramente individual, sino que es un puesto, un topos o lugar social, independiente de los individuos, sostenido, reclamado y decidido por la sociedad como tal y no meramente por la vocación ocasional de este o el otro hombre (...)"* Considera también que toda colectividad de Occidente ha menester hoy de un cierto número de médicos o de magistrados, como de bibliotecarios, porque esas sociedades tienen que curar a sus miembros, administrarles justicia y hacerles leer. .

Hacerles leer. La tarea del bibliotecario —en la actualidad profesión producto de estudios sistemáticos— implica no solo el cuidado de una biblioteca, y en particular de los libros, a través de su catalogación, clasificación y archivo. Abarca de igual modo la función de guía, de asesor del lector en la búsqueda del material bibliográfico. Ello en una variada gama de posibilidades porque en el transcurso de los siglos XIX y XX se puede hablar de diversos tipos de establecimientos que exigen personal autorizado para su atención. Hay bibliotecas nacionales o públicas, como afirma Domingo Buonocore, que los distintos Estados o países han fundado en sus respectivas capitales con el objeto de atesorar toda la producción escrita aparecida en los mismos, y, en lo posible, la del exterior. *"Son institutos de conservación del libro antes que de difusión de la lectura, esto es museos bibliográficos que atesoran cuidadosamente rarezas y preciosidades (...)"*(18) Por esa su condición de conservar, carecen de servicio de préstamo a domicilio y son, además, centros directores de la política bibliotecológica del país. A ellas se suman las parlamentarias (para el uso del hombre de gobierno), las universitarias y las ambulantes (con el fin de difundir el libro en los pequeños centros poblados y comunidades rurales). Las infantiles están especializadas en atender a lectores de edad pre-escolar y escolar, mientras las escolares propiamente dichas brindan material de trabajo a alumnos, maestros y padres. En el Río de la Plata tuvieron andamio, además, las llamadas populares, creadas por una sociedad particular con la protección y fomento del Estado.

Comprendidas, en la explicación, las instituciones en algunas de sus

variedades y sus funcionarios, resta observar con detalle la sustancia que alimenta el quehacer cotidiano de ambos: el libro.

EL LIBRO: UN DECIR EJEMPLAR

Señalábamos que como sistema las bibliotecas aseguran la transmisión de conocimientos de una generación a otra. Lo hacen, precisamente, por conservar libros y difundir su lectura. Con ello, ponen al alcance de quienes se interesen, los saberes fijados por la escritura que vencen el transcurrir del tiempo y nos permiten entrar en contacto con mentalidades inmersas en realidades diferentes. *"Nuestra civilización —acota Andrés Maurois(19)— es una suma de conocimientos y de recuerdos acumulados por las generaciones que nos han precedido. No nos es posible participar de ella sino poniéndonos en contacto con el pensamiento de esas generaciones. El único medio de lograrlo, y de llegar a ser un hombre culto, es la lectura; nada hay que pueda reemplazarla".*

Los libros se han transformado así en parte sustancial de la sociedad en que vivimos. Mediante ellos accedemos a la comunicación con otras personas, podemos adentrarnos en ambientes diversos y evadirnos de nuestro universo personal, limitado y pequeño.(20) La experiencia de Maurois resulta ilustrativa al respecto. *"El teatro de Federico García Lorca me ha instruido más sobre el alma secreta de España que veinte viajes realizados como turista. Chejov y Tolstoi me han revelado aspectos auténticos y reales del alma rusa. Las Memorias de Saint Simon han hecho revivir ante mí una Francia ya desaparecida, así como las novelas de Hawthorne o de Mark Twain me han permitido hacerme una idea de una América que ya no existe".(21)*

Su importancia e independencia está reflejada en la semántica: el libro cuenta con un vocabulario propio y ha dejado su huella en nuestra lengua. En el prefacio de la segunda edición de su *"Diccionario de Bibliotecología"*, Domingo Buonocore anota que el mismo consta de 3.000 términos, mientras que en la primera alcanzaban a 2.249. Varios son los ejemplos que atestiguan estas afirmaciones. Biblioepa es el arte de componer o escribir libros; bibliopegia el de encuadernarlos. Bibliopepsia sería la propensión a una lectura apresurada y fragmentaria de muchas obras, más por esnobismo que por deseo de instruirse. El bibliótafo es la persona avara de sus libros, hasta el extremo que a nadie los enseña o presta. Además de la bibliolatría tenemos su antónimo, la bibliolitia o destrucción voluntaria de aquéllos. Inclusive, en una nueva función, la prescripción médica de lecturas o biblioterapia se sumaría a las tareas comunes que despliegan.

Anotada la trascendencia de la lectura, cabe indicar, como corolario, qué es un libro. Desde un punto de vista técnico, diríamos que constituye la reunión de muchas hojas de papel impresas, que se han cosido o encuadernado juntas con cubiertas de papel, cartón u otro elemento. Pero es más que ello. Según José Ortega y Gasset, *"(...) el decir ejemplar que, por lo mismo, lleva en sí esencialmente el requerimiento de ser escrito, fijado, ya que al quedar escrito, fijado, es como si virtualmente una voz anónima lo estuviese diciendo siempre".(22)* Considera por lo demás que la función del lector es fundamental, al mantener en constante permanencia los conceptos en él vertidos. *"Ahora bien; la escritura, al fijar un decir, sólo puede conservar las palabras, pero no las intuiciones vivientes que integran*

su sentido. La situación vital donde brotaron se volatiliza inexorablemente: el tiempo, en su incesante galope, se la lleva sobre el anca. El libro, pues —añade—, al conservar sólo las palabras, conserva sólo la ceniza del efectivo pensamiento. Para que éste reviva y perviva no basta con el libro. Es preciso que otro hombre reproduzca en su persona la situación vital a que aquel pensamiento respondía. Sólo entonces puede afirmarse que las frases del libro han sido entendidas y que el decir pretérito se ha salvado”.(23)

Entre ellos sus usufructuarios, hay dos categorías. Las que estableciera Pedro Salinas: leedores y lectores. Definidos unos y otros por contraste. Los segundos son los que leen por el gusto de hacerlo, por estarse con el libro, sin ánimo de sacar de lo que leen, ganancia material alguna, ascensos, dineros, noticias concretas que le aúpen en la escala social. Peculiaridades estas últimas que serían en cambio las motivaciones de los leedores.

Con respecto a cuáles son sus funciones, es ésta una pregunta que tiene varias respuestas. Posibilidad creadora de mundos individuales en virtud de la palabra, es una de ellas. Instrumento para difundir el conocimiento —por lo ya señalado como saber acumulado— y, por ende, para combatir los males inherentes a la ignorancia. Expresión, también, de ideas que han de regir la sociedad. En fin, medio de entretenimiento y solaz. Facetas estas que lo integran a diversas instituciones y a una escala de valores definida y concreta. *“La ciencia —ha dicho Joaquín V. González(24)— es el camino de la verdad, y la verdad es la vía hacia la libertad. La renovación, el relevamiento relativo alcanzado en todos los países cultos por las clases laboriosas, esta inmensa y progresiva revolución social que ha cambiado ya la faz del mundo y la esencia de la moral y del derecho, obra exclusiva es de la cultura popular por la biblioteca, la cátedra, la palabra, la prensa, la escuela, la universidad difusa y constante, donde en todo momento hay una puerta que se abre para el saber y otra que se cierra para el prejuicio y el privilegio o la desigualdad”.*

El libro nació de la unión indisoluble del arte y la técnica; fue el resultado de la obra conjunta del artista y del tipógrafo. Es decir, por un lado, el hacedor de palabras e ideas. Por otro, el trabajador manual que plasma en la materia el producto del artista. Ha realizado, esta su labor, mediante enseres, utensilios y métodos diversos. Las materias escriptorias variaron según la época y el lugar. El papiro en Egipto, las tabletas de arcilla en Mesopotamia, y de madera en China, cuando los albores de la civilización. Con posterioridad se utilizó el pergamino obtenido de las pieles de carnero, cabra o ternera, siendo Pérgamo, en Asia Menor, el centro principal de su producción. El papel, fabricado con trapos o sustancias vegetales fibrosas, fue introducido en Europa por los árabes quienes, a su vez, aprendieron de los chinos la técnica de su elaboración. Lo llevaron a España y Sicilia, aunque no parece haber sido usado entre los cristianos antes de los siglos XIII y XIV, sino excepcionalmente. Por otra parte, los instrumentos gráficos, acorde con lo reseñado, fueron varios. El estilo de hierro, plata, bronce o marfil, puntiagudo por un extremo y plano por el opuesto. El cálamo para la escritura con tinta, hecho de caña y tallado en punta que se hendía por su parte media. Plumas metálicas y de ave también se emplearon en la antigüedad. En cuanto a la forma, éstas variaron desde los rollos, con el palo o “umbilicum” para enrollar, a los códices o palimpsestos. De estos dos corresponde indicar que los primeros consistían en la unión de una o más

tablillas de madera **con** una capa de cera o sin ella. Los palimpsestos eran escrituras sobre **textos** lavados o raspados.

Unión indisoluble del arte y la técnica, afirmamos. Obsérvese, en este sentido, que, en función de su interés por la presentación, por la imagen de las palabras, los manuscritos eran ornamentados. Durante el Imperio Romano las iniciales se destacaban por su mayor dimensión. Con los merovingios caracterizáronse por peces y pájaros, así como por el empleo del rojo, el verde y el amarillo. El intenso uso del oro, la púrpura y de colores oscuros fueron las notas salientes de los ejemplares bizantinos. Además, orfebres y tallistas se encargaban de la encuadernación; el cuero repujado y cincelado constituyó el aspecto dominante en los trabajos realizados por los integrantes de los monasterios medievales.

Durante la antigüedad clásica el autor obtenía beneficios pecuniarios al dedicar sus trabajos a algún potentado; en ocasiones, vendía su libro al editor. Este le pagaba un derecho por cada ejemplar comercializado o una suma fija. Los ponía a la venta en las “taberna literaria” que a veces ocupaban calles enteras. Las obras publicadas podían alcanzar el millar; es posible que para ello dictara el manuscrito a un número elevado de amanuenses. Estos eran, por lo general, esclavos extranjeros, poco conocedores del latín, lo que explicaría los errores a que estaban sujetas las obras. Solía también recitar en público lo que había escrito.

En la Edad Media, cuando la cultura era patrimonio de los monasterios, los copistas fueron los personajes centrales en la tarea literaria. Sobre sus rodillas, con una tablilla como escritorio, procedían primero al rayado horizontal y al del margen, para trazar con líneas verticales la delimitación de las columnas. Finalizada la tarea, un escribiente añadía una suscripción o colofón que incluía indicaciones cronológicas, el nombre del monarca reinante y el del copista. No faltaba, de igual modo, una súplica —que se le perdonaran los errores cometidos—, una expresión de júbilo por haber finalizado su labor, o una maldición contra aquellos que quisiesen robar el códice.

Hay dos hitos en la evolución posterior del libro. Social uno: en el siglo XIII, en momentos que el saber era reducto exclusivo de los clérigos, pasa éste a los medios laicos, ya sean universidades, cortes reales y casas de los grandes magnates. Debido a la escasez y carestía de las obras, éstas no eran ubicadas en armarios sino en pupitres sujetas con cadenas para evitar robos (de ahí, la “Biblioteca encadenada” de Oxford, 1320). Técnico el otro, con la aparición de la imprenta de Johann Guttenberg, durante el Renacimiento. En esta oportunidad lo novedoso consistía en el empleo de caracteres móviles realizados por personas especializadas en el trabajo del metal y diestros en el arte de la fundición. Una vez más, la máquina al servicio de las publicaciones. Surge ello en el momento clave de renovación cultural expresado por el humanismo y las reformas, y concomitante con el ascenso de la burguesía y la imposición de sus pautas de vida. Sobre el tema escribe Juan Beneyto: *“Si quisiéramos cogernos a las fáciles esquematizaciones —cuyo valor expresivo a las veces permite perdonar el perfil de la caricatura— diríamos que en la sociedad europea la palabra hablada, el sermón, fue el medio típico del mundo eclesiástico cristiano; que el libro representó ese mismo papel en la iglesia luterana y que el periódico pudo ser el medio utilizado por la ilustración secular... El esquema nos explica que la clerecía*

católica insista en la predicación, que la burguesía se apegue al libro, que los estratos liberales defiendan al periódico...".(25)

Hasta la decimoctava centuria la imprenta no tiene grandes cambios. Estos se producen a partir de fines del 700 cuando entra en el engranaje de la primera Revolución Industrial. En 1799 el francés Louis Robert inventa la máquina para elaborar papel y once años después el alemán Federico Koenig, la prensa mecánica que sustituyó a las antiguas prensas manuales. Por su parte el relojero alemán Ottmar Mergenthaler (1854-1899) crea la linotipia. Surgen así máquinas de componer que funden los tipos en el momento mismo de agruparse en la composición, lo que se realiza mediante la pulsación de un teclado. Con posterioridad, en momentos de la segunda Revolución Industrial se incorporan la máquina offset (1904, W. Rubel, Estados Unidos) y el fotograbado, que viene a ocupar el lugar de las ilustraciones tradicionales que marcaron una época en la materia. Relevante fue, en este último aspecto, por ejemplo, el pintor, dibujante y grabador francés Gustave Doré (1833-1883), protegido del bibliófilo Paul Lacroix, que representó en sus trabajos el gusto por lo misterioso, los contrastes violentos y el sentimiento dramático, propios del romanticismo.

La mecanización tuvo sus consecuencias. Aumento de la producción, escisión entre el producto acabado y su ejecutor, así como la transformación del artesano en obrero, la nueva clase social que alimenta como mano de obra las fábricas. He ahí algunas de ellas. Además, para los empresarios editorialistas el libro formó parte del proceso de concentración capitalista.

El primero de los resultados mencionados —aumento de la producción— fue correlativo a los progresos de la enseñanza. Como escribe Robert Escarpit, el libro es una máquina admirable de comunicar en la cual los mensajes están en cifra y pueden ser interpretados por quienquiera tenga la clave, es decir, todos los que saben leer. *"Gracias al libro de gran tirada y al periódico —agrega— se había llegado en el siglo XIX a crear una red de comunicación que satisfacía las necesidades de la sociedad industrial. Existía, como es lógico, una contrapartida. Para que la máquina pudiera funcionar era preciso popularizar la técnica de desciframiento. En todo el mundo occidental, el movimiento de alfabetización de las masas estuvo unido al desarrollo del libro y del periódico. Se trataba de una necesidad vital para que la mecánica social pudiera disponer de los circuitos de información que exigía su buen funcionamiento. Los progresos de la educación —escolarización y alfabetización— crearon a su vez nuevas necesidades. A principios del siglo XX prácticamente toda la comunicación del mundo evolucionado pasaba a través del libro y del periódico".(26).*

Al mismo tiempo, como informáramos, cuando surge la máquina se produce la división entre el producto terminado y su ejecutor. Refiriéndose a este hecho, dice René Huyghe que la aportación estética, desde ese instante, no es más que un deliberado aditamento superficial para suplir lo que antaño nacía de una labor viva y directa. *"Las consecuencias sociales son también considerables: el artesano de ayer, en quien se unían humanamente la fabricación utilitaria y la factura decorativa, se extingue progresivamente, el obrero se ve obligado a no superar las máquinas, y lo máximo que se le tolera es cierta habilidad técnica; por el contrario, el artista, libre de ese lastre, se sumerge cada vez más en la estética pura, hasta perder contacto con el hombre medio".(27)*

El artesano queda reducido a la condición de proletario y el artista

tiende a aislarse del público. Y con ello, según el citado René Huyghe, el arte concluye en la adopción de un valor verificable pues se desarrolla en una sociedad burguesa donde se confunde belleza y lujo. *"Mientras el libro fue afán individual —escribe José Ortega y Gasset(28)— se conservó su auténtico sentido con relativa pureza. Mas apenas se convirtió en interés social y con ello resultó un negocio crematístico o de prestigio hacer libros, comenzó la fabricación del falso libro, de unos objetos impresos que benefician de su externo parecido con el verdadero libro. La cosa no debe sorprendernos porque obedece a una ley constitutiva de lo social. En comparación con la vida personal, todo lo colectivo es, más o menos, inauténtico y fraudulento"*.

El libro ha entrado así en el engranaje del mundo industrializado, en el que se transforma en una mercadería más, sujeta a las leyes de la oferta y la demanda. Ello con una originalidad: no dispone de espacio para publicidad (vital a los efectos de la distribución de las mercaderías), salvo si él se convierte en publicidad. *"Cuando hablamos del libro como creación, el apoyo de su estructura económica arranca del público. En fin de cuentas el autor pende, en su sustentáculo económico, del lector (...) No sólo porque el autor sin el público monologuiza, se encuentra falto de la relación espiritual del diálogo, sino también porque sin público se quebraría el suelo de su existencia material"*.(29) Importa en gran medida, por lo antedicho y que pertenece a Juan Beneyto, la política oficial que se siga al respecto por las autoridades competentes. Importa que exista una actitud de apoyo al libro reflejada en los presupuestos y en las relaciones e intercambios comerciales.

La última de las consecuencias indicadas, resultado de este proceso de industrialización, fue el fenómeno de la concentración de capitales, al que no escapó el libro. *"La producción editorial se ha concentrado, como las demás industrias —afirma Juan Beneyto(30)—. Si en 1965 el 89 por 100 de la cifra total del negocio se atribula al 32 por 100 de las empresas, en 1970 cubrían ese porcentaje —casi la totalidad— sólo dieciocho empresas. En Gran Bretaña el 80 por 100 de la cifra de negocios es absorbida por veinte editores, entre los trescientos cincuenta censados. En Italia Mondadori cubre el 20 por 100 de la cifra total (excepto libros escolares), mientras años atrás no cubría más que el 12 por 100. En Estados Unidos la mitad de la cifra global es cubierta por veinte empresas, algunas de las cuales —la McGraw Hill— se ha extendido fuera de la comunidad lingüística en Alemania, México, Panamá y Brasil. En Alemania la concentración ha suscitado resistencia entre los escritores tratando de enfrentarla a una empresa propia, 'Verlag der Autoren', en forma cooperativa, sin resultados satisfactorios. Y es que el editor es principal figura y mecanismo"*.

Resta por destacar que este desarrollo vertiginoso de la industria editorial estuvo acompañado por hallazgos de nuevos métodos de difusión mecánica: el cine, la radio y la televisión. Que han sido presentados en un nivel de competencia con el libro, cuando todos ellos bien orientados por sus organizadores (en un sentido educativo, que no desconoce el entretenimiento sino que lo complementa) pueden integrarse y no ser antagónicos. De este modo, por ejemplo, los medios audiovisuales han de colaborar eficazmente en el problema de la alfabetización. Es en la manera cómo se emplean los nuevos medios de comunicación lo que amenaza la vida del libro. Pero, del mismo modo, hay males que le son inherentes en esta socie-

dad actual plétórica de urgencias, donde se vive con premura. *“Las todo-poderosas palabras de la civilización del libro ceden ante el vértigo general: abdican, se encogen, se pasan al enemigo. A través de la historia podríamos seguir esta progresiva contracción del pensamiento, que antaño fue rey en la hoy declinante civilización del libro. La frase del siglo XVII es amplia y de largos períodos, por cuanto corresponde a la época del desarrollo y de la disertación, en la que el pensamiento ambiciona amplificarse de continuo a través de la forma que lo expresa, hasta alcanzar a veces una cierta redundancia. El siglo XVIII, por el contrario, fracciona, abrevia y desemboca en la frase “volteriana”, en la que se forjan la lengua moderna y su concisión”*. Entiende René Huyghe, autor de estas aseveraciones, que con el maquinismo se afirma la primacía de la sensación sobre el pensamiento; que las filosofías abstractas racionalistas fueron sustituidas por filosofías sensualistas que hacían derivar todo el ser humano de la sensación. *“Corresponde al siglo XX crear la composición artificial del texto en esas revistas especializadas denominadas ‘Digests’ y en las que los originales se entregan a manos de ‘reductores’ (...) Paralelamente, la exposición pierde sus caracteres discursivos para producir efectos más súbitos, más próximos a la sensación; huyendo de la glosa, tiende primordialmente a la síntesis para llegar al slogan, donde la noción incluso a fuerza de concentrarse llega a imitar el efecto de un choque sensorial y de su automatismo. La frase tiende a la función de choque visual. Así estereotipada ya no aspira a ser comprendida, sino solamente reconocida”*. Considera que la palabra sucumbe, evoluciona hacia un signo que en lugar de un sentido abstracto, presenta un aspecto convenido. *“En efecto, la palabra queda sustituida por su inicial (...) Vemos que en todas partes lo ‘inteligible’ cede el lugar a lo ‘perceptible’ y, particularmente, a lo visual, que, de una sola ojeada, puede abarcar un mayor número de elementos en una idea simultánea”*.(31)

LIBROS Y BIBLIOTECAS EN LA AMERICA COLONIAL

Región colonizada por metrópolis europeas, América se constituyó, desde su descubrimiento, en patrimonio de los conquistadores, quienes aplicaron en ella no sólo el monopolio económico —fiel a los principios mercantilistas— sino también el intelectual. La relación de dependencia manifestóse, por ende, en el control de la impresión de libros, de los textos introducidos, en la censura; en fin, en la imposición de los principios culturales de los imperios correspondientes.

Sin embargo, debe distinguirse los matices geográficos propios a la América inglesa, con respecto al resto de las zonas colonizadas. En una y en otra los protagonistas fueron, desde el punto de vista social, de diferente procedencia. Factor éste de importancia en cuanto a su significación en el campo de la instrucción y del libro. Hispanoamérica, por ejemplo, se constituyó en el escenario donde actuaron segundones e integrantes de las clases bajas, analfabetos en su mayoría, generalmente hombres sin familia, fortuna o educación. Procedentes todos de una sociedad aristocrática donde predominaba la nobleza sobre una mayoría de agricultores pobres y una débil clase media. Por su parte, los protagonistas del proceso conquistador en el territorio de habla inglesa, formaron un contingente diferente. Campesinos libres que emigraban luego de luchar con sus antiguos señores; nobles perseguidos durante la República (1649-1653) y el Protectorado

de Oliverio Cromwell (1653-1658); los "cabezas redondas", partidarios de este último cuando la Restauración de los Estuardo. En conjunto, campesinos, nobles y burgueses, originarios de un entorno en el que el último de los sectores sociales nombrado comenzaba a pesar de manera más definida. Todos ellos devotamente religiosos, en especial, protestantes en sus más variadas gradaciones, vinculados con la Reforma. Y por eso, al acentuar los reformistas la lectura directa y personal de la Biblia como condición ineludible de la nueva fe, estuvieron los colonos en estrecha relación con el libro.

En los Estados Unidos, durante la época colonial, desarrolláronse, según motivos que se deducen de lo antedicho, centros culturales correspondientes a la enseñanza primaria y superior; circularon libros y periódicos en cantidades considerables. La prensa más antigua funcionó en Cambridge, Massachussetts, en el año 1638, establecida por Stephan Daye. Hubo bibliotecas particulares de diferentes tipos. Parroquiales, en cuya fundación se destacara el reverendo Bray, comisionado en asuntos eclesiásticos en Maryland. Por suscripción, especialidad en la que sobresalió Benjamín Franklin (1706-1790). *"La sociedad —escribe al respecto Ruth Shepard Granniss(32)— se inició con unos 50 suscriptores que abonaron cada uno 40 chelines y 10 chelines por año (sic). En 1741 se imprimió el primer catálogo que prácticamente no contenía ni una sola obra teológica, pero en cambio una gran proporción de libros sobre ciencias y artes mecánicas (...)"* Filadelfia fue de este modo una ciudad burguesa e intelectual, con bibliotecas de importancia, en las cuales se permitía a los "caballeros" consultar los libros en las salas de lectura. Hubo, asimismo, circulantes, y profesionales, como la especializada en medicina del hospital de Pennsylvania, iniciada con un volumen único. Las universidades poseían las propias. Ruth Shepard Granniss analiza el caso de la de Yale. *"Cada uno de los intelectuales que se reunieron para considerar los pormenores del establecimiento de una alta escuela en el Estado de Connecticut, debía depositar un libro en la mesa de reuniones, cumpliendo además con un ceremonial determinado. Una donación de libros de Elihu Yale, empleado en la Compañía de Indias Orientales y relacionado por casamiento con la familia Eaton de New Haven, fue la causa o la casualidad que hizo que se diera su nombre a la universidad. Entre los demás bienhechores que favorecieron con donaciones de libros a la universidad de Yale, se hallan Isaac Newton, Cothon Mather, Jeremiah Dummer y el Obispo Dr. Berkeley cuya donación de unos mil volúmenes se describió como 'la más hermosa colección de libros jamás llegada a América' "*(33) El también reverendo John Harvard cedió su biblioteca a la Universidad que hoy le recuerda en su denominación, compuesta por 300 a 400 tomos.

Efectiva la independencia a partir de la paz de Versalles (1783) y a los pocos años de iniciada su vida como Estado libre, por ley del Congreso (1800) fundóse la biblioteca de dicho cuerpo legislativo. Fue inaugurada dos años después en el edificio del Capitolio, con 964 volúmenes. Numerosas obras se perdieron cuando el incendio del local por las fuerzas británicas (1812), en momentos que contaba con 3.000 ejemplares. En 1815 recibió un aporte considerable con la incorporación de la biblioteca de Thomas Jefferson (1743-1826) formada por 6.000 libros.(34) Una vez establecida la misma, en 1802, como señaláramos, la mayor parte de los Estados crearon sus respectivas instituciones estatales.

En el siglo XIX se incrementaron en gran escala los establecimientos sobre la materia. Hacia la mitad de la centuria había 1.297 con un total de 4.280.866 volúmenes. En 1900, los guarismos alcanzaban a 5.383 y 46.610.509 respectivamente.(35) Es interesante hacer constar que las municipales y escolares mantuvieronse mediante el financiamiento público. *"El primer Estado que haya establecido un impuesto especial para el mantenimiento de las bibliotecas escolares, fue Nueva York, que sancionó una ley en este sentido en 1835. Medidas similares que tuvieron lugar dos años más tarde en el Estado de Massachussetts, se debieron a los esfuerzos del gran defensor de la escuela pública, Horacio Mann (...) En la mayor parte de los Estados, la legislación sobre fundación y financiación de bibliotecas públicas, siguió de inmediato al establecimiento de la enseñanza libre"*.(36)

La situación de Hispanoamérica

La conquista de la América española se realizó conforme a las pautas propias de un Estado que había culminado en 1492 el proceso de la Reconquista de su territorio mediante la expulsión de los musulmanes infieles. Estas eran, en lo fundamental, el espíritu cristiano unido a la idea de evangelización, y la utilización de la fuerza como medio para imponerlo. Fue llevada a cabo de acuerdo con los principios de intolerancia y fanatismo que guiaron a las cruzadas medievales, intensificados ante la presencia del hereje protestante. Por lo afirmado, predominó en la metrópoli y en las colonias el espíritu escolástico que, en el siglo XVII se acercó a las ciencias naturales sin dar cabida a las tendencias racionalistas. Y en el XVIII vinculóse más con éstas gracias al contacto directo con las Nuevas Ideas que penetraron en América a través del Iluminismo español y de los libros más representativos de las corrientes en boga, francesas en particular.

La irrupción del conquistador español interrumpió en las áreas civilizadas y densamente habitadas, el avance cultural de los pobladores allí asentados. Ello incluye, en el caso de los indígenas más adelantados —recuérdense los códices mayas— una ruptura inclusive en el campo del libro. Como indicara el humanista alemán Alexander von Humboldt (1769-1859) los indios, en conjunto, permanecieron en condiciones miserables de vida, sujetos a vejaciones, ignorantes y en manos de sacerdotes que les hablaban de misterios —afirma—, dogmas y ceremonias cuyo objeto les era desconocido. Para las élites indígenas, sostenidas por la Corona a fin de controlar a las masas, y más cercanas, por ello, a las actividades literarias, se aplicó, en los casos considerados necesarios, la censura. Durante el efervescente siglo XVIII, culminada la revuelta de Tupac Amarú (1781), las autoridades españolas prohibieron la circulación de los "Comentarios Reales" del Inca Garcilaso de la Vega (1539-1616) por contener "muchas cosas perjudiciales". En particular, motivóse ello en que la citada obra hacía referencia al pasado de los incas, sus hábitos y costumbres. Lo que implicaba una manera de reavivar la conciencia de una tradición común, la idea de pertenecer a un pueblo que en ese momento histórico estaba dominado por extranjeros y de cuya conquista también se hacía mención.

A los grupos indígenas se sumaron los negros y los mestizos, entendido este último término en su acepción general, es decir, como mezcla de razas. Los esclavos, obvio es decirlo, por su condición de tales, de objetos, no entendían de letras, como escribiera Alejo Carpentier. Los mestizos

estaban impedidos de acceder a la enseñanza superior así como de ser ordenados sacerdotes; se les despreciaba y eran señalados como viles y manchados. Los tres configuran, pues, los grupos desarraigados, ajenos (salvo excepciones) al mundo del libro.

Para quienes podían leer, América contó con imprentas desde el siglo XVI (México, 1539; Lima, 1581), a las que se sumaron otras, doscientos años después (por ejemplo: La Habana, 1701; Bogotá, 1738; Córdoba, 1765). Pero los monarcas españoles, por intermedio de sus órganos competentes, reglamentaron todo lo referente a los libros. Al respecto, las leyes establecían la prohibición de imprimirlos sin la aprobación correspondiente, y que cualquier obra con destino a las Indias debía ser revisada. No consentían la circulación de libros profanos y fabulosos, así como la difusión de los recogidos a los herejes. Prescribían la visita de los navíos para realizar el registro de rigor, y la no publicación de textos en la lengua de los indios, sin previo examen. Además, de cada libro editado en América, veinte debían ser remitidos al Consejo de Indias. Normas éstas que no fueron cumplidas al pie de la letra, como sucedía por lo general con el resto de las disposiciones metropolitanas.

Las posibilidades de acceso al libro estaban dadas por la enseñanza, la que, por su parte, no tuvo el nivel adecuado. *“España durante los siglos XVI, XVII y XVIII — indica Gustavo Adolfo Otero(37) — en materia de educación pública no dio a sus colonias (...) más de lo que había alcanzado como progreso en su propia metrópoli. Habría sido sorprendente que las provincias culturales de la madre patria, la hubiesen superado dado el estado naciente de asimilación y creación en el que se encontraban”*. En las escuelas primarias, ya fuesen conventuales, municipales, del Rey, o particulares, predominaba la modestia en los utensilios. Los alumnos debían copiar las lecciones del único ejemplar que servía como libro de texto; para leer se utilizaban los de caballería y vida de santos. La enseñanza media estaba orientada hacia la teología y la filosofía; en algunos de los institutos correspondientes, como en el Colegio Real de San Carlos, en Buenos Aires, podía imperar el desorden general. Esto es, alumnos que no cumplían con sus deberes y catedráticos indolentes o mal remunerados.

Las universidades fueron centros de cultura y tuvieron bibliotecas de significación. Funcionaron desde el siglo XVI (México y Lima, ambas fundadas en 1551). Las controladas por los jesuitas hasta su expulsión en 1767, y es el caso de la de Córdoba, exigían normas rígidas y puntillosas para su funcionamiento. En sus aulas se leía y comentaba las obras de Francisco Suárez (1548-1617) quien afirmaba que la potestad del monarca derivaba de la comunidad y ésta se la otorgaba por medio de un pacto. Premisas que sacarían a relucir los criollos cuando los movimientos justistas de 1810. A su turno, la de Charcas o Chuquisaca, donde se cursaban estudios teológicos y jurídicos, tuvo en el siglo XVIII un espíritu renovador. Maestros y alumnos discutían en ella sobre las ideas de los filósofos y economistas del momento. Allí se educó Mariano Moreno (1778-1811), uno de los secretarios de la Junta de Mayo de Buenos Aires (1810), y tuvo oportunidad de consultar, además, la biblioteca del sacerdote, abogado, orador y escritor, Matías Terrazas. Esta contenía obras adecuadas a la época, inclusive las perseguidas por la Inquisición y reputadas como peligrosas y heréticas, dignas de estar en los Índices Expurgatorios.

Con respecto a las bibliotecas hispanoamericanas coloniales, afirma

José Torres Revello que las más importantes estaban en poder de religiosos, y en ellas "(...) los libros prohibidos, si no figuraban en abundancia, testimonian por lo menos, que con permiso de la Inquisición o sin ella, eran los religiosos, de los pocos que por entonces los podían leer y guardar con alguna libertad en sus librerías". Cita el caso del establecimiento perteneciente al canónigo Juan Baltasar Maciel, cuya colección pasaba de mil volúmenes, y en la que "(...) se encontraron las obras perseguidas de Voltaire y de Bayle".(38) Varios ejemplos testimonian las palabras del citado historiador. Fray Juan de Zumárraga fundó en la capital de la Nueva España la biblioteca más antigua del continente (1528-1548). Célebre fue la Palafoxiana de Puebla, correspondiente a la primera mitad del siglo XVII (1646), obra del obispo Juan de Palafox y Mendoza.

Las bibliotecas públicas fueron escasas. De ellas adquieren particular relieve "(...) la que se inauguró en Bogotá, en 1777, cuyos fondos se formaron con los libros que se secuestraron diez años antes a los religiosos jesuitas; la que se fundó en la Catedral de México, en 1788, con los libros donados a su fallecimiento por el canónigo doctor Luis Antonio Torres, que se le conoció con el nombre de Turriana (...); la establecida en Quito, en 1792, de la que fue director el doctor Francisco Javier Eugenio Santa Cruz y Espejo (...); y la que se inauguró el 15 de julio de 1793 en La Habana, bajo los auspicios de la Sociedad Económica de Amigos del País (...)"(39)

En cuanto al Río de la Plata, Guillermo Furlong Cardiff consigna que a los seis años de expulsados los jesuitas, el Cabildo de Santa Fe determinó constituir con la biblioteca de los mismos, la primera pública (1774).(40) Afirma, al mismo tiempo, que en las reducciones hubo establecimientos en la materia, más modestos que los existentes en colegios y universidades. Añade que en Buenos Aires algunas eran especializadas, como la militar y científica perteneciente a un caballero residente en dicha ciudad cuando terminaba el siglo XVIII, llamado Leroi o Beroi. Incluía ésta el "Testamento político" de Richelieu, las Obras Completas de Voltaire y las Memorias del mariscal de Werlic, entre otros ejemplares. A su juicio, el hábitat rioplatense era considerado como un mercado excepcional para la venta de libros. "El hecho que confirma este aserto acaeció a fines del siglo XVIII, cuando don Manuel Benito de Ortega, residente en Cádiz y albacea de José Martín Guzmán, solicitó y obtuvo permiso para llevar y vender en Buenos Aires la biblioteca del finado. Fueron efectivamente vendidos en esta ciudad por intermedio de don Agustín Javier de Beristain, cinco cajones de libros. Otro hecho: años más tarde, doña Isabel Gascón, viuda de Claudio Rospigliosi, solicitó la necesaria autorización para 'rifar' la biblioteca de su esposo, fallecido en esta ciudad".(41)

El que se insista en la centuria decimoctava cuando una reseña sobre libros en la América española, no es mera casualidad. Corresponde al momento histórico del Iluminismo que, en las colonias hispanas, se traduce por cierta tolerancia hacia los estudios cartesianos y experimentalistas. De este modo, Celestino Mutis, el sabio y naturalista español, pudo enseñar el sistema copernicano en la capital del virreinato de Nueva Granada. "En la segunda mitad del siglo XVIII —acota Agustín Millares Carlo(42)— contribuyeron eficazmente a difundir las ideas de la Ilustración las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País, que instalaron bibliotecas adecuadas a los fines que estas entidades perseguían: la ordenación económica y el fomento de la educación pública".

En cuanto a los libros, el acontecimiento más destacado lo constituyó la circulación de aquellos vinculados con la ideología política del Siglo de las Luces. Ya hemos hecho referencia a la casa del canónigo Terrazas, en Charcas, donde Mariano Moreno pudo leer a Juan Jacobo Rousseau, Agreguemos a ello que en el Consulado de Buenos Aires eran citadas las teorías de Adam Smith y que muchos particulares poseían ejemplares de la enciclopedia francesa. *"No se piense que nuestra América —escribió el Conde de Aranda al Rey de España en 1793-(43)— está tan inocente como en los siglos pasados, ni tan despoblada, ni se crea que faltan gentes instruidas que ven que aquellos habitantes están olvidados en su propio suelo, que son tratados con rigor, y que les chupan la sustancia los nacidos en la matriz... No se les oculta nada de lo que por aquí pasa; tienen libros que los instruyan de las nuevas máximas de libertad (...)"*. Entre éstos no faltaban las obras de Rousseau, lectura de primer orden para el venezolano Francisco de Miranda (1750-1816), precursor de la independencia hispanoamericana, así como para Simón Rodríguez (1771-1854), venezolano también, maestro y mentor de Simón Bolívar. La biblioteca del Libertador contenía, además del "Contrato Social", y entre otros volúmenes, el "Art militaire" del Conde Montecuculli, los "Comentarios de la Guerra de las Galias" de Julio César, nueve tomos de las obras de Federico el Grande y tres de las "Oeuvres militaires" del mariscal de Vauban. Era común ver a Bolívar en el vivaque dedicar horas de inactividad a la lectura.(44) Por su parte, el militar y político colombiano Antonio Nariño (1765-1823), lector de los clásicos griegos y latinos, llegó a traducir la "Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano" proclamada por la Asamblea Nacional Constituyente francesa de 1791, lo que le significó la confiscación de sus bienes y la pena de prisión. En el Río de la Plata, Mariano Moreno se destacó como gran difusor de las ideas del ginebrino a través de la "Gaceta", periódico publicado por la revolucionaria Junta de Mayo.

Para que ello aconteciera fue necesario vencer las barreras de la Inquisición y del examen previo de las obras (estricto, detallista, en lo que a la legislación se refiere), tanto en la metrópoli como en las colonias. *"En España (...) la censura era rigurosa, pero fraudulentamente se introdujeron toda clase de escritos prohibidos, a pesar del celo de los empleados reales y de la Inquisición. En América, los buques ingleses y franceses que arribaban a sus playas, junto con su cargazón de mercaderías, introducían libros e impresos que difundían entre los colonos las nuevas máximas y nuevas ideas políticas que atacaban y conmovían los seculares sillares de las vetustas monarquías absolutistas (...)"*.(45) Era muy común —añade José Torres Revello— que los libros y escritos se facilitasen entre amigos y se pidiesen por carta, así como que circularan las noticias proporcionadas por los periódicos. Contribuyeron también en esta propagación de las Nuevas Ideas las misiones científicas europeas, españolas y francesas en especial, que ponían, a los colonos interesados, en contacto con las entonces modernas corrientes que aparecían en el campo de la ciencia.

Monelisa Lina Pérez-Marchand ha realizado un exhaustivo estudio sobre el contrabando de libros en México conforme a los papeles de la Inquisición. Con su lectura observamos cómo eran introducidos en la ropa, camuflados bajo el nombre de autores ortodoxos, escondidos en el fondo de las petacas, y que circulaban gracias al préstamo entre amigos, por personas dedicadas al comercio, o mediante ocasiones especiales como la

herencia y venta de libros de difuntos. Entre los poseedores de los mismos, la lista incluye a eclesiásticos, mercaderes, libreros, funcionarios del gobierno, médicos y extranjeros, éstos fundamentalmente oriundos de Francia. Con respecto a la índole de las obras, señala que en la primera mitad del 700 predominaban las eclesiásticas, piadosas unas, injuriosas para con la Iglesia otras; a ellas agrega coplas contra el Virrey y el Rey, filosóficas (caso, Malebranche) y políticas. Hace hincapié en el interés predominante, durante la segunda mitad del siglo, por los ejemplares de índole filosófico-político. Calificados de deístas (obras de Voltaire), ateas (Diderot), materialistas (De la Metrie, con la inclusión de Voltaire y Rousseau), naturalistas (Adam Smith), libertinas (Raynal), sedicioso-políticas (Raynal y Filangieri). También, entre éstos, ubica las obras de filósofos americanos como Gamarra y Echeverría.⁽⁴⁶⁾ *“Así pues, el XVIII mexicano —puntualiza⁽⁴⁷⁾— no se nos presenta en su totalidad como un siglo fundamentalmente religioso-tradicionalista. Pero lo interesante es que tampoco se presenta como una época de filosofismo unilateral, racionalista, satisfecho de sí. En él percibimos una íntima tensión, dramática, agónica, entre las fuerzas conservadoras que aún le presionan, y las fuerzas creadoras de la nueva ideología que ha comenzado a inquietarle”.*

Producida la guerra por la independencia en los albores del siglo XIX, queda, a manera de balance, observar cuál fue el aporte español a la cultura hispanoamericana. Lo que implica enjuiciar el peso de la tradición hispana en materia de libros y bibliotecas. Las opiniones están divididas. Desde quienes, contemporáneos de los sucesos como los hermanos Juan y Guillermo Parish Robertson en sus *“Cartas del Paraguay”* (1838) observaron la herencia metropolitana en su faz negativa y oscurantista, se ha pasado al campo diametralmente opuesto. Historiadores que reputan errónea la ruptura con la hispanidad y el enlace con las corrientes ideológicas del siglo XIX europeo, cuando España —entienden— ya nos había dado todo lo necesario. Es el caso de Vicente Sierra (1893), a cuyo juicio la gran tragedia intelectual de la cultura americana fue renunciar a la tradición heredada de los siglos XVI y XVII para caer en el equívoco de querer elaborar una nueva vinculada con el liberalismo, *“una de las más grandes estafas de que haya podido ser víctima la Humanidad”*. Entre los extremos, Eugenio Petit Muñoz (1894-1977) ha puesto de manifiesto una posición ecuaníme. Insiste en la importancia del idioma castellano como aporte de primer orden por ser vehículo prioritario de la cultura. Critica el carácter escolástico de la enseñanza pero resalta la penetración de las Nuevas Ideas. Y, con acierto, circunscribe los alcances intelectuales a las clases altas de la sociedad hispanoamericana.

LOS ESTADOS LATINOAMERICANOS Y LAS BIBLIOTECAS NACIONALES EN EL SIGLO XIX

La organización de los nuevos Estados, realizada sobre la matriz que dejara la administración colonial española, planteó una serie de dificultades políticas, económicas, sociales y culturales que incidieron en el desarrollo ulterior de los mismos. Se mantuvo la división geográfica y social de los países en torno de un paisaje urbano y otro rural, generadores de mentalidades diferentes y conformadores de medios distintos para la difusión del libro. Uno, vinculado con Europa, receptor de las informaciones proceden-

tes del Viejo Mundo, integrado por un núcleo de "doctores", término que incluye cierto rasgo vinculado con lo libresco. El rural, formado por poblaciones dispersas, donde las distancias eran enormes y las comunicaciones estaban, por ello, limitadas.

Domingo Faustino Sarmiento acentuó esa diferenciación y, fiel a su ideología unitaria, la llevó a un extremo. Atendamos sus observaciones sin considerar los juicios de valor implícitos en ella. *"La ciudad es el centro de la civilización argentina, española, europea; allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos"*. La imagen rural era diferente. *"Imaginaos una extensión de dos mil leguas cuadradas, cubierta toda de población, pero colocadas las habitaciones a cuatro leguas de distancia, unas de otras, a ocho, a veces, a dos, las más cercanas (...) La sociedad ha desaparecido completamente; queda sólo la familia feudal, aislada, reconcentrada; y, no habiendo sociedad reunida, toda clase de gobierno se hace imposible; la municipalidad no existe, la policía no puede ejercerse y la justicia civil no tiene medios de alcanzar a los delincuentes"*.(48)

Con el desarrollo del poder coactivo del Estado, de los medios de comunicación y, en particular, con la acción de los educadores, el medio rural sufriría en el correr del siglo las transformaciones que le significaron un acercamiento con las pautas antes exclusivamente urbanas.

Veamos las bases sociales de la realidad latinoamericana. En vísperas de la independencia (1824), la variante demográfica de América Latina presentaba los siguientes guarismos(49): indios, 42 %; blancos, 18 %; negros, 11 %, y mestizos, 29 %. De ellos, indios, negros y mestizos continuaron en la misma situación cultural con respecto al período colonial. He aquí las palabras de Charles D'Ustrel, escritas en 1879, a propósito de la situación de los primeros en Bolivia: *"(...) en cuanto al pueblo se compone de indios que trabajan, no tienen ningún bienestar, están privados de los beneficios de la educación y de la civilización, perteneciendo como verdaderos siervos, sea a los grandes propietarios, sea al Estado. Por un extraño contraste, una ley declara elector y por consiguiente ciudadano a todo hombre que sepa leer y escribir; pero apenas hay indios en ese caso, por la razón bien simple de que no hay escuelas para ellos. Manteniendo esta población en la ignorancia, el gobierno persigue un propósito fiscal, porque el indio no elector está obligado a pagar anualmente un impuesto único de veinte francos por cabeza"*.(50)

El negro permaneció aún en la esclavitud hasta promediar la mitad del 800; alcanzó antes la libertad de vientres y luego la abolición de la servidumbre. Se transformó en peón asalariado, en trabajador manual sin posibilidades de acceso a estratos superiores. Amalgama de varias razas, el llanero venezolano ejemplifica la condición del mestizo. Ello según consta en la narración publicada en 1862 por Ramón Páez, hijo de José Antonio Páez, caudillo de los Llanos y varias veces Presidente de Venezuela. *"Nacido en su ruda cabaña —dice(51)— crece el niño sin cuidados, mecido sobre un cuero suspendido del techo por cuatro correas. Un año más tarde se arrastra desnudo, y en esta edad vi un día uno que jugaba con un largo y afilado cuchillo que le había dado su madre. Tan pronto puede andar, sus distracciones lo encaminan a las futuras tareas; con una soga trata de capturar los perros y aves de la casa, y cuando llegan los cuatro años, ya está a caballo y ayuda a guardar el ganado en el corral"*. Semejante al

gaucho rioplatense por sus condiciones de vida, siempre estaba listo para intervenir en el primer movimiento revolucionario con la esperanza de equiparse con toda clase de armas. A esas costumbres añadía la práctica de una religión confusa. *“Católicos, y hablando castellano por herencia, han deformado el cristianismo por prácticas supersticiosas que tienen mucho de idolatría. No es posible que sea de otra manera —explica Ramón Páez(52)—, si consideramos lo diseminado de la población en aquellas apartadas llanuras sin límites, donde apenas llega la instrucción que le traen los raros maestros que ejercen en las principales ciudades del interior; no siendo raro el tropezar con algunos propietarios, o con personas de elevada posición en el ejército, que no saben leer ni escribir”.*

Integrarse al mundo de la lectura a través de la enseñanza constituía una ocasión circunscripta a un medio —el latinoamericano— donde los problemas presupuestales, reflejos de la situación política, económica y social eran significativos. Pocos recursos para una actividad tan importante: esa podría ser considerada como la consigna que rigió durante el siglo XIX en América Latina. Tómese a título de ejemplo el presupuesto del año 1862 en Ecuador, cuando el gobierno conservador y clerical de Gabriel García Moreno. El mismo *“(…) demuestra el mal estado y el completo desequilibrio de los gastos nacionales en aquella época. Las cuentas publicadas por el Ministerio de Hacienda —según palabras de Richard Pattee(53)— en febrero de aquel año arrojan las siguientes cifras:*

<i>Ejército y marina</i>	<i>266.000 pesos redondos</i>
<i>Otros gastos militares</i>	<i>67.000 pesos</i>
<i>Instrucción</i>	<i>11.000 pesos</i>
<i>Obras públicas</i>	<i>70.000 pesos”</i>

Los menguados ingresos que recibía la enseñanza, como lo demuestra el caso citado, se traducían en escuelas que funcionaban en edificios vetustos, sin el material afín a su función y el personal adecuado. A estos factores sumábanse las dificultades propias de los métodos utilizados. Para las burguesías metropolitanas quedaba siempre abierto el camino de una formación europea, directamente en el Viejo Mundo o mediante pedagogos e institutrices que arribaban del mismo. En cuanto al resto de la población, otras eran las vías. Si consideramos los niveles de enseñanza, en especial la instrucción primaria, habrá que esperar a la década de 1870 para percibir cambios importantes vinculados con el desarrollo del positivismo en América. Con un criterio amplio, podemos considerar que hasta ese momento se aplicó en casi todas las zonas del continente el sistema de enseñanza mutua que ayudaba a remediar la escasez de maestros. Con respecto a los estudios superiores, se produjeron modificaciones en el campo universitario. *“Las universidades de la época colonial —escribe Pedro Henríquez Ureña(54)—, al consumarse la independencia, resultaron a veces contrarias a los movimientos innovadores y hubo que reformarlas. En general se procuró convertir en laicas las que estaban —eran la mayoría— bajo el dominio de hombres de iglesia, y, salvo contadas excepciones, se suprimió la facultad de teología, cuya enseñanza se confinó en los seminarios tridentinos”.* A juicio de los liberales que miraban embelesados los adelantos europeos, las tradiciones españolas abrumaban sus intentos para actualizarse. Las universidades legadas por la dominación colonial eran, según afirmara el chileno José Victorino Lastarria (1817-1888), “monumentos de

imbecilidad". Su modernización consistió en abandonar los modelos ibéricos para adoptar los franceses.

Cualquiera fuera el nivel educativo, las tensiones políticas se hacían sentir en la enseñanza. Naciones nuevas que se debatían en el marco de la guerra civil y de administraciones constitucionales perturbadas por los regímenes autocráticos, no podían constituir el escenario adecuado para el desempeño normal de las tareas pedagógicas. *"Minerva debe dormir cuando Marte vela"*, sentenció con rigidez y austeridad el dictador paraguayo Dr. Gaspar Rodríguez de Francia (1766-1840). Durante los gobiernos de Juan Manuel de Rosas (1829-1832 y 1835-1852) se comunicó al Inspector General de Escuelas la orden mediante la cual, para la designación de maestros, debía especificarse su adhesión a la causa federal; asimismo, en la universidad se separaba de las cátedras a los opositores, y los egresados debían prometer ser fieles a la federación. Era obligatorio el uso del distintivo punzó para todos los empleados públicos, así como para los colegiales. *"El gobierno está persuadido —afirmábase(55)— que cuando desde la infancia se acostumbra a los niños a la observancia de las leyes del país, y por ello el respeto debido a las autoridades, esta impresión quedales grabada de un modo indeleble, y la patria puede contar con ciudadanos útiles y celosos defensores de sus derechos"*. Y se agregaba: *"Los niños deben ser educados según las miras políticas que el gobierno se propusiera en beneficio del Estado, para que pueda fundarse la esperanza de que lo sostengan"*. En contraposición a los unitarios liberales que tomaban como base de la enseñanza la libertad, decía Rosas sobre el punto: *"Por la enseñanza libre la más noble de las profesiones se convierte en arte de explotación en favor de los charlatanes, de los que profesan ideas falsas subversivas de la moral o del orden público. La enseñanza libre introduce la anarquía en las ideas de los hombres, que se forman bajo principios opuestos o variados al infinito. Así el amor a la patria se extinguirá, el gobierno constitucional será imposible, porque no encontrará la base sólida de una mayoría suficiente para seguir un sistema en medio de la opinión pública confundida, como los idiomas en la torre de Babel"*. (56)

La gravitación de estos factores se hizo sentir también, como es lógico, en el desarrollo de las bibliotecas, en especial las nacionales, por pertenecer a los Estados correspondientes y estar sujetas a sus vaivenes. Al margen de las particulares —y las hubo muy importantes, como la de Bartolomé Mitre (1821-1906) con más de veinte mil volúmenes, según Agustín Millares Carlo— aquéllas hunden sus raíces en la colonia. Surgieron, en su mayoría, sobre la base de las colecciones religiosas, en particular las de los jesuitas. Y lo hicieron en momentos sumamente difíciles, coincidentes con los comienzos del movimiento independentista o los inicios de la vida estatal. Tal es el caso de la de Buenos Aires, fundada en 1810. En el número de la "Gaceta" de setiembre 13 del mismo año, cuando anunciaba la creación de la Biblioteca Pública en dicha ciudad, señaló Mariano Moreno: *"Los pueblos compran a precio muy subido la gloria de las armas, y la sangre de los ciudadanos no es el único sacrificio que acompaña los triunfos. Asustadas las Musas con el horror de los combates, huyen a regiones más tranquilas, e insensibles los hombres a todo lo que no sea desolación y estrépito, descuidan aquellos establecimientos que en tiempos felices se fundaron para el cultivo de las ciencias y de las artes. Si el magistrado no empeña su poder y su celo en precaver el funesto término a que progresivamente con-*

duce tan peligroso estado, a la dulzura de las costumbres sucede la ferocidad de un pueblo bárbaro y la rusticidad de los hijos deshonra la memoria de las grandes acciones de sus padres". Indica cómo la necesidad hizo destinar provisionalmente el Colegio de San Carlos para cuartel de tropas y los jóvenes se sintieron atraídos por la carrera de las armas. Por ello entiendo necesario reglar la formación de un nuevo organismo en la materia. *"Entretanto que se organiza esta obra —señala(57)— cuyo progreso se irá publicando sucesivamente, ha resuelto la Junta formar una biblioteca pública, en que se facilite a los amantes de las letras un recurso seguro para aumentar sus conocimientos. Las utilidades consiguientes a una biblioteca pública son tan notorias que sería excusado detenernos en indicirlas. Toda casa de libros atrae a los literatos con una fuerza irresistible, la curiosidad incita a los que no han nacido con positiva resistencia a las letras, y la concurrencia de los sabios con los que desean serlo produce una manifestación recíproca de luces y conocimientos que se aumentan con la discusión y se afirman con el registro de los libros que están a mano para dirimir las disputas*". Debe tenerse en cuenta que para los países jóvenes, emergentes de una "situación colonial", los primeros pasos en cualquier materia —la cultural en este caso— son siempre difíciles conforme a las razones anotadas por Moreno. La acción de los impulsores en esas diversas actividades adquiere relevancia por llevar a la práctica sus ideas pese a las trabas naturales (falta de recursos, inexperiencia, inestabilidad política, en esta oportunidad) que obstaculizaban su camino.

Transcurridos cuarenta años de su fundación, la situación de la Biblioteca Pública bonaerense era delicada. En esos cuarenta años de guerras civiles y levantamientos, constituyóse en la única institución en su género; pocos fueron sus concurrentes, escaso el número de funcionarios y en constante declive la cantidad de volúmenes custodiados. Explica Ricardo Levene: *"En años de la tiranía (de Rosas) la decadencia de la Biblioteca Pública fue pavorosa según nuevos documentos. Hacia 1850 no habla más que esa Biblioteca en todo el país —en cuarenta años no se había creado otra— y se informaba confusamente en documentos oficiales, que se fundó con su apertura al público*".(58) Ante un pedido de informes al director del establecimiento, éste, Felipe Elortondo y Palacio (su director desde 1837 a 1852), señaló que en los primeros años la concurrencia de lectores era notable. *"Hoy (1850) regularmente acuden dos o tres. Puede esto atribuirse ya a la falta de libros y de publicaciones modernas, ya también al aumento de bibliotecas de propiedad particular y doméstica, que sin duda es de grande consideración*".(59) Hacía mención además a la carencia de fondos para gastos elementales y de empleados para atender esas funciones, así como de la pérdida de volúmenes. Sobre esto dice Levene que *"(...) en 1850 la Biblioteca tenía 16.000 volúmenes (como 5.300 obras diferentes), es decir, 1.200 volúmenes menos que en 1823 (27 años antes) en que la Biblioteca tenía 17.229 volúmenes (aparte 1.500 duplicados)*".(60) El fervor popular habría disminuido en lo que a colaboración se refiere, según lo prueban los donativos: 42 tomos, en 1827; 2, en 1828; 10, en 1833; 11, en 1837; 141, en 1841; 1, en 1844; 8, en 1846 y 6, en 1850.

Por similares peripecias, en lo fundamental los efectos del desorden político, debió pasar el establecimiento colombiano fundado en 1777, cuando la dominación colonial española en América. *"En la revolución de 1851 —expresaba Juan Francisco Ortiz, director del Colegio Nacional al*

secretario de Estado del despacho de Gobierno, Dr. Rafael Núñez el 21 de julio de 1853(61) — *se mandó entregar la biblioteca a un cuerpo de cívicos al mando del mayor Narváez; pero éste tuvo que retirarse y fue reemplazado por otro y otros jefes. El bibliotecario asegura que todo lo trastornaron y lo revolvieron, que muchas obras han quedado truncas y que el arreglo de los periódicos tiene que empezar de nuevo*". Tres años después, en 1854, fue cerrada hasta 1855, a fin de que sirviera el edificio como cuartel. Y lo hizo también como campo de batalla cuando las fuerzas legitimistas se apoderaron de la ciudad.

La Biblioteca Nacional chilena, creada en 1813 por la Junta de Gobierno y dirigida por José Miguel Carrera, vio paralizada sus actividades como consecuencia de la victoria española de Rancagua. El nuevo encargado de su organización se quejó de que en los días de anarquía siguientes le habían "pillado" los libros de la colecta iniciada en agosto de 1813.(62)

Tres tentativas hubo en México para tener una institución similar. A la de 1833, no realizada debido a la caída de la administración liberal del vicepresidente Valentín Gómez Farfás, siguió la de 1846. *"De nuevo este segundo proyecto, para dotar de una Biblioteca a la capital de la República, fracasó ante los tremendos escollos que en aquellos tiempos encontraba todo pensamiento de utilidad pública y de progreso; las malhadadas guerras extranjeras, las sangrientas y estériles luchas entre nacionales ambiciosos, que ávidos de escalar el poder, poco o nada se preocupaban por la cultura del país, impidieron la organización de la Hacienda Pública, sin la cual no puede fundarse ni fomentarse establecimiento alguno, por noble y levantado que sea*".(63) Agrega Luis González Obregón que tampoco pudo ser considerado otro intento en 1851. En 1856-1857, por decreto, sí se ordenó la supresión de la Universidad de México; el edificio, libros, fondos y demás bienes pasaron a la Biblioteca Nacional, que no fue inaugurada de modo solemne y cuyo funcionamiento caracterizóse por la irregularidad. Durante la administración extranjera de Maximiliano de Habsburgo (1864-1867) muchos libros fueron extraviados. Con el restablecimiento de la República en 1867 se reorganizó la misma destinándosele el edificio de la antigua iglesia de San Agustín.

En cuanto al material que sirvió de base a estas instituciones, lo formaron — como en Buenos Aires — donativos particulares, librerías religiosas y, en lo primordial, aquellas pertenecientes a la Compañía de Jesús. Según Guillermo Furlong Cardiff, la orden citada había desplegado una intensa actividad en materia bibliotecaria. Sirvan como ilustrativos estos datos: más de 6.000 volúmenes tenía la del Colegio de Santa Fe; 10.000, la del Colegio Grande de San Ignacio, y superaba esa cantidad la que correspondía a la Universidad de Córdoba.(64)

Téngase presente que para incrementar el acervo cultural, en momentos de incertidumbre política, se practicó, además de la donación voluntaria, la confiscación de libros. Escribe Ricardo Levene refiriéndose a la de Buenos Aires: *"Se mandó incorporar a la Biblioteca Pública otras importantes librerías. De puño y letra de Moreno es la orden al Gobernador de Córdoba — de 22 de agosto, quince días antes del decreto de creación de la Biblioteca — disponiendo se encajonara 'toda la librería del Obispo Orellana y todos los libros que tuviesen los demás reos', pues se había decretado riguroso embargo en los bienes de los conspiradores de Córdoba hasta cubrir la suma extraída de la Real Hacienda*".(65)

Los primeros libros con los que contó la institución chilena fueron obtenidos mediante la colecta pública y la reunión de aquellos pertenecientes a las antiguas bibliotecas de los jesuitas. Varios fueron los medios para incrementarlos. De esta manera especificó Ramón Briseño, en 1875, los empleados en esa oportunidad. *"Prescindiendo —afirmó(66)— de las adquisiciones menudas, las en grande escala, hechas desde 1864 hasta 1875 inclusive, pueden clasificarse del siguiente modo:*

	Volúmenes
<i>Por encargos hechos a Europa de obras modernas de toda clase</i>	3.000
<i>Por razón de canjes internacionales y de Biblioteca a Biblioteca</i>	2.000
<i>Por compra de la Biblioteca del señor don Andrés Bello, en 1868</i>	1.500
<i>Por cesión de la ex Biblioteca del Gobierno (setiembre de 1871)</i>	2.230
<i>Por legado que hizo de sus libros el señor don Claudio Gay (1874).....</i>	3.924
<i>Por incorporación a la Nacional de la Biblioteca de los Tribunales (1875).....</i>	1.606
<i>Total</i>	<i>14.260"</i>

Si consideramos canjes, cesiones y legados, así como la incorporación de la Biblioteca de los Tribunales, el 68 % del material no era comprado. Ello si tenemos en cuenta que el ítem "encargos" significa "compra". En caso contrario, el 89 %.

Gonzalo A. Tavera, director de la Biblioteca Nacional de Colombia desde 1876 a 1880, indicó que el material custodiado en la institución a su cargo, se había originado en aquel poseído por los colegios jesuitas de Bogotá, Honda, Pamplona, y Tunja, ocupados como temporalidades a consecuencia de la expulsión de aquella comunidad. *"Quedó dotada desde el principio con 13.800 volúmenes, la mayor parte de obras sobre materias eclesiásticas, que entonces eran de rigor, como también de los clásicos griegos, latinos y españoles, de física, filosofía peripatética (...)"*. (67) Lo mismo sucedió en México. Según el decreto del 30 de noviembre de 1846 se establecía que para formar la Biblioteca Nacional destinábanse los libros y manuscritos del extinguido Colegio de Santos, que existían en el de San Ildefonso, los que poseía el Ministerio de Relaciones Interiores y Exteriores, "que no trataban de materias de los ramos de la administración pública" y los ejemplares que hubiese en las otras bibliotecas públicas o privadas de comunidades religiosas, "previo convenio con los poseedores". Incluía además las donaciones particulares y los libros que pudieran comprarse en el país como en el extranjero, "con los fondos que al efecto se asignasen". Hacia 1861 el número de obras reunidas alcanzaba a 90.964, de las cuales la mayoría provenía de instituciones religiosas. (68)

Las bibliotecas nacionales americanas, en su mayor parte, tropezaron también con problemas edilicios. Los mismos se circunscribían a la falta de locales adecuados para el funcionamiento de instituciones de tal envergadura y conforme a las necesidades acordes con la conservación de libros. Diversos procedimientos se utilizaron para darles ubicación. Por decreto de octubre 24 de 1833 se expidió en México una orden relativa al establecimiento de la Biblioteca Nacional, la que comenzó a formarse en el clausurado Colegio de Santos, con la librería de éste y la de la universidad. Rafael Carrasco Puente nos informa sobre lo que sucedió a posteriori del fracaso de este intento por fundarla. *"El edificio que se destinó para uso de la*

Biblioteca Nacional en 1867 fue el de la iglesia de San Agustín (...) A este local se trasladaron los cajones con los libros que se habían embodegado en el Museo y en la enseñanza. Se eligió dicho templo (que en 1840 estuvo convertido en fortaleza) para la Biblioteca, sin tomar en consideración sus enormes desventajas. Hubo necesidad de gastar aproximadamente \$ 200.000 en adaptarlo: su transformación resultó, en consecuencia, costosísima, y no sirvió como fuera de desearse, por su temperatura y construcción inadecuadas".(69)

En Chile, Ramón Briseño expresó ante las preguntas que se le formularan sobre el tema, que el edificio ocupado desde hacía treinta años era de construcción accidental. Había sido levantado para llenar ciertas apremiantes necesidades del servicio público. Entendía el mencionado Director que las dificultades locativas repercutían en la organización interna. En ocasión de referirse al número de salas disponibles, respondió: *"Seis, fuera de cuatro alacenas, seis huecos de ventana y hasta cajones colocados en los corredores del patio de la casa"*. Y agregaba que era fácil figurarse cuán agrupados debían encontrarse los libros y demás objetos *"en tan estrecho local"*.(70) Por su parte, según nota de noviembre 4 de 1819, el entonces director de la Biblioteca Nacional colombiana, Vicente Nariño, alertaba a las autoridades competentes sobre el riesgo de ruina que se corría si no era modificado el local. Varios años después, los problemas continuaban. En enero de 1868 era Quijano Otero quien hacía sentir sus quejas con respecto a las condiciones en que se hallaban los libros. *"Los volúmenes se encuentran hacinados en un salón contiguo al de la biblioteca en forma de 'biblioteca de aluvión'; y no podía ser de otro modo, porque he dicho antes no había local ni estantes para recibirlos, no había quién los entregara con orden, eran conducidos en la más completa confusión y al mismo tiempo era urgente salvar los cinco o seis mil volúmenes que allí están hacinados..."*.(71) Sumaba a lo antedicho el hecho que la disposición referente a la incorporación de las librerías de los conventos a la Biblioteca Nacional no se había cumplido sino respecto de los conventos de la capital.

Para atender los requerimientos de los lectores, las bibliotecas alcanzaban a tener, por lo general, siete empleados, como sucedía en la de Chile. Ramón Briseño indicó que los mismos percibían remuneraciones harto reducidas. Componían el citado número de funcionarios, un director o conservador, dos ayudantes, tres auxiliares y un portero. En México, Benito Juárez (1806-1872) *"(...) expidió el decreto de 24 de diciembre de 1861, estableciendo la nueva planta de empleados en la que figuraba un inspector sin goce de sueldo; un bibliotecario-director con sueldo anual de \$ 1.500; un sub-bibliotecario con \$ 1.200; un auxiliar con \$ 360; otro con \$ 240; dos dependientes de libros, cada uno con \$ 240; un portero con \$ 144, y un mozo de aseo con \$ 96"*.(72) Es de hacer notar la presencia muy peculiar de clérigos en el personal de la Biblioteca Pública de Buenos Aires durante sus primeros años. En 1810, la de los bibliotecarios sacerdotes Saturnino Segurrola y Lezica, bibliófilo y educador, y del fraile franciscano Cayetano Rodríguez, poeta y periodista, protector y maestro de Mariano Moreno. 1812 fue el año en que dirigió el establecimiento el también clérigo Luis José de Chorroarín. En el siguiente actuó Dámaso Antonio Larrañaga. Y desde 1828 hasta 1833 el presbítero Ignacio Grela; entre 1833 y 1852 los doctores José Ma. Terreros y Felipe Elortondo y Palacios, este último canónigo y diácono de la Catedral. Por eso Paul Groussac hizo mención de un proceso de laici-

zación de la institución en la segunda mitad del 800. Cabe pensar, pues, que en el Río de la Plata, durante el período de organización institucional, los clérigos constituían, desde el punto de vista intelectual, el personal adecuado, por su formación, para encargarse de los libros.

Los usufructuarios podían acudir a la sala del establecimiento de Buenos Aires en un horario limitado. *"Salvo en los días de fiesta —escribe Paul Groussac en 1896(73)—, la Biblioteca permanecía abierta al público durante cinco horas, desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde. En setiembre de 1821, el ministro Rivadavia había ordenado que 'además de las horas de costumbre, quedara abierta la Biblioteca desde las seis de la tarde hasta las nueve'. Pero esta disposición no fue cumplida o cayó en desuso, puesto que el horario de los años siguientes fue sólo el diurno (...)"*. Tiempo atrás al momento de escribir esas líneas se había intentado una modificación pero fracasó por la falta de respuesta del público. Además, asevera, *"(...) suspendióse el servicio nocturno, cuyos escasos beneficios no compensaban los serios inconvenientes del alumbrado artificial. Acaso, en local mejor y con la luz eléctrica, convenga renovar la tentativa"*.

Paul Groussac se lamentaba por la escasez de público que acudía a la biblioteca. Según los datos que nos proporciona, en 1823 dicha institución, cuando poseía no menos de 17.229 obras impresas, además de 1.500 duplicados, contaba con una concurrencia de 3.284 personas, de ellas 2.174 eran de Buenos Aires, 677 de las provincias y 428 del interior. *"Cincuenta años después —agrega(74)— el inventario comprobaba la existencia total de 20.104 volúmenes en la biblioteca, y el estado anual de la existencia para 1871 no alcanzaba a 3.000 lectores (...)"*. No elude hacer una comparación entre esas fechas. *"Durante medio siglo no había logrado el establecimiento realizar un acrecentamiento material equivalente al de un solo quinquenio de su primera época; y, en 1872, con una población probablemente cuádruple, Buenos Aires no suministraba un público de lectores igual en número al de 1823. Podría decirse, con razón aparente, que, por una parte, la mala administración y el cuasi abandono de algunas décadas habían detenido o disipado el crecimiento; y que, por otra parte, la difusión del bienestar y la formación de bibliotecas particulares tenían por efecto una disminución notable en la asistencia a la pública"*. (75) Concluye con la afirmación de que no cree en las sustracciones hechas por el público y constata que el registro de asientos da fe del escasísimo movimiento bibliográfico, así en adquisiciones como en donaciones. Añade que en la década de 1840 a 1850 estas últimas no alcanzaron a 100 ejemplares. Cabe agregar a sus afirmaciones que durante ese período, como quizás en los siguientes, la Biblioteca no contó con el apoyo económico que requería. En el informe que elevara el bibliotecario Felipe Elortondo y Palacio, ante la pregunta sobre cuál era la suma aprobada para la compra de libros, expresó: *"No hay cantidad alguna señalada para la conservación y aumento de la biblioteca. Sólo se entregan mensualmente de los fondos del Tesoro público cincuenta pesos en cada mes para gastos de escritorio, alumbrado, aseo de la casa, y se rinde cuenta documentada de su inversión"*. (76)

En 1883 Domingo Faustino Sarmiento dio a conocer importantes datos estadísticos de la Biblioteca Pública de Buenos Aires conforme a la Memoria del 24 de abril de 1882. El total de 32.600 volúmenes se repartía de la siguiente manera:

<i>"Sección 1ª. Derecho, administración, estadística, Jurisprudencia, etc.</i>			
	2.592 obras	6.806 vols.	
<i>" 2ª. Ciencias en general</i>	3.150	" 7.063	"
<i>" 3ª. Historia, Geografía, viajes, etc. ...</i>	3.322	" 7.442	"
<i>" 4ª. Literatura, filosofía, religión, etc. ...</i>	4.581	" 9.380	"
<i>Diarios de gran tamaño</i>		909	"
<i>Total</i>		32.600 vols."	

Con respecto a los lectores indicaba:

<i>"Año 1873.....</i>	5.017
<i>" 1876.....</i>	6.192
<i>" 1880.....</i>	6.953
<i>" 1881.....</i>	7.715
<i>" 1882.....</i>	6.271"(77)

Ante este panorama hacía sentir su voz de protesta. Se refirió a la poca concurrencia de personas a sus salas, y en el análisis de este problema mencionaba, entre otros factores, la dificultad que existía en la América hispana de producir libros. *"¿Prodúcense al año veinte obras nuevas en Buenos Aires? ¿Cuántas en el interior? ¿Cuántas en el Uruguay? ¿Cuántas en todos los Estados en que está subdividida la América? ¿Cuántos en todos los países que hablan la lengua castellana? ¿Alcanzarán a mil obras nuevas al año? Si a tal número llegan, ¿cuántos circularán entre nosotros? En alemán (...) circulan hasta quince mil obras nuevas cada año. En francés, cinco mil; en inglés, en uno y otro lado del Atlántico, como diez mil. En las veinte naciones de la lengua española, ¡menos de doscientas acaso!"* Dejemos de lado las comparaciones, inadecuadas en cuanto responden a realidades históricas diferentes. Obviemos también su opinión despectiva acerca del "apagadizo fuego intelectual que ilumina nuestras inteligencias", como factor gravitante. Conviene prestar atención a otro motivo que el mismo escritor nos da. *"El libro que los contiene (los conocimientos) es una producción industrial que calcula los costos y la pronta colocación de los productos. Los señores Appleton de Nueva York exigen seguridades de colocación para tres mil ejemplares de cualquier obra en español, si hablan de encargarse de imprimirla; y como la América española está dividida en diez y siete fracciones, ninguna de ellas no pasando de tres millones sus habitantes puede responder de la colocación de tres mil ejemplares"*. Entiende que México con más de diez millones de personas sólo es capaz de absorber mil ejemplares, como la Argentina. *"Un libro producido en México o en Buenos Aires apenas saldrá de los bordes de su cuna, y si viene de España de donde tan pocos libros nos vienen, su consumo en América será muy limitado, aunque más general (...)* Debido a estas circunstancias es que no puede haber en América una industria librera, pues no hay mercado para sus producciones en las cantidades que requiere la necesidad de vender barato"(78)

Dificultades de infraestructura, en lo prioritario inestabilidad de los gobiernos y carencias financieras; predominio del material religioso existente desde la época colonial, edificios inapropiados y escasa afluencia de lectores. En definitiva, la realidad social, económica y política de América Latina durante el siglo XIX, perturbó el desarrollo de las bibliotecas e impidió la formación de un marco adecuado para la difusión del libro. Cumplieron, en circunstancias apremiantes y dificultosas, con uno de sus cometi-

dos, el de conservar las obras. Permanecieron, en su función de difusoras de la lectura, como enclaves culturales que, en un entorno diferente, a medida que se modernizaban determinados sectores de los países correspondientes, aumentaron en importancia y significación.

(1) George A. Theodorson-Achilles G. Theodorson. "Diccionario de Sociología". Editorial Paidós. Buenos Aires, 1978. Página 158. Corresponde a la definición que los autores dan de "institución social" e "institución educacional".

(2) Téngase presente que hay diferentes tipos de bibliotecas, como se verá, y que abordamos su definición en el sentido más amplio. Que es el tradicional pues, en primer lugar, hoy día existen las llamadas de "estantes abiertos" donde el público elige libremente el material que le interesa. Tal es el caso de la biblioteca del complejo cultural "Georges Pompidou". Además, en los últimos tiempos, se le han incorporado elementos tecnológicos que modifican la imagen que de ellas tenemos, tales como la computación, la reprografía y el videotex. Implícitamente ello significa que el bibliotecario se ha convertido en un especialista que debe saber, por ejemplo, programar una computadora, hacer una búsqueda bibliográfica "en línea", etc.

(3) Domingo Buonocore. "Diccionario de Bibliotecología". Ediciones Marymar. Buenos Aires, 1976. Página 73. En su sentido etimológico proviene del griego "biblion", libro, y "theke", caja.

(4) Agustín Millares Carlo. "Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas". Fondo de Cultura Económica. México, 1971. Página 227.

(5) George A. Theodorson-Achilles G. Theodorson. Ob. cit. Página 201.

(6) André Maurois. "André Maurois habla de libros y de bibliotecas". El Correo. UNESCO. Mayo 1961. (Año XIV). Página 6.

(7) José Ortega y Gasset. "Misión del bibliotecario". Revista de Occidente. Tomo XLVIII. Abril, Mayo, Junio. Madrid, 1935. Página 132.

(8) Domingo Buonocore. Ob. cit. Página 74. Para la elaboración de esta sección nos hemos basado además en el "Dictionaire des Antiquités grecques et romaines", publicado bajo la dirección de MM. Ch. Daremberg et. E.D.M. Saglio. Tomo Primero. Primera parte. A-B. Librairie Hachette et Cie. 1877. Y en el "Dictionaire illustré de la Mythologie et des Antiquités grecques et romaines" de Pierre Lavedan. Librairie Hachette. París, 1931.

(9) Domingo Buonocore. Ob. cit. Página 74.

(10) Pierre Lavedan. Ob. cit., página 109.

(11) Mariano Moreno. "Gaceta de Buenos Aires". 13 de setiembre de 1810. En: "Mariano Moreno. Escritos políticos y económicos". Orientación Cultural Editores S.A. La Cultura Argentina, 1961. Página 195. La ortografía ha sido modificada según las reglas actuales de la Real Academia española.

(12) Agustín Millares Carlo. Ob. cit. Página 250.

(13) Domingo Buonocore. Ob. cit. Página 75.

(14) Robert Mandrou. "Francia en los siglos XVII y XVIII". Nueva Clio. La Historia y sus problemas. Editorial Labor S.A. Barcelona, 1973. Página 84.

(15) José Ortega y Gasset. Ob. cit. Páginas 139-140.

(16) También puede comprenderse en el significado de influencia excesiva de los funcionarios públicos en los negocios del Estado. Lo que conlleva todos los problemas propios de la burocratización que nuestra literatura observó con acento crítico. El tiempo que no transcurre, los problemas locativos y presupuestales, las dificultades inherentes a los nombramientos y ascensos. He ahí algunos de los puntos analizados con acidez. Considérese el caso de Carlos Maggi y su obra "La Biblioteca" (Ediciones del Mercado, Montevideo, 1960). En ella el personaje que representa al Director de una biblioteca, afirma: "La antigüedad es un licor sutil que lentamente nos va embalsamando; porque no se logra en un día que el sueño de la indiferencia empiece a correr por nuestras venas y es más largo aún el camino a recorrer hasta el descanso total, hasta lo que llamo el éxtasis administrativo. Es cierto, existen seres extraordinarios que a los pocos meses del nombramiento ya han logrado momificarse por completo, pero no es lo normal" (Página 171).

(17) José Ortega y Gasset. Ob. cit. Página 128.

(18) Domingo Buonocore. Ob. cit. Página 79.

(19) André Maurois. Ob. cit. Página 5.

(20) Cuando la soledad del individuo, los libros pueden mitigarla. Confinado, Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645), pudo escribir, quizás en 1636, "Desde la torre", en uno de cuyos pasajes dice: "Retirado en la paz de estos desiertos, / con pocos, pero doctos libros juntos, / vivo en conversación con los difuntos / y escucho con mis ojos a los muertos". Francisco de Quevedo y Villegas. "Obras completas". M. Aguilar Editor. Madrid, 1943. Página 412.

(21) André Maurois. Ob. cit. Página 5.

(22) José Ortega y Gasset. Ob. cit. Página 158-159.

(23) Idem. Páginas 161-162.

(24) Joaquín V. González. Conferencia pronunciada en el acto de inauguración de la "Biblioteca Argentina" de Rosario de Santa Fe, el 24 de julio de 1912. En: "El mundo de los libros". Selección, prólogo y notas por Domingo Buonocore. Librería y Editorial Castellví. Sociedad Anónima. Santa Fe, República Argentina, 1955. Página 240.

(25) Juan Beneyto. "Conocimiento de la información. Aproximaciones al sistema de las comunicaciones sociales". El libro de bolsillo. Alianza Editorial. Madrid, 1973. Página 62.

(26) Robert Escarpit. "El hambre de leer". En: "De la escritura al libro". UNESCO. Promoción Cultural S.A. España, 1976. Páginas 128-130.

(27) René Huyghe. "Diálogo con el arte". Editorial Labor S.A. Barcelona, España, 1966. Página 36.

(28) José Ortega y Gasset. Ob. cit. Página 159.

(29) Juan Beneyto. Ob. cit. Página 81.

(30) Idem. Página 69.

(31) René Huyghe. Ob. cit. Página 43.

(32) Ruth Shepard Granniss. "Bibliotecas públicas en los Estados Unidos (Epoca colonial y siglo XIX)". Boletín de la Biblioteca Artigas Washington. Vol. IV, N° 2. Montevideo, Junio 1948. Página 48.

(33) Ruth Shepard Granniss. Ob. cit. Página 49.

(34) Datos tomados de la "Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos. Historia, organización y servicios". Conferencia pronunciada por el Sr. Secundino Vázquez, Director de la Biblioteca Artigas-Washington, el 23 de agosto de 1946. En: Boletín de la Biblioteca Artigas-Washington. Vol. II, N° 4. Montevideo, Diciembre 1946. La Biblioteca del Congreso cumple las funciones propias de nuestra Biblioteca Nacional y del Palacio Legislativo. Según Agustín Millares Carlo, se convirtió a mediados del siglo pasado en la Biblioteca Nacional de los Estados Unidos. (Ob. cit. página 280). Es de hacer notar que en la obra "The Library of Congress and its work" (Washington, Government Printing Office, 1907) se indica el año 1814 como fecha del incendio mencionado. Asimismo no hay referencia al hecho de que se inaugurara en 1802.

(35) Eugene Morel. "Bibliothèques. Essai sur le développement des bibliothèques publiques et de la librairie dans les deux mondes". II. París. Mervure de France. MCMVIII. Página 53.

(36) Ruth Shepard Granniss: Ob. cit., página 51.

(37) Gustavo Adolfo Otero. "La vida social en el coloniaje". Editorial Juventud: La Paz, Bolivia, 1958. Página 349.

(38) José Torre Revello. "El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española". Buenos Aires, 1940. Páginas 121-122.

(39) José Torre Revello. Ob. cit. Páginas 121-122. Nota 3.

(40) Guillermo Furlong Cardiff S.J. "Las bibliotecas coloniales en el Río de la Plata". Boletín de la Academia Nacional de la Historia. Vol. XIII. Buenos Aires, 1940. Página 138.

(41) Guillermo Furlong Cardiff S.J. "Bibliotecas argentinas durante la dominación hispánica". Editorial Huarpes. Buenos Aires, 1944. Páginas 59-60.

(42) Agustín Millares Carlo. Ob. cit. Página 274.

(43) En: Jefferson Rea Spell. "Rousseau in the Spanish World before 1833. A study in Franco-Spanish Literary relations". Austin. The University of Texas Press, 1938. Página 217.

(44) Datos tomados de la obra citada de Agustín Millares Carlo. Páginas 275-276.

(45) José Torre Revello. Ob. cit. Página 127.

(46) Monelisa Lina Pérez-Marchand. "Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la Inquisición". El Colegio de México, 1945.

(47) Idem. Páginas 143-144.

(48) En: José Luis Romero. "Campo y ciudad: las tensiones entre dos ideologías". Cultura y sociedad en América Latina y el Caribe. UNESCO, 1981. Páginas 40-41.

- (49) Alfredo Traversoni. "Historia del Uruguay y de América". Tomo II. Vida independiente. Editorial Kapelusz, 1969. Página 20.
- (50) Citado por: Gustavo Beyhaut. "Raíces contemporáneas de América Latina". Eudeba. Buenos Aires, 1964. Página 57.
- (51) Ramón Páez. "Escenas rústicas en Sur América o la vida en los llanos de Venezuela". Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Fuentes para la historia republicana de Venezuela. Caracas, 1973. Páginas 55-56.
- (52) Idem. Páginas 57-58.
- (53) Richard Pattee. "Gabriel García Moreno y el Ecuador de su tiempo". Quito, Ecuador. Editorial Ecuatoriana, 1941. Página 398.
- (54) Pedro Henríquez Ureña. "Historia de la cultura en la América hispana". Fondo de Cultura Económica. Colección Tierra Firme. 28. México, 1947. Página 88.
- (55) Manuel Horacio Solari. "Historia de la educación argentina". Editorial Paidós. Buenos Aires, 1949. Página 107.
- (56) Idem. Página 112.
- (57) Mariano Moreno. Ob. cit. Páginas 194-195.
- (58) Ricardo Levene. "El fundador de la Biblioteca Pública de Buenos Aires". 1938. Página 63.
- (59) Idem. Página 63. Nota 2.
- (60) Ibidem.
- (61) En: Guillermo Hernández de Alba-Juan Carrasquilla Botero. "Historia de la Biblioteca Nacional de Colombia". Bogotá, 1977. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo. Página 105.
- (62) En: Raúl Silva Castro. "Los primeros años de la Biblioteca Nacional de Chile (1813-1824)". Revista de Historia de América Latina. Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Número 42. México, Diciembre de 1956. Página 366.
- (63) Luis González Obregón. "La Biblioteca Nacional de México. 1833-1901". México, 1910. Página 17.
- (64) En la obra citada de Ricardo Levene, Página 11. Nota 1.
- (65) Idem. Páginas 38 y 41.
- (66) Ramón Briseño. "Noticias históricas y orgánico-estadísticas de la Biblioteca Nacional. I. Reseña histórica". En: Anales de la Universidad. 1875. Chile. 2. Página 463. La ortografía ha sido modificada según las reglas actuales de la Real Academia Española.
- (67) Gonzalo A. Tavera. "Bosquejo descriptivo de la Biblioteca Nacional de Colombia". Anales de la Universidad de Colombia. Número 91, Diciembre de 1879. Tomo XIII. Páginas 186-187.
- (68) Luis González Obregón. Ob. cit. Página 29.
- (69) Rafael Carrasco Puente. "Historia de la Biblioteca Nacional de México". Secretaría de Relaciones Exteriores. Departamento de información para el extranjero. México, 1948. Página 11.
- (70) Ramón Briseño. Ob. cit. Páginas 468-470.
- (71) En: Guillermo Hernández de Alba-Juan Carrasquilla Botero. Ob. cit. Página 124.
- (72) Luis González Obregón. Ob. cit. Página 27.
- (73) Paul Groussac. "La Biblioteca de Buenos Aires". En: "La Biblioteca". Revista mensual dirigida por Paul Groussac. Año I. Tomo I. Buenos Aires. Librería de Félix Lajouane Editor. 1896. Tomo I. Entrega de junio. Página 29.
- (74) Idem. Página 30.
- (75) Ibidem. Obsérvese que la suma no equivale a la concurrencia indicada.
- (76) En: Ricardo Levene. Ob. cit. Página 169.
- (77) Domingo Faustino Sarmiento. "Lectura sobre bibliotecas populares". Buenos Aires. Establecimiento tipográfico de El Nacional, 1883. Página 18. Es de hacer notar que la suma correspondiente a la columna de volúmenes da 31.600 y no 32.600, como figura en el texto.
- (78) Idem. Páginas 36-37.

**MANUEL DE CASTRO
EL GRAN OLVIDADO**

por

NAPOLEON BACCINO PONCE DE LEON

1) Un silencioso transitar por la escena literaria

Manuel de Castro (1897-1970) surgió como narrador en 1928 con *Historia de un pequeño funcionario*(1) y desde entonces espació su producción por más de tres décadas sin alcanzar el reconocimiento que su obra merecía.

Hoy, no se le lee, no se le reedita, y ni siquiera su nombre dice mucho a la mayoría de quienes frecuentan la literatura uruguaya de unos años atrás.

Las causas de este silencioso transitar por la escena literaria importan menos que el llamar la atención sobre algunas de las virtudes de su narrativa. No obstante, creemos que el poner el énfasis en alguna de ellas puede ser útil en una perspectiva revalorizadora.

El primer elemento a tener en cuenta es la circunstancia en que emerge como narrador.

Son aquellos, años de gran efervescencia en los que grandes nombres se eclipsan y desaparecen en el horizonte de las letras nacionales, mientras otros alcanzan su máximo fulgor y una nueva promoción surge casi sin transición.

Así, en lo que respecta a los del 900, mientras la fortuna literaria de Carlos Reyles decae, en 1926, muere Javier de Viana y Horacio Quiroga alcanza la plenitud de su arte con *Los desterrados*. Ese mismo año irrumpe uno de los más brillantes exponentes de la generación siguiente, Francisco Espínola, con los cuentos de *Raza ciega*; y en torno suyo y por esos años, toda una constelación de nombres y títulos importantes. En 1925, Justino Zavala Muniz había publicado *Crónica de un crimen*, Enrique Amorín *Tangarupá*, y Juan José Morosoli comenzaba a abandonar sus balbuceos poéticos para incorporarse a la primera línea de narradores nacionales en 1932, con *Hombres*. Un año después de la publicación de *Historia de un pequeño funcionario*, en 1929, el mismo Amorim con *La carreta*, y sobre todo Víctor Dotti con *Los alambradores*, cierran con un ademán rebelde que encuentra buena acogida de público y crítica, esa revisión de un mundo campesino condenado por el progreso que había iniciado Viana en 1896. La nueva perspectiva para abordar literariamente esa zona de la realidad nacional, adelantada ya por Espínola, llevará la impronta de Morosoli.

En medio de ese panorama dominado por grandes nombres y orientado fundamentalmente y en el campo de la narrativa, dentro de ciertas coordenadas estéticas a las que se podría dar el nombre genérico de "criollismo", no es difícil comprender que una novela como la de Manuel de Castro pasara casi desapercibida, al menos para el gran público.

Lo suyo era diferente, y este es el segundo elemento a tener en cuenta. Abordaba una zona de la realidad en la que la literatura no había prácticamente incursionado pese a que ostentaba ya un perfil muy definido y

característico. Hay sí un valioso antecedente en la obra de José Pedro Bellán, quien precisamente en ese año de 1926 publica uno de sus mejores relatos: *El pecado de Alejandra Leonard*, pero la suya es una mirada intimista en la que la ciudad no es más que el telón de fondo de psicologías sutilmente logradas, aunque en el cuento aludido y en *La inglesita* los factores sociales sean determinantes.

Manuel de Castro aborda esa realidad urbana de una manera diferente, y dentro de esa zona se circunscribe a una parcela que hasta entonces había permanecido completamente virgen: el pequeño mundo asfixiante y terrible de las oficinas con sus mínimos personajes; *Historia de un pequeño funcionario* se convierte así en una novela pionera y de rara modernidad, que preanuncia una narrativa de gran auge treinta años después, en los sesenta.

Así supo verla Zum Felde quien con su acostumbrada agudeza crítica escribió en "La Pluma": "*Es esta, sin duda, una de las sustanciosas e interesantes novelas escritas en el país en estos últimos años. Aparte del tema campero — tan jugoso de suyo y siempre sugestivo por sus fuertes rasgos de carácter, su colorido regional—, Manuel de Castro ha querido abordar la difícil empresa de escribir novela de ciudad y ha ido a elegir sus tipos, precisamente en el más gris y modesto de los ambientes, el que menos parece ofrecer por sí, materia brillante y original, dada la mediocridad monótona de la pequeña burguesía, de hábitos cotidianos, que en él actúa. Alarde de poder sin duda y tanto más meritorio y digno de alabanza, cuanto que el escritor ha salido triunfante, logrando desentrañar, de esa uniformidad incolora, el interés humano de sus vidas y hasta su humilde dramática, no por menos teatral, menos dolorosa que la de las grandes almas. Como pintura de ambiente perfectamente realizada y como psicología de tipos representativos del pequeño mundo burocrático, la novela de Manuel de Castro constituye todo un éxito*".

El espaldarazo de Zum Felde no pudo sin embargo vencer la resistencia.

Y ni siquiera Montevideo que era por entonces La Atenas del Plata, siempre ávida de novedades y como buena ciudad-puerto abierta a todos los "ismos" que llegaran por mar, supo valorar lo que había de bueno y de nuevo en la novela de Manuel de Castro. Demasiado preocupados por la modernización, los "vanguardistas" de entonces desdeñaron por prosaico el tema y por pasado de moda el estilo, más impregnado del realismo ruso del siglo XIX que por las audaces búsquedas formales del primer cuarto del XX.

Historia de un pequeño funcionario no era ni lo suficientemente vanguardista ni lo necesariamente tradicional como para encajar en el panorama aludido.

Y algo similar ocurrió con el resto de la obra narrativa de su autor, particularmente con sus dos novelas, *El Padre Samuel* de 1937, y *Oficio de vivir* de 1959.

A pocos meses de que la primera de ellas recibiera el Premio Ministerio de Instrucción Pública correspondiente al año 1938, la narrativa uruguaya daba otro salto cualitativo importante con la aparición de *El Pozo* de Juan Carlos Onetti. La ciudad ya no será mero escenario ni solo ambiente condicionante, sino también y fundamentalmente, metáfora de una angustia interior que busca su expresión. El minucioso y moroso desmenuzamiento de las sensaciones a lo Proust; el tumultuoso fluir del inconsciente que todo

lo anega, a la manera de James y de Joyce; la nueva conciencia del lenguaje y la estructura, a lo Faulkner; irán conformando y respondiendo a una nueva sensibilidad.

Respecto a ella, *El Padre Samuel*, la novela de “*un poeta que recuerda su infancia entre la sonrisa y las lágrimas*”, al decir de Zum Felde; exhibe un evidente desfazaje.

Y lo mismo ocurre veinte años después cuando, ahora por su cuenta, Manuel de Castro publica la que consideramos su mejor novela: *Oficio de vivir*. Ya entonces han hecho aparición los más conspicuos representantes de la Generación del 45 y emerge una nueva promoción que en más de un sentido es prolongación de la primera. La sensibilidad descubierta y sacudida en el 39, se ha exacerbado y generalizado, al tiempo que se acentúa la carga de denuncia social y política que forma parte esencial de esa aguda conciencia crítica que caracterizó a los del 45. Es bastante sintomático y no deja de ser una ironía, que en 1959 cuando aparece *Oficio de vivir*, se publique *Montevideanos* de Mario Benedetti. En esos cuentos, el autor hurga con un sencillo instrumental de corte realista, el mismo que había utilizado Manuel de Castro sin fortuna, en esas zonas de la realidad urbana que éste había abordado sin tapujos por primera vez, y relatos como “El presupuesto”, o “Aquí se respira bien” podrían pasar sin sufrir alteraciones esenciales por fragmentos de *Historia de un pequeño funcionario*. Tres años más tarde, cuando, otra vez en edición de autor, aparece sin pena ni gloria un volumen de cuentos de Manuel de Castro: *Humo en la isla*; Mario Benedetti alcanza un éxito que casi no tiene precedentes en la literatura nacional, ahondando en *La Tregua* aquel mundo mezquino, patético y sin salidas que Manuel de Castro había pintado con la misma crudeza, el mismo valor testimonial, y una mayor solvencia de recursos treinta años antes: el pequeño mundo sin atmósfera y sin horizontes del oficinista.

Un nuevo desfazaje hizo que mientras que en *La Tregua* se vieran al espejo muchos miles de uruguayos o contemplaran una realidad cotidiana formulada estéticamente; *Historia de un pequeño funcionario*, tal vez por su mismo carácter premonitorio, de una realidad social y de una literatura, pasó desapercibida.

Pero el tiempo ensancha las perspectivas y lo que ayer no se valoró por circunstancias muchas veces ajenas a la obra misma, llega sin esa tiranía a alcanzar, tarde o temprano su justa dimensión.

2) Entre la biografía y la leyenda

Muy poco, apenas unos cuantos datos aislados es cuanto hemos podido rastrear de la vida de Manuel de Castro.

En los panoramas de conjunto de la literatura uruguaya casi no se le menciona. No lo hace Angel Rama en *180 años de literatura*,⁽²⁾ y Fernando Aínsa en *La narración y el teatro en los años veinte*⁽³⁾ le dedica apenas unas líneas que no incluyen datos biográficos. Algo similar ocurre con Zum Felde, quien no obstante realiza el estudio más completo hasta el presente —algo más de una página— en el que le dedica no pocos elogios.⁽⁴⁾ En cuanto al Archivo Manuel de Castro, es más que exiguo; contiene apenas ocho recortes y un soneto mecanografiado que muy poco aportan al conocimiento de su vida o de su obra.

Del escaso material existente se desprende que nuestro autor nació en Rosario de Santa Fe, República Argentina, en 1897. Que tuvo una niñez trashumante que lo llevó a Córdoba, Buenos Aires, y a Chile, adonde se educó en el Seminario de Concepción. Que más tarde se radicó en Montevideo adonde vivió hasta su muerte acaecida el 8 de junio de 1970.

Sabemos también por el testimonio siempre algo borroso de sus contemporáneos, que con sus grandes ojos, su frente amplia y su sombrero de ala ancha, transitaba los reductos de la bohemia de entonces rodeado por un aura legendaria. Una leyenda que él mismo alimentaba con su aspecto y sus historias, y fundamentalmente, con sus novelas.

Ellas tres y algunos de sus cuentos son tenidos por autobiográficos, y aunque carecemos de elementos de juicio como para aseverarlo, era lo que sus amigos creían y coincide con los escasos datos que hemos podido manejar.

Las que más elementos aportan en este sentido son *El Padre Samuel* y *Oficio de vivir*, al parecer, verdaderas autobiografías ligeramente noveladas.

La primera de ellas narra las vicisitudes de Gabriel hasta la muerte de su padre cuando el niño tenía once años. Los nombres han sido cambiados —diría apenas retocados— pero el itinerario y las fechas son de fácil comprobación.

El padre de Gabriel es un ex sacerdote que ha colgado los hábitos para casarse con una compatriota —era gallego—, que en el curso de unos pocos años, ya radicados en Rosario, le da un hijo y muere cuando éste no alcanzaba a cumplir los nueve. El duro golpe lleva al padre a ordenarse nuevamente, dejando a su hijo con unos amigos y, reencontrándose con él tiempo después, haciéndose pasar por tío del muchacho y tomando a su cargo su educación en el Seminario de Concepción.

Oficio de vivir es la continuación de las andanzas de Gabriel luego de la muerte de su padre. Allí se narra en ese peculiar estilo picaresco que gustaba frecuentar el autor, combinando, esta vez magistralmente, la visión irónica y clínica con la emoción y la ternura; las distintas peripecias que llevan a este huérfano a ser sucesivamente empleado en una pulpería, torero en Minas, mozo, albañil, aprendiz de periodista, aspirante a anarquista, "marchand" en la feria, canillita, polizone, mendigo en Río de Janeiro y bohemio asiduo a la tertulia del Café Británico, para terminar alcanzando el bienestar y la seguridad de una manera muy uruguaya al acceder a un empleo público.

El tríptico autobiográfico se completa, aunque ya no tiene a Gabriel como protagonista, con la que es cronológicamente la primera de las novelas, *Historia de un pequeño funcionario*, presumiblemente nacida de la observación directa del mundo retratado en sus páginas.

Deslindar el núcleo verdaderamente autobiográfico de la elaboración estética posterior, resulta hoy casi imposible, lo único concreto es que nimbado por las luces y sombras de su vida aventurera, Manuel de Castro fue considerado más una figura pintoresca que un gran escritor; un elemento más a tener en cuenta para explicar el olvido en que cayó su obra y la poca importancia que se le dio en su momento.

En lo que respecta a su producción, fue variada y desigual.

Se inició como poeta con *Las estancias espirituales* (1919) y continuó cultivando el género a lo largo de doce títulos más hasta 1963, y una antología publicada en Caracas. En la narrativa debutó con *Historia de un*

pequeño funcionario a las que se sumaron además de las otras dos novelas ya aludidas, dos volúmenes de cuentos: *El enigma del ofidio* (1955) y *Humo en la isla* (1962). Cultivó también el periodismo, el ensayo, y realizó en colaboración antologías de Juan Parra del Riego y Julio Herrera y Reissig. (Para un detalle completo ver Apéndice Bibliográfico).

En el presente estudio solo se hará hincapié en su obra narrativa y particularmente en su novelística, porque entendemos que allí se encuentra lo mejor y más perdurable de su producción.

3) Historia de un pequeño funcionario (1928)

Algo más de treinta años antes del resonante éxito de *La Tregua*, cuando la narrativa urbana apenas asomaba tímidamente en el horizonte con algunos cuentos de Bellán, Manuel de Castro publicó esta novela en la que el verdadero protagonista es el empleado público montevideano y que transcurre, salvo en dos breves escenas, enteramente en el interior de una oficina.

Allí se narra en un primer plano, con estilo sencillo y preciso tanto en la pintura de ambientes como de caracteres, la historia de un oscuro funcionario atrapado en ese sórdido por mezquino, mundo de una oficina pública, sin otra esperanza que una ley de retiro que, absurdamente, las Cámaras no acaban de aprobar.

Pero en torno a ese núcleo, la novela se convierte además, como lo señalara Zum Felde en *"una pintura exacta y simple de la modesta burocracia, y de la humildad gris de las almas que actúan en ese ambiente, con sus virtudes desteñidas, sus estrechas ambiciones, sus tontas vanidades, sus malignidades débiles; y cuya sorda sensibilidad ni siquiera alcanza a percibir en todo su sarcasmo la tragedia que hay dentro de sus vidas"*.⁽⁵⁾

Santiago Piñeyro, el protagonista, un hombre que exhibe aún heridas de las últimas revoluciones —como si el autor quisiera contraponer aquel pasado pastoril y caudillesco con este presente urbano y burocrático—, vegeta, adula, y espera en vano justicia de una administración corrompida por el favor político.

A semejanza del M. Patissot de Maupassant y del protagonista de *La Tregua*, Santiago Piñeyro parece incapaz de aspirar a nada más en la vida que aquello que se rige por los reglamentos y estatutos burocráticos que conforman su horizonte y el de sus compañeros; toda gratificación y todo castigo sólo pueden provenir de esas reglas y deben estar comprendidas en ellas. Normas acatadas con voluntad siempre sumisa, sin interrogantes, porque ofrecen seguridad a cambio de desesperanza, certeza a cambio de claudicación.

Zum Felde ha reprochado a esta novela falta de intensidad psicológica, argumentando que el autor ha visto a sus personajes desde afuera, limitándose a dar su "triste exterioridad". Y agrega: *"Parece que el escritor ha enfocado más su intención hacia el aspecto humorístico de sus personajes, evidentemente logrado. Pero aún así, ha dejado perder una gran oportunidad de ahondar en esa apariencia burlesca, hasta hacer sangrar en el grotesco la carne viva del drama"*.

Las apreciaciones del crítico contienen varios juicios inexactos y apresurados.

En primer lugar, la observación de que el autor ha visto a sus tipos desde afuera, no trae necesariamente aparejada una falta de penetración psicológica, y es precisamente la rígida perspectiva escogida por el autor para componer su personaje la que da la pauta de su maestría. Porque a diferencia de lo que hacen Maupassant y Benedetti con personajes similares, Manuel de Castro realiza la proeza narrativa de dar un personaje sin fisuras, en toda su miseria y con todas sus contradicciones, sin separarlo del entorno al que pertenece: la oficina y sus compañeros. Así, mientras Maupassant saca a pasear a su personaje los domingos para completar su retrato psicológico, y Benedetti nos introduce en la casa del suyo, y en la de su novia, y en el departamento que comparten, etc. Manuel de Castro se limita a observarlo en acción en su medio "natural", por así decirlo. Le basta con seguir sus movimientos, del escritorio al despacho del jefe que debe amonestarlo o anunciarle que ha sido nuevamente postergado en los ascensos; con reproducir con la riqueza de matices y la minuciosidad de una cámara cinematográfica, los mínimos gestos, los aparentemente más insignificantes detalles. De esta manera logra dar toda la hondura de su drama psicológico sin apelar a explicaciones, ni a los movimientos de conciencia del personaje, ni siquiera a sus emociones más íntimas. Todo está sugerido, contenido, y es el propio lector quien completa el personaje.

Y no es casual que los únicos dos momentos verdaderamente fijos de esta novela coincidan con las únicas dos escenas en que, ya sobre el final, Santiago Piñeyro es arrancado de la oficina y conducido a su casa, adonde hay un hijo idiota que agoniza y que al morir, golpe de gracia de una vida de desdicha, empuja a su padre a la locura.

Estas escenas, por fortuna breves en una novela intachable de 164 páginas, muestran por contraste cuán efectivo era el método escogido para construir su personaje y cuán innecesarios estos desbordes efectistas del final.

En cuanto a la afirmación de Zum Felde de que la intención del autor apunta más a lo humorístico, desdeñando ahondar en esa apariencia burlesca "*hasta hacer sangrar en el grotesco la carne viva del drama*", baste señalar que es precisamente al grotesco y también al absurdo y no a lo burlesco a que apunta la visión del autor, y que es este otro de los puntos altos de la obra. Porque tanto en la pintura del personaje como y particularmente en la de ese mundo en el que vive inmerso, la perspectiva sin dejar de ser realista, se deforma y se retuerce, sutilmente, y ese pequeño universo burocrático con sus trampas, con sus laberintos, con sus esperas irreales, con su atmósfera por momentos alucinante, con su cuota de absurdo, se parece mucho al universo kafkiano.

Y hay aún otra virtud en *Historia de un pequeño funcionario* que su autor supo mantener en sus restantes novelas: su amenidad; porque pese a la temática abordada es una obra que atrapa al lector desde la primera página y que se lee hasta con fruición.

4) **El Padre Samuel** (1937) (6)

Este es el título de Manuel de Castro que más cantidad de elogios cosechó, dentro y fuera de fronteras. Laureada por unanimidad de votos por el Ministerio de Instrucción Pública en 1938, la novela fue celebrada por

críticos y escritores de la autoridad de Eduardo Barrios, Luis Alberto Sánchez, Carlos Reyles, y Alberto Zum Felde.

Subtitulada: "Su vida sacra y profana evocada por un llamado su sobrino", una de las cosas que le granjearon el favor de la crítica fue que su autor para narrar las aventuras y recuerdos de su infancia siguió los pasos de las viejas novelas picarescas españolas.

El chileno Luis Merino Reyes y el peruano Luis Alberto Sánchez coinciden en subrayar este aspecto, pero quien acierta a definir con mayor justeza y precisión este insertarse en una tradición que arranca en el "Lazarillo" es, una vez más, Zum Felde.

"Su novela — escribe — puede colocarse en cierto modo y hasta cierto punto, dentro del género de la novela picaresca española, por primera vez abordado en nuestros países americanos y con todo éxito, y no porque campee en su novela ningún "pícaro" sino por el sentido de ironía sabrosa con que la vida aparece encarada".

"Pero en su novela hay algo que no cabe dentro de lo simplemente picaresco: hay también lo emocional, lo lírico; rasgos de viva ternura; escenas de melancólica evocación; y no podría ser de otro modo, puesto que, al fin, también es Ud. poeta y en este caso un poeta que recuerda su infancia entre la sonrisa y las lágrimas.

La amarga dulzura de los recuerdos, es como un velo de llovizna finísima a través del cual cobra un tinte de melancolía aún el fuerte colorido de lo picaresco. Por eso hice la salvedad de que su novela podría ser considerada dentro de ese género clásico, de entronque hispano, en cierto modo y hasta cierto punto".

La cuota de sensibilidad moderna que el autor ha puesto en ella, concluye el crítico, hace que *El Padre Samuel* no sea un simple remedo literario, "sino un producto espontáneo y personal de su temperamento y de su vida, sin ajuste a modelo alguno, retórico ni tradicional".(7)

En cuanto a otros aciertos, el propio Zum Felde alaba en el libro "la fluida sencillez de su prosa que no busca sustituir con recursos artificiosos la falta de sustantividad y dinamismo", y "el acierto con que ha sabido armonizar elementos tan distintos como son el humorismo y el sentimiento; aunar la ironía y la emoción...".

Poco podríamos agregar al juicio certero del autor del "Proceso Intelectual del Uruguay", pero creemos que vale la pena transcribir las palabras del escritor chileno Eduardo Barrios quien en una línea más impresionista completa el juicio de Zum Felde, diciendo: "Es un libro original y viviente. Su transparencia, su falta de literatura y su emoción directa, cogen como la vida desnuda. Hay en la obra, no sé en qué, si en su sencillez o en su fuerza humana, un poder que hace amar a sus personajes. Nunca olvidaré su lectura. Ha derramado Ud. en mi conciencia de escritor y de hombre, un don de ternura que es una lección".

5) Oficio de vivir (1959) (8)

El efecto descrito por Eduardo Barrios a propósito de *El Padre Samuel* es igualmente válido para la más ambiciosa y mejor lograda de las novelas de Manuel de Castro, *Oficio de vivir*.

Continuación de las andanzas de Gabriel, el protagonista de la anterior,

la misma se inserta también dentro de la tradición picaresca, aunque con matices que la distinguen de la primera.

Es que por su trama, de una riqueza de situaciones y personajes que no tiene verdaderamente precedentes en la narrativa uruguaya; por su prosa, rica, colorida, sensual, y sobre todo, por ese humorismo a la vez tierno y socarrón; *Oficio de vivir* está mucho más cerca de sus modelos clásicos y participa de su fuerza y de su gracia en mayor grado que la celebrada *El Padre Samuel*.

A lo largo de 364 páginas, Manuel de Castro narra con una frescura y soltura muy poco frecuentes en nuestras letras —que tienden a ser más acartonadas o a impactar por la vía de la grandilocuencia— las divertidas andanzas de su alter-ego Gabriel Cobas: “*cuya azarosa adolescencia y mocedad constituye un memorial novelesco que creí de interés darlo a conocer a los lectores respetando el texto que llegó misteriosamente a mi poder*”, desde que su primo intenta librarse de él colocándolo como empleado en una pulpería de campaña y hasta que, favor político mediante, consigue ingresar en la burocracia, terminando y culminando de alguna manera su carrera de pícaro.

Ya esas primeras páginas destinadas a narrar las aventuras de Gabriel como mozo de pulpería, enfocadas desde una perspectiva que no es ni la bucólica ni la heroica desde las que la literatura solía —simplificando, claro está— abordar la temática rural; sino la de un realismo ligeramente ingenuo, levemente escéptico en el que, como en el resto del libro, por encima de la mirada crítica, prevalece en última instancia la ternura; son dignas de antología. Y otro tanto sucede, para citar sólo dos núcleos, con sus andanzas de novillero en Minas, donde se encuentran páginas de las más auténticamente festivas de nuestra narrativa. Pero como estos dos ejemplos podrían citarse decenas de situaciones ya que el muchacho antes de conseguir la tranquilidad económica accediendo a un empleo público pasa por los más insólitos modos de ganarse la vida y ello da lugar a un desfile de personajes de la más diversa índole, retratados algunos con una simple pincelada y trabajados otros con penetración y al detalle.

Todo ello concurre a la vez, a una pintura de época, con sus correspondientes ambientes y personajes del Montevideo de la década del 10 al 20 que se convierte en otro de los puntos muy altos de esta novela. El autor logra fundir las referencias a lugares y personajes históricos con la visión subjetiva en la que se apoya la invención novelesca.

En suma, Manuel de Castro expone en esta novela, más que en las que la preceden una capacidad muy poco común para la captación de ambientes y personajes que se aunan a una gran inventiva utilizando como vehículo, una prosa a la vez llana y rica en matices, colorida y plena de sensualidad. Todo ello integrado a un planteamiento narrativo siempre estimulante, de desarrollo vivaz que hacen de *Oficio de vivir* una experiencia auténticamente lúdica, tanto desde el punto de vista del creador como del receptor de la obra.

El juicio de Zum Felde a propósito de *El Padre Samuel* cobra respecto a ella, renovada validez: “*Es muy de alabar —en cuanto al dominio del difícil arte de novelar se refiere— que haya logrado hacer una novela que tiene, como las obras típicas del género, un valor popular, un interés vivo para la masa de los lectores de todos los planos sociales. Y ello garantiza no sólo la verísima humanidad de sus figuras y episodios, sino también la cabal*

estructura de su forma, su autonomía objetiva que atestigua el seguro manejo de la técnica novelística”.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) *Historia de un pequeño funcionario* por Manuel de Castro, O. M. Bertani, Editor. Montevideo, 1928. Divulgada en folletín por La Tribuna Popular. Traducción al alemán por G. Nehuendorf-Dresden.
- (2) *180 años de literatura* por Angel Rama. Enciclopedia Uruguay II. Montevideo.
- (3) *La narración y el teatro en los años veinte* por Fernando Aínsa. Capítulo Oriental N° 19. Montevideo. Centro Editor de América Latina.
- (4) *Proceso intelectual del Uruguay* por Alberto Zum Felde. Ediciones del Nuevo Mundo, Montevideo, 1967. Tomo III, págs. 222-225.
- (5) Ibid. Nota 4.
- (6) *El Padre Samuel* por Manuel de Castro. Edición Ercilla, Chile, 1937. Premio de Instrucción Pública, 1938, 2ª edición. Editorial Pauta, Montevideo, 1951.
- (7) Ibid. Nota 4. Conceptos incluidos como prólogo de la edición de Pauta, Montevideo, 1951.
- (8) *Oficio de vivir* por Manuel de Castro. Ediciones Banda Oriental, Montevideo, 1959.

**CUATRO APUNTES DE LEXICOGRAFÍA
URUGUAYA**

**por
AVENIR ROSELL**

Amorisco

Encontré esta voz durante mis trabajos sobre Ernesto Herrera. Y cuando en "La Semana" de "El Día" de 8 de julio próximo pasado se insertó una nota de Fernando Lázaro Carreter sobre la sustantividad amorosa de "romance"; me permití enviar al ilustre académico y lexicógrafo español las siguientes páginas:

"A propósito de la voz 'romance' teje usted sagaces e interesantes consideraciones, y abre camino a *amasiato*. En vez de esta, ¿no le parecería tanto y más apropiado *amorisco*? Desde la propia morfo-etimología (la terminación '-isco', "de connotación varia (...) con) un fondo de significación diminutiva", dice Monlau), expresa cabalmente el significado de "discreto y juego amoroso que no se formaliza ni supone compromiso", que el Drae asigna a 'flirteo'.

"En 'romance' descubre usted (digo a Lázaro Carreter) tonos líricos: "hermoso, exaltante, cumbre del amor que nunca declina", aunque, empero, "apenas baja la temperatura puede sustituirse". O sea, si no entiendo mal, que falta en él la perennidad que inflamó a Alonso Quijano.

"A mi modo de ver —que no es académico, desde luego—, *amorisco* presenta una faceta simpatizante: su factura popular. Aunque bien cernidas las cosas podría encontrársele en el Drae; enefeto: éste recoge el verbo 'enamoriscarse' —aunque da prioridad categorial a 'enamorarse' = prendarse de una persona levemente y sin grande empeño—, en el cual, sustraídos la preposición, la desinencia verbal y el pronombre, queda mondo y lirondo el sustantivo 'amorisc-'.

"De momento no doy con autoridad lexicográfica que registre el sustantivo; pero en cuanto al verbo, me parece que basta Morfínigo, que lo asigna a ciertas zonas de América; aunque no al Uruguay.

"Pero aquí corre —y si nos ponemos quisquillosos, digamos *ha corrido*— tanto el verbo —por de pronto en Lussich, en 1872—, como, y a esto se dirigen mis garrapateos, el sustantivo. Este aparece en una carta que Ernesto Herrera escribe a su novia, Acacia Schultze, en octubre de 1915: "Fui a París (1913), me aturdí un poco; me refugié luego en Suiza, y allí me encontraba entregado con todos mis sentidos a un amorisco sajónico, cuando hete aquí que una buena mañana vuelve a reproducirse la locura de la noche de marras. Me habían traído dos cartas: una lucía en el sobre la letra familiar de mi señora inglesa; la otra tus rasgos inconfundibles. No puedes imaginarte lo que significaba para mí en aquel momento la carta de mi Lady... Sin embargo, instintivamente, como un alucinado, rompí primero el sobre de la tuya, y la leí dos veces. Cuando me hallé de nuevo en mí, encontré sobre la carpeta la otra carta, de la que me había olvidado absolutamente. Entonces fue cuando con toda claridad pude leer en mi alma la

verdadera significación de aquello que tan sumariamente había condenado al archivo de mis literaturas”.

“Perdóneme esta larga transcripción; pero en esas palabras veo elementos para distinguir las dos actitudes-conceptos, de cara a la definición de los términos.

“Estos son los triunfos de que dispongo para ganar la baza de *amorisco*; si usted cree que vale la pena de seguir la partida ante sus colegas académicos, con el reconocimiento por su atención...”, etc.

Por el momento por esa canal no se han rizado las aguas; pero tabulando el vocabulario de “Mundo chico” de Julio C. Da Rosa encontré la voz en la p. 440:

Clorindita, mi hija mayor, anda de amoriscos con un cara de cuzco faldero que yo no puedo tragar, pero que como es pueblero, y dice que el padre tiene plata, a mi mujer le parece un príncipe. Estuve hace poco en un tris de emparejarles el lomo a rebenque a los tres.

Creo que los casi setenta años en que, según mi conocimiento, se reitera la voz, son antecedentes suficientes para darle validez, especialmente cuando su semantema se conserva tan sustancioso.

BIBLIOGRAFIA

Pedro Felipe Monlau. Diccionario etimológico de la lengua castellana; 1946.

Marcos A. Morínigo. Diccionario de americanismos; 1966.

Antonio D. Lussich. Los tres gauchos orientales; 1872.

Ernesto Herrera. Correspondencia, en REVISTA DE LA BIBLIOTECA NACIONAL; 1966.

Julio C. Da Rosa. Mundo chico; 1975.

Carqueja

En un momento que no viene al caso reuní algunos materiales sobre esta voz, que perdí de vista; aunque sin olvidar dos aspectos: el formal —el Drae registra ‘carquesia’, y nosotros decimos rotundamente ‘carqueja’—, y el semántico —‘mata leñosa (...) parecida a la retama’, para el Drae, ‘arbustos, arbustillos y aun plantas semitrepadoras’ (Lombardo), para nosotros.

Más tarde la Comisión Permanente —que, como se sabe, es el órgano por cuyo intermedio la Academia española plantea a las americanas esas cuestiones lexicográficas— comunicó en consulta la incorporación de la voz-forma en ‘-eja’, pero con imprecisión o discordancia botánica. Para aclarar esos puntos, en ese momento informé a nuestra Comisión de Lexicografía:

“No se especifica a qué objeto se propone este artículo. La no existencia de la forma ‘-eja’ —sólo se anota ‘carquexia’—, aunque el DCVB la da por aceptada en castellano, y aun se remonta a Coromines, deja suponer que se propone la incorporación de la voz (y acaso significado particular americano —aunque no se marca área—), si bien nada se dice sobre ‘-sia’ al respecto: ¿se sustituye, se modifica(n ambas)?

“Ambos textos (el registrado ‘esia’, y el propuesto ‘eja’) presentan la voz como de uso general de una planta difundida (el registro en el DCVB y por Buarque de Holanda lo ratificaría), y esto supondría una identidad de especies botánicas que no parece aceptable, según la salvedad de Coromines: “la americana es planta diferente”.

“En razón de lo cual entiendo que correspondería consignar algunas referencias lexicográficas en función de nuestra realidad; pero aun así, como tanto el texto existente (de ‘esia’) como el propuesto (de ‘eja’) adolecen de imprecisiones (¿diferencias?) o inexactitudes, y por aquello de que quien hace un cesto, hace ciento... digo:

“a) Creo que desde los órganos centrales lexicográficos habría que especificar (distinguir), como pide Coromines, el aspecto botánico, pues su falta, o su vaguedad (Moliner define ‘esia’ como “planta leguminosa medicinal parecida a la retama, con ramas rastreras”) reafirman la idea de que la ‘esia’ no corresponde a nuestra ‘eja’. En este sentido incurre en imprecisión léxica (aunque siempre sobre la base de *Baccharis*) Arrillaga de Maffei cuando explica: *B. articulata*, “planta grisácea” (lo que a golpe de vista puede aceptarse), y *B. trimera* “planta verde”; la misma autora registra en el título del artículo: “Carqueja - C. crespá”, pero en el texto no precisa la distinción.

“b) Hace tiempo propuse, según recuerdo, una definición de la voz ‘eja’, texto-propuesta que en este momento no encuentro, pero que seguramente consta en la carpeta de la voz ‘carpincho’.

“c) Ahora parto de Lombardo, de cuyo artículo destaco: “Tiene el género unas 400 especies, todas de origen americano”; se trata, desde luego, de plantas del género *Baccharis*, de las cuales destaca tres, recogidas en nuestro país en estado silvestre: *B. articulata* (‘c. blanca’), *B. spicata*, y *B. trimera* (‘c. crespá’).

“d) Como simple curiosidad —pues la cuestión pertenece a la herboriterapia— reproduzco de Bouton: “*Yerba del charrúa*. Algunos la llaman también *carqueja*, pero es diferente de la verdadera carqueja o tomillo cimarrón. (...)”.

“e) Creo innecesario documentar, por sobreabundancia.

“f) Ninguno de nuestros autores duda cuanto a la forma ‘eja’; esto es: parece no ser conocida ‘esia’.

“g) Como simple información, y a los efectos a que hubiere lugar, agrego: 1) Cuadri dice: ‘La tos convulsa se pasa / tomando la carquejiya’; pero ninguno de los herboriterapeutas consultados da esa aplicación a la ‘carqueja’, ni aun la blanca, a la que cabría, por la dimensión de sus ramillas y flores, el diminutivo. — 2) En la refranística tengo anotado: *ramiao, como lechiguana en carqueja*, que Escobar presenta como “más rameau que camoatí en carqueja”, que es inexacto, pues, según señalé al estudiar la voz ‘camoatí’, el caso no se da en éste, que es suspendido en ramas de árboles, sino en la lechiguana, que se construye en arbustillos de la talla de las *Baccharis*.

“Entiendo que el artículo podría ser redactado como sigue:

carqueja.f. *Amér.* Subarbustos dioicos del género *Baccharis*, de hasta un metro de altura; tienen aplicaciones terapéuticas. / *blanca*. *B. articulata*, de tallos estriados bialados; / *crespá*. *B. trimera*, de tallos estriados trialados.

“Cabe incorporar, además:

"carquejal. m. Amér. (¿Arg., Urug.?) Campo o sitio donde crecen en abundancia carquejas".

Habrà que esperar la próxima edición del Drae para saber si han sido tenidos en cuenta, total o parcialmente, esos materiales.

BIBLIOGRAFIA

Atilio Lombardo. Los arbustos y arbustillos de los paseos públicos (de Montevideo); 1961.

Alcover-Moll. Diccionari català, valencià, balear; 1930.

Buarque de Hollanda. Pequeno dicionário brasileiro da língua portuguesa; 1968.

Joan Coromines. Diccionario crítico-etimológico de la lengua castellana; 1954.

María Moliner. Diccionario de uso del español; 1966.

Arrillaga de Maffei. Plantas medicinales; 1969.

Bouton. La vida rural en el Uruguay; 1961.

Guillermo Cuadri. El agregao; 1928.

Escobar. Refranero uruguayo; 1974.

Bernardo Rosengurt. La flora de Palleros; 1938.

Oswaldo del Puerto. — Hierbas del Uruguay; 1969.

B. Goyeneche. Diccionario de medicina rural; Paysandú, (1917)

Antonio Montesano. Plantas medicinales; 1913.

Largar

Entiendo no caer en la cominería de los Bermúdez, que abren 78 artículos (¿acepciones?) para la voz 'abajar'; y sin dificultar, porotraparte, que alguno de los casos que propongo roce ciertas acepciones académicas (Drae), señalo siete connotaciones o matices de la voz que he hallado en la exploración del "Mundo chico" de Da Rosa.

- 1 — Dejar, abandonar: De escribiente había llegado a comisario. Largó la espada para agarrar la mancera; aún no había largado ésta, cuando tuvo que montar a caballo, aunque asimismo nunca la pudo largar del todo: a don Cristino le gustaba la tierra como la vida.
- 2 — Soltar, dejar en libertad; vencer un horario, suspender una tarea: Estaba largando el ganado cuando llegó el dueño de casa. Se jugó aquella noche hasta las doce, y al otro día desde las diez de la mañana hasta la hora de largar.
- 3 — Dedicarse, arriesgarse en alguna actividad o acción; disponer, decidirse: Barbosa le aconsejó que se largara por cuenta propia, diciéndole que él no era hombre para depender de nadie.—Algunos se largan a las changas zafrales, sobretudoo las de chacra.
- 4 — Lanzar, emitir, propalar: Se paraban frente al cajón, y largaban algún comentario: "Está igualito"; si no: "¡Qué desfigurado está!". Fue precisamente él quien largó aquella bola del fantasma morado.
- 5 — Tirar, echar: Comenzó a tirar semilla, tomando el puñado de simiente y largándolo de tal modo que cayera parejo sobre la tierra.
- 6 — Iniciar una acción: Ya está la vieja Bernabela tironeando del fuelle de su instrumento, y los guitarras en aquella posición de largar.
- 7 — En la jerga policial, confesar: — Largá: ¿de dónde sacaste esos cueros?

BIBLIOGRAFIA

- Washington y Sergio Bermúdez. *Lenguaje del Río de la Plata*; 1915.
Rosell. El "Diccionario" de los Bermúdez; in *Bol. de la Academia Nal. de Letras*, 1978.

Salamanca

El Drae y también María Moliner asignan a 'salamanca' en Chile el significado de 'cueva natural', prescindiendo de la constancia de Coromines de que con ese significado también corre en el Río de la Plata. Esta extensión geográfica abarca, lógicamente, el Uruguay, aunque mi compatriota aduce tan sólo de este origen las "Supersticiones" de Granada.

Me propongo documentar el uso uruguayo de la voz con la indicada semántica. No intentaré un escorzo etimológico, ni presupondré sinonimia entre 'caverna, cueva, gruta, sima, espelunca, salamanca'; el tallado de esas facetas quede a cargo de especialistas, desde geógrafos metódicos a etimólogos eruditos.

Por lo que atañe a la sustancialidad material del significado, no estará de más tener presente la autoridad de Cervantes, no tanto en el entremés "La cueva de Salamanca" —donde combina diestramente la tradición supersticiosa que subyace en nuestra voz, con el desenlace del episodio teatral—, sino en descripciones de diversa dimensión que en su obra cimera hace de tres *cuevas*: aquella en que es abandonada la casquivana Leandra (penúltimo capítulo de la primera parte); las minuciosas descripciones de ambiente y acciones en torno a la cueva de Montesinos (capítulos 22 y 24 de la segunda parte); y la sima entre ruinas en que caen Sancho y su rucio al retornar de la Ínsula (capítulo 55 de la misma segunda parte). Los textos cervantinos presentan, a quienes hemos tenido alguna veleidad y/o experiencia espeleológica, datos positivos en cualquier sentido; quiero decir: que leyendo esos relatos nos compenetrarnos de las circunstancias ambientes y de los movimientos corporales y aun reacciones psicológicas que anota el Manco sano.

'Salamanca = cueva / gruta / caverna / sima / espelunca' tiene directamente que ver con la ciudad de Salamanca (en el reino de León), en cuya famosa Universidad se adquirían, en creencia del vulgo, artes mágicas. De ahí a que los lugares más o menos recónditos donde se decía que brujos y otros seres de la especie celebraban sus ceremonias el pueblo los designara como 'salamancas' no hay más que un paso; y que finalmente a cualquier oquedad en sierras, montes o campos —celebrasen o no en ellas tales nigromantes sus operaciones— se las designara como simple 'salamanca' hay un paso aún menor, sobre todo cuando voz y objeto han cambiado de mundo.

Pretendo demostrar que la asignación de 'cueva' a 'salamanca' es, por lo menos entre nosotros, un mero retorno semántico en las áreas que señalan los lexicógrafos, esto es: en Chile, Argentina, Paraguay (?), desde luego en Río Grande do Sul, en el Brasil —donde Lopes Neto fijó en páginas imperecederas la leyenda de "A salamanca do Jarau"—, y, claro está, en Uruguay.

¿Qué nos brindan nuestros folcloristas, narradores y lexicógrafos? No voy a hacer una exploración exhaustiva de la cuestión, sino a adelantar algunos datos que surgen de mis fichas y anotaciones, fatalmente incompletas.

En un orden histórico-etimológico elemental, y dividiendo los autores en dos grupos (registros lexicográficos, documentos), menciono:

Daniel GRANADA, en las "Supersticiones..." de 1896 lógicamente centra su interés sobre este tema, y al pasar ofrece algunas referencias sobre el aspecto tectónico que viene al caso:

En las serranías que se encadenan a los Andes, como en las que cruzan las comarcas que riegan el Paraná y el Uruguay, y en las barrancas de ríos y arroyos, albérganse en cuevas y grutas profundas e inexploradas (...) Llevan el nombre de *salamancas* en todo el Río de la Plata, lo propio que en Río Grande del Sur del Brasil. Cavernas profundas e impenetrables, socavadas por las aguas o formadas por accidentes terrestres (...)

Orestes ARAUJO, en la segunda edición (1912) de su "Diccionario geográfico...", en el artículo sobre la sierra de Mal Abrigo, en San José, señala que

carece de grutas o salamancas;

y abre cinco artículos encabezados por esta voz: en cuatro de ellos caracteriza (con el régimen *de*, lógicamente) dos cañadas en Paysandú, una cuchilla en Cerro Largo, y una picada en Artigas. Y dedica un largo artículo descriptivo a una gruta o caverna existente en Maldonado; dice así:

Salamanca. Gruta o caverna. — Maldonado. Está situada en el flanco meridional de la sierra de los Sosas, en la cadena principal y fuera del valle del Aiguá, a unos 200 metros de altura. Es una caverna imponente por su aspecto y tamaño, pues su entrada tiene 33 metros de ancho por 4 de alto, con una horizontalidad de 33 metros, que es su fondo. Está dividida en varios departamentos (que) cada uno (de los cuales) recibe un nombre particular, como: el Salón, la Secreta, la Iglesia y el Cuarto de Lemos, guarida en otros tiempos del bandido de este nombre. La Salamanca es una de las grutas más grandes que se encuentran en el territorio uruguayo, y muy digna de ser visitada. D. Benjamín Sierra y Sierra la denominó Gruta o Salamanca de Las Casas, en homenaje y tributo al amigo de los indios, el dominico Bartolomé de Las Casas; pero los vecinos de la comarca siguen llamándola simplemente la Salamanca.

(Esta descripción de Araujo, que parece ir más allá de lo didáctico-geográfico, es interesante como documento por dos razones: primera, porque como menorquín que era, Araujo debió conocer en su tierra bastantes cuevas y cavernas; segundo, y así, cabe suponer que también conocería la monumental cueva de Artà y la del Drac en Mallorca, si bien no, por razones de hecho —fue librada al público ya bien entrado el siglo XX—, la preciosa 'dels Hams' en Porto Cristi también, precisamente más o menos de las dimensiones de la de Maldonado que tan minuciosamente describe).

Sergio BERMÚDEZ da por concluido en 1942 el "Lenguaje" que había comenzado a reunir su padre Washington, y en él abre artículo a nuestra

voz, que define como 'cueva, caverna o gruta profunda en los cerros', y documenta sólo con el registro de Araujo relativo a la sierra de Mal Abrigo, transcribe inextenso la página de Granada en las "Supersticiones", y finalmente agrega documentos de autores argentinos.

Poco antes de morir (1938) BOUTON da por terminada su "Vida rural", donde (p. 474) figura este párrafo:

A la cueva donde practican sus hechicerías (los brujos) se le llama Salamanca, que en general es una cueva elegida exprofeso, y de donde predica(n) sus hechicerías, construida (?) con piedras, en parajes aislados, rodeados de monte, etc.

El grupo de lexicógrafas que encabezó la Profa. Celia Mieres no registra la voz en ninguno de los roles que publicaron; sólo aparece en una postrer lista de "Voces usadas en el Uruguay" (Bol. de la Comisión Permanente, N° 23; en-jul/76) que la Profa. MIERES presentó a ese órgano académico; pero se reduce a definir según el Drae, y documenta con un uso de Da Rosa en "Mundo chico" (p. 182).

Por lo que atañe a documentos, esdecir: a usos de la voz en textos de curso corriente, confieso aún mis mayores limitaciones, pues no he sabido, podido o no he tenido suerte en hallar mayor cantidad de ellos; no obstante, los que aduzco, especialmente el más actual, de Da Rosa, que no dejan de tener sugestivas concomitancias —especialmente el de la p. 186— con el texto cervantino, entiendo que son suficientes por de pronto para atestiguar el uso de la voz y el particular significado también en el Uruguay, y a precisarla en su escueto valor de 'cueva', esto es: desprendido de cualquier concomitancia o antecedente con el "lugar donde la superstición ubica las reuniones de brujos y otros seres perversos imaginarios".

Don Saviniano PEREZ, en la "Cartilla geográfica (...) " que sobre el departamento de Cerro Largo publicó en Melo en 1902, explica (p. 26):

Los puntos más elevados del departamento son (...) En la Cuchilla Grande las alturas de Buena Vista, Conventos y Cerro Agudo. Conventos se levanta en las cabeceras del arroyo del mismo nombre, (el) que (lo) debe a unas salamancas que semejan celdas de conventos, y a una inscripción que hay en uno de los paredones verticalmente cortados, del siglo XVII, y que seguramente fue grabada por algún misionero.

José MONEGAL emplea varias veces la voz porlo menos en los "Cuentos de bichos" —cuya primera publicación podemos suponer en 1957—, y uno de ellos, "Siga el baile", comienza precisamente:

Hará talvez dos centurias que allá por la Salamanca Grande vivía, más o menos pacíficamente, un gran pueblo. Gran pueblo, porque lo integraban casi todos los bichos del pago, menos el hombre. Esta Salamanca configuraba un enorme corte en la Sierra de los Tapes. Monte fiero, y piedras gigantescas hacían sus límites.

Como todo dicho más arriba, DA ROSA emplea la voz en varias de sus obras, con toda naturalidad, y sin inhibiciones semánticas, en el sentido de 'cueva'; y en "Mundo chico" en los siguientes pasajes:

Novedad era todo para ellos: (...) las primeras salamancas. (p. 45).

Aquella amplia explanada de subsuelo calizo, sembrada de cuevas y salamancas profundas. (p. 182).

Un pedregal cerrado, donde, sobre el borde de una salamanca, no se ven más que las patas traseras y las colas de la jauría, ladrando en coro con la otra mitad del cuerpo adentro del enorme pozo. (p. 196).

Se arrimó a los talas, y si no se agarra del tronco de uno de ellos se va de cabeza al fondo de una salamanca bárbara. Allá en el fondo estaba el acopio: más de diez cueros, todos reyunos (p. 197).

— (...) Me hicieron arrimar a una cueva de salamanca que hay. (197).

En resumen: a 'salamanca' cabe asignársele tres significados: el geográfico tradicional ' = ciudad capital y provincia del mismo nombre en España'; el tradicional surgido de 'cueva de Salamanca' (en la ciudad de ese nombre) donde la superstición suponía que se adquirían artes mágicas, y se practicaban ritos demoníacos; y el orográfico-tectónico, propio de varios países americanos, como 'cueva, gruta o caverna en terrenos abruptos'. Y en este sentido, el texto de Da Rosa en la p. 182 es precioso al testimoniar que esa salamanca se ha hecho en terreno calcáreo, pues sabido es (toda la cuenca del Mediterráneo lo prueba) que ese tipo de oquedades —desde espeluncas a dolinas— son comunes en tales terrenos.

Concluiré con una constancia ya insinuada más arriba: tanto por las descripciones de Araujo o de Pérez, como por una menguada experiencia personal mía, veo la salamanca, sobretudo en su afloración a superficie, según las circunstancias que actúan en los capítulos 22 y 55 de la segunda parte del "Quijote"; en corroboración de ello, véase tanto las ilustraciones de Doré en el episodio de la cueva de Montesinos, como las de una traducción inglesa de la obra (Londres, 1799), o la de Madrazo (Barcelona, 1899), parafráséelas con los textos de Da Rosa, y se constatará que, *mutatis mutandi*, nuestras salamancas son simples dolinas ampliadas, o espeluncas; en resumen: cuevas, sin ubicación estructural fija o exclusiva en cerros.

BIBLIOGRAFIA

Granada. Reseña histórico-descriptiva de antiguas y modernas supersticiones del Río de la Plata; 1896.

Saviniano Pérez. Cartilla geográfica del Departamento de Cerro Largo; 1902.

Orestes Araujo. Diccionario geográfico del Uruguay; 1912.

J. Simoes Lopes Neto. Lendas do Sul; 1913.

José Monegal. Cuentos de bichos; 1973.

Celia Mieres. Voces usadas en el Uruguay; 1976.

SANTIAGO DOSSETTI
UN ESTILO DE VIDA

por
GLADYS CANCELA

PREAMBULO

Santiago Dossetti publica su primer y único libro en 1936. Las corrientes literarias de esa época en nuestro país, eran en su mayoría derivaciones del Futurismo, movimiento creado por el escritor italiano Filippo Tommaso Marinetti (1876-1914) que predicaba el amor al peligro. También existían otras corrientes literarias que fructificaban a través de dos derivaciones: la francesa, con el Creacionismo. Y la española, con el Ultraísmo.

Fernán Silva Valdés (1887-1975) con su Nativismo y Pedro Leandro Ipuche (1890-1976) con una variante personal del Nativismo: el Gauchismo Cósmico, definirían una modalidad a la cual Dossetti no es ajeno. Definamos muy someramente esas dos tendencias que circunvalaron la época en que vivió el escritor minuano.

"El Nativismo es una evolución estética y una superación respecto a la vieja poesía gauchesca del país, cristalizada y sin mayores inquietudes artísticas. Es, una gracia sutil; el encanto de la palabra puesta al servicio del paisaje autóctono". (Palabras de Fernán Silva Valdés). Dejemos al Gauchismo Cósmico como derivación del Nativismo, y tratemos de especificar lo que es el Morosolismo, impuesto por el escritor Juan José Morosoli.

El Morosolismo, está en las narraciones hechas con poético laconismo. Con Humildad. Con Vibrante humanismo. Con ese caudal propio de los seres sencillos y profundos que simbolizan la vida en la transparencia del agua clara, o en el color avasallante de una flor. Juan José Morosoli fue uno de los principales cultores de esta narrativa llena de un naturalismo trascendido y elegíaco.

ALLA EN GUTIERREZ, EN 1902

Santiago Dossetti nació en Gutiérrez, 10ª sección del departamento de Lavalleja, en 1902. Pasó su infancia en el paraje denominado Los Molles. Hizo periodismo en Batlle y Ordóñez, desde los 13 años. *"Comenzamos a integrar el tema —afirma el propio Dossetti— cuando el Capitán de Navío Arturo C. Dubra director del periódico "El Pueblo", nos permitió acceder a las jornadas nocturnas de la imprenta, con prohibición de no molestar a cajistas o compaginadores y sin compañeros que aspiraran a realizar la misma aventura. Aquello era una fiesta. Las cajas tipográficas fueron mi universidad"*. (De: "Periódicos y Periodistas del Interior", O.P.I., 1980).

Su padre trabajaba en chacra; de ahí su conocimiento de los hombres y las costumbres del campo. Dossetti vivió su adolescencia en Nico Pérez, allí se inicia ampliamente en el periodismo y con gente de su edad funda un círculo de estudios. Procuró más tarde integrarse al magisterio, pero no pudo lograrlo. Trabajó luego un año en el Concejo local de José Pedro Varela, lugar situado en el límite de Lavalleja y Treinta y Tres. A los 20 años se radica en Minas y hace amistad con el escritor Juan José Morosoli.

Cuando éste celebra su casamiento, Dossetti se ennovia con la hermana de la flamante esposa. La amistad entre Dossetti y Morosoli, dura toda la vida.

En 1932 reanuda con Morosoli su labor periodística en "La Palabra", y desde 1933 continúa en el decano de la prensa minuana, el diario "La Unión", fundado en 1875, que dirigirá sin interrupción durante 36 años.

A los 34 años de edad escribe su único libro "Los Molles" editado por la Sociedad de Amigos del Libro Rioplatense (Buenos Aires-Montevideo, 1936). Habrá una segunda edición en 1966 realizada por E.B.O. (Ediciones de la Banda Oriental) con ajustado prólogo de Domingo Luis Bordoli. Y una tercera edición también editada por E.B.O. (Lectores de Banda Oriental), con prólogo de Washington Benavidez, en 1981 año de su fallecimiento. Escribió además, folletos, críticas, artículos y sueltos para diarios y revistas rioplatenses. En su vigente objetivo de servir "la libertad, los derechos y la justicia, sin cuyo amparo el hombre sería una sombra triste, una nube pasajera, una semilla estéril", creó la famosa Casa de la Cultura, en Minas. Fue director y presidente del SODRE. En dos oportunidades el Estado uruguayo lo envió en misiones culturales a Europa. Integró la Asociación Uruguaya de Escritores y fue nombrado miembro de número de la Academia Nacional de Letras.

Santiago Dossetti falleció el 28 de febrero de 1981. Como escribió en cierta oportunidad un secretario de O.P.I. (Organización de la Prensa del Interior), Luis M. Moris: "...*Dossetti fue un hombre de acción superior porque supo pensar primero y luego expresarse con brillo de estilista*".

UN SOLO LIBRO: "LOS MOLLES"

"Hay libros en los que la sangre del creador parece circular en comunión fraterna con la de sus personajes, sin que, no obstante, el creador pierda la límpida, nítida visión de la realidad. Libro de esta índole es "Los Molles", señala Arturo Sergio Visca refiriéndose a Dossetti en "Aspectos de la Narrativa Criollista" (1972).

La "transmisividad" —si se permite el neologismo— de Dossetti, está dada en la palabra certera, en el diálogo preciso, en una existencia de paisaje y personajes, salidos desde la profundidad nítida de sus recuerdos, sin dramatismos ni efectos inútiles. Sólo su justo valor. Dossetti es un lírico. Un poeta que se expresa en prosa. Porque la poesía, al fin de cuentas, no excluye la narrativa. Está o no en el hombre, y podemos sentirla en el lenguaje. Ya sea en el trasfondo de una idea o en la forma de vida de ese hombre. Y cuando la poesía es verdadera, es inútil resistir su penetración.

"Los Molles" es un libro de recuerdos, doloroso y hondo. Compuesto de 9 cuentos en su primera edición, y dos cuentos más en su edición tercera: "Los hombres fueron al pueblo" y "El mensajero llega a la madrugada". Estos cuentos, inéditos en libro, habían sido publicados ya en "El Telégrafo" de Paysandú (enero 26 de 1938) y en "El País" de Montevideo (19 de octubre de 1969). Washington Benavidez, prologuista de esta tercera edición, analiza en una parte del mismo: ...*Dossetti es "el sutil observador del lenguaje de su pueblo y de su pago, nos llega en los logrados y auténticos dialogados de sus personajes. Nos recrea un pseudo-lenguaje gaúcho: documenta sencillamente el habla de Gutiérrez, el habla de Los Molles. Pero ese atestiguar un lenguaje de sus relatos, cuánto trabajo nos dice del narrador!"*.

Agreguemos al agudo concepto de Benavídez, que Dossetti atestigua el lenguaje de sus relatos pero con la decantación y el lirismo que le impone su propia sangre. Nos da la objetividad a través de su personal estilo, purificada, pero no deformada. Y esto sí, es difícil tarea.

Aunque ya se haya dicho en otras oportunidades, no resulta demasiado reiterativo volver a afirmar la perfecta estructura del libro, que comienza con su prólogo-dedicatoria de poética creatividad, para proseguir con los tres temas que conforman su narrativa: a) la estancia, b) el rancharío de negros, c) la chacra.

"Para los amigos campesinos... para los negros vecinos... para los labriegos-gringos... para los busca-rigores de las estancias... Para todas las sombras mansas, fraternas, hondas, rebeldes de Los Molles". Así dedica su libro Dossetti. Pero el escritor no trasmite solamente el marco semiótico del paisaje de Los Molles. Hay mucho más. Y los lectores son receptivos de su estilo doloroso. Hasta el menos sensible. Pero, ¿Qué es con exactitud lo que Dossetti quiere mostrarnos? ¿Las miserias humanas? ¿La marginación triste de los negros? ¿La imperfección del hombre? ¿Qué? Dejamos abierta la pregunta.

EL LIRICO NARRADOR

Hay un lirismo acendrado y poderoso en los relatos del escritor minuano. Es imposible, pues, elegir uno para su familia. Ya que juntos configuran un todo. Una amalgama indestructible. Una fotografía exacta de pesares y nostalgias. Hemos preferido entonces buscar en cada cuento, la imagen que lo distingue de los otros. Las palabras que nos da el ritmo veraz del corazón del autor. Un corazón que latió siempre con los recuerdos de Los Molles, su lugar de infancia. Allí donde las vivencias adquiridas transfiguraron su vida de hombre, imponiéndole un estigma de nostálgica belleza.

En su cuento "Negritos", medita ... *"las negras revientan en hijos"* ... Y recordando a los gurises recién nacidos documenta ... *"el gimoteo de un negrito de ojos profundamente luminosos... revolviéndose en un cajón vacío..."*. *"En 'Los Molles' la miseria tenía alas"*.

"Los nidos" — otro cuento — era el cementerio de los negritos. Los cajones de los niños muertos se ponían en los árboles ... *"Los cajones de los angelitos quedaban frente al cielo levantados y acunados por los árboles temerosos de la tierra"*. *"Era difícil saber dónde terminaban los nidos de los pájaros y dónde terminaban los nidos de la muerte"*.

"Sobeo", uno de los relatos más gustados de Dossetti, tiene toda la angustia y el escozor de la realidad.

Angustia. Dolor. Muerte. Tres símbolos infaltables en la narrativa de este escritor.

"Los gringos pusieron de la noche a la mañana, el cernidor apacible de una chacra, entre la ranchería indefensa de los negros y la opulencia provocadora de la estancia...". *"Los demás negros y las morenas empezaron a resbalar hasta la chacra, como gota de agua que la cerrazón gruesa va volteando de los alambrados..."* *"los atados de ropa limpia, firmes encima de la cabeza motosa, parecían redondos trozos de nube suspendidos en el aire de la mañana"*. La historia de Margarito, apodado "sobeo", *"cabía en un silencio"*. ... *"La primavera en la vida de las negras, era un otoño de hijos..."*. *"Sobeo me metió los ojos hasta el corazón..."*. Pero el negro

"Sobeo", harto de miseria y malos tratos, olvida su mansedumbre y mata, *"con un tajo bagual"*. Mata y huye. Para encontrarlo ... *"los peones galoparon en abanico hacia el campo"*. Así Dossetti nos va dando sus personajes. Otro de ellos es el cuidador de enfermos... *"El cuidador"* ... a quien sólo le quedó *"el caballo y el camino"*... y los enfermos, *"con los brazos huesudos, florecidos de sangre"*.

— *¿Tiene algún enfermo en vista, don Casildo?*

— *Sigo al viejo, que no tendrá juerzas pa llamarme, cuando lo atropelle la pior enfermedad del hombre: la soledad.*

"El Cuidador" es uno de los relatos más intensos y logrados. También lo es, aunque en otro aspecto *"Don Angelito"*, *"con sus manos mansas y sus palabras sedantes"*. ... *"y el terciopelo gris de la conversación sin variantes"*... *"con esa dulzura inútil de toda su vida"*...

Los cuentos de Dossetti, hay que leerlos. Son narraciones para sentir. No soportan el análisis de ningún tecnicismo. Son preferibles esas imágenes aisladas, extraídas de cada personaje, que configuran una lírica imagen manejada a la perfección por Santiago Dossetti. Un narrador que escribe para el sentimiento, como si su pluma fuese un escalpelo hundido en la carne espiritual del hombre.

En *"La rebelión"* hay frases para meditarlas. Busquemos una: ... *"a menos vida, menos dolor"*. Cuando se ha vivido mucho. Cuando queda poco por vivir o la vida ya no importa, el corazón parece insensibilizarse frente a circunstancias que tiempo atrás horadaban igual que llagas. Y es que el polvo del andar va sepultando los sueños, para aliviarnos así del peso ineludible de la pena.

Otra frase para meditar: ... *"hay dos cosas que no tienen fin: la guitarra y el pueblo"* ...o esta otra ... *"el quiebra-sueños, costra del pago"*. En uno de los últimos cuentos agregados a la edición primigenia *"El mensajero llega a la madrugada"*, Dossetti vuelve a tratar el tema de la muerte. Esta vez la de un Labrador ... *"hay que ayudarlo a defenderse a la hora de morir, que llega como una neblina..."* Y ya por el final ... *"los dedos filiales, apretándole los párpados con ternura, los volvieron hacia la eternidad"*.

LA CULTURA SANGRE ADENTRO

En un discurso pronunciado por Santiago Dossetti en adhesión al tricentenario de Colonia del Sacramento. Su último discurso, editado más tarde por O.P.I. en Trinidad, Dep. de Flores, en 1981, leemos: ... *"Es ahora, hoy, a la jineta del tiempo y los recuerdos, que vemos más claro y significativo, en su texto y sus alegorías, el pensamiento de Demócrito: "Para el varón sabio toda la tierra es camino; que el mundo entero es la patria del hombre bueno". No sólo el bueno y el sabio tienen cometidos en la alegoría del mundo. Sin el sostén de la sombra, la luz resultaría un presentimiento sin contorno, una estepa de continuidad amarga, un ojo color ceniza abierto hacia la nada. El contraste es la consecuencia de la lucha del hombre por la belleza, la espiritualidad y la verdad"*.

Su último discurso. Las últimas palabras de su vida. De una vida que tuvo como estilo el quehacer diario de amar la palabra como un medio fecundo para la comunicación entre los hombres.

Resulta oportuno a esta altura incluir un fragmento del prólogo de Domin-

go L. Bordoli: ...*“El amor del cuentista por los negros, es, sin cautela, como el de un niño. Porque los negros sueñan también. Sueños sin vuelo, que se arrastran por los cicutaes como alimañas asustadizas. Al leer el libro el lector habrá de comprobar, al cabo de su lectura, que no podía hallarse una imagen más justa para sintetizar esta vida de negros. Si viven o son desviados como esclavos, logran salvarse por el asesinato, para convertirse nada más que en eso, en alimañas asustadizas. Les han prohibido o matado lo mejor del alma que, de verdad la tienen. ¡Y hasta dónde!...”*

— — — —

Después de la formación general del hombre, o más bien, a la par con ella, se desenvuelve su preparación para determinado oficio, mínimo o máximo, que le corresponde en la división de las funciones sociales. Es necesario entonces que el escritor acostumbre a buscar su centro de gravedad en sí mismo. Allí lo encontró Santiago Dossetti, dentro de sí, por eso no ignoró nunca que la palabra es el único imperio que no se adquiere por conquista, sino por sumisión. Las verdades de la literatura no pueden ser enseñadas, sino reveladas. Pero el bien que podemos sacar de la literatura no está en lo que nos enseña, sino en lo que gracias a ella nos convertimos. Así Dossetti. El arte de la palabra es generoso, pero no vive de destrucciones, por eso el decir narrativo del escritor minuano, tiene un sello de grandeza, una predestinación, que es la de su propia existencia. Una obra literaria tan lograda, como “Los Molles”, justifica la vida del autor. Por eso sus frases son cortas de decir y largas de olvidar.

Se le reprocha a Dossetti el haber escrito un solo libro. Pero, ¿para qué más? En una sola obra cabe toda una vida y puede estar lo que anhelamos decir. Un escritor certero, sabe cuándo hay que detenerse. Hay que evitar repetirse. Y Dossetti supo que “Los Molles” era su permanencia. La semilla lograda. Las palabras que se encuentran una sola vez.

La gloria no se repite. Dossetti no hubiera podido superar a Dossetti. Así lo entendió. Y lo logró. A los 36 años dio el fruto mayor; el único fruto. Pero su vida fue un darse continuo a la cultura, una siembra continua. Porque sabía que un escritor necesita obrar, gastarse, tener un fin que alcanzar, una dificultad eterna que vencer. Y decirse como consigna: “Se acabó. Todo comienza”.

DOSSETTI Y LOS RECUERDOS

En su trayectoria como periodista, Dossetti vivió un anecdotario demasiado rico como para dejarlo en el olvido. Anecdótico que pudo escribir y la prensa del interior editar en folletos (O.P.I., 1981), muy poco después de su fallecimiento. Transcribiremos tres de sus muchas anécdotas por considerarlo de valor histórico-literario y para presentar una faz de Dossetti muy poco explotada, ya que los estudiosos sólo enfocan “Los Molles” como obra de investigación y análisis.

En realidad, “Los Molles”, es una **creación**. Las anécdotas, simples evocaciones de momentos de su andar. No **obstante**, dan una visión más amplia del alcance y diversidad narrativas del **escritor minuano**.

1) Ernesto Herrera

"En 1908, Ricardo Eguía Puentes recogía en su periódico "La Lucha" el pensamiento de Ernesto Herrera.

Eguía Puentes, que cultivaba con facilidad la poesía gauchesca, atraído por corrientes estéticas que andaban en el aire, cumplió en Nico Pérez tarea rectora. Andando el tiempo, haciendo periodismo en el centro del país, la incomprensión y la violencia le vaciaron la pluma y las venas. Es Luis M. Moris quien recuerda, en crónica prolija publicada en "El Día" de Montevideo, en febrero de 1981, las bajadas esporádicas de Ernesto Herrera, hacia la horqueta del ferrocarril, en busca de sus amigos y del aire delgado para respirar mejor. El dramaturgo recoge allí el tema de "El león ciego", basado en un episodio protagonizado por el anciano Miguel Rodríguez, en su mocedad, lancero. Ahora convertido en un desesperado por la uremia y la ira. Siempre agonizante y con el arma al alcance de la mano, en su casona de la calle Castelar.

Las gentes y el aire delgado de la Cuchilla Grande —sedantes para los pulmones de Ernesto Herrera— viajaron para siempre. Y tal vez lo sigan haciendo, detenidos el ademán y la respiración, en las volutas livianas del humo".

2) Roberto J. Payró

"En 1903 se origina como un relámpago, un acontecimiento periodístico ilustre. Llega a Nico Pérez como corresponsal de "La Nación" de Buenos Aires el dramaturgo Roberto J. Payró, con una recomendación de Barreiro y Ramos, libreros de historial sustantivo en el mundo de las letras. Seguía el rastro de Saravia, para un reportaje. En "La Nación" el cronista escribe: ... "El desfile ha comenzado y los cuerpos pasan como visiones, casi a rienda suelta, haciendo retemblar el suelo con los cascos de sus caballos y vibrar el aire con sus "vivas" estruendosos. Las niñas les arrojan flores; algunos les dan en cambio sus divisas: el pueblo aplaude". La correspondencia de Payró a "La Nación" fue reunida en volumen por la Editora Banda Oriental en 1967, es decir, 64 años después de originada".

3) Un cineasta en Cuchilla Grande

"En estos mismos tiempos y lugares, se registra un acontecimiento periodístico inusual, que puede considerarse histórico en la fijación y evolución del tema. Es la presencia de reporteros del cine francés, recién inaugurado por el genio de los Lumiére. En los archivos del SODRE había una película que documentaba avatares de nuestra organización socio-política. Mostraba fuerzas irregulares, acampadas y en movimiento con la Cuchilla Grande —sus poblaciones, la estación ferroviaria, sus distancias, la mota reiterada de sus árboles— como telón de fondo. Material proveniente del fabuloso fondo capitalizado por Langlais en París. Toda la historia del cine universal —técnica y estética— estaba allí, en manos de un colector apasionado, que parecía escapado de una página de Molière y se comportaba sin miramientos cuando se trataba de lograr sus fines. No sabemos qué ha pasado con la película depositada en el SODRE. Pero sí que la riqueza cultural acumulada por Langlais en la capital francesa, fue devorada por el fuego, en 1978, y hoy es sólo un lejano y melancólico recuerdo".

TESIS FINAL

Escribir sobre Santiago Dossetti, es saber que su personalidad no puede tener un final. Ni siquiera literario. Sus innumerables facetas, sus profundos conocimientos, su inconmensurable hondura, son infinitos. Andamos por su obra y por su vida, y siempre hay algo más. Una imagen que nos lleva a una conclusión, una palabra que nos empuja hacia una bella sabiduría de las cosas. Como lo afirma el mismo Dossetti en uno de sus discursos refiriéndose a sí mismo: ... *"todo es parte del deslumbramiento de muchacho campesino que ingresa con asombro al mundo urbano. Muchacho que se detiene, blandito, para que el sortilegio lo inunde hasta los huesos —sencillo, apichonado, indefenso— como si fuera una garúa tibia y porfiada"*.

Así fue su estilo. Vida y palabra forman una sola luz, que lo iluminará hasta su declinación total. Fue un hombre de acción. Y la acción es incesante. Es la justificación de la literatura y el arte, la responsabilidad de darse sin fronteras ni retribución. Es la carta sin respuesta; es, el humanismo a corazón abierto.

Dossetti, solo en su mundo, no tenía caparazón que le impidiera avanzar. Estaba seguro que hay límites que pueden cruzarse y silencios que pueden decirse. Unía la reflexión al impulso, el idealismo al sistema y la eficacia, la potencia propulsora a la aptitud constructiva. En su mundo, todo tenía su razón de ser. Ignoraba las somnolencias, las treguas, las huidas. Supo cómo situarse, y asumió las dificultades y los fracasos que implica ser escritor. Poseía un coraje de vivir intelectual y práctico a la vez.

Espíritu de carácter y de increíble ternura, con visiones nítidas de poeta, con claridades líricas, mezcladas a la melancolía de todo ser que vibra con la devoción de los predestinados... Así vivió.

Ahora bien: ¿para qué sirve vivir en poesía? Nosotros lo sabemos. Y él también lo supo y lo expresó: ... *"el árbol vive por la raíz, pero se salva y camina por el tiempo en alas de la flor"*.

LA FAMILIA DE JAVIER DE VIANA

por

RENEE SUM SCOTT

El presente trabajo constituye
el Capítulo I de *Obra y vida
de Javier de Viana*.

A lo largo de su vida, Javier de Viana recordó una y otra vez a sus antecesores, exclusivamente los de su línea paterna. Esto merece revisarse y también es preciso indagar sobre su madre, al parecer una digna mujer, aunque nada se sabía sobre su condición. Este trasfondo familiar gravita en muchas páginas del autor y es necesario tenerlo presente.

Las ligaduras de Javier de Viana con la tierra del Uruguay empezaron antes de su nacimiento con sus raíces familiares. El escritor pertenecía, por línea paterna, a la más alta aristocracia del país de tiempos virreinales, poseedora de grandes extensiones de tierra. Su tatarabuelo, don José Joaquín de Viana, el primero del apellido que pisó territorio oriental, fue el primer gobernador que tuvo Montevideo. Sus descendientes figuraron notoriamente en los principales acontecimientos del país durante los días de la Colonia y también durante el período de la Independencia. Sin embargo, tal como sucedió con otras ilustres estirpes virreinales, algunos Viana sufrieron reveses de fortuna. El escritor vino al mundo en el seno de un hogar que era más bien de clase media, y hasta algo modesto.

Conviene insistir en esto: Viana tenía conciencia de su cuna distinguida. Fue reservado con ciertos aspectos biográficos que estimó menos dignos de su linaje, pero no vaciló en informar sobre aquellos que le parecieron honrosos. Apuntó así en su breve "Autobiografía" que compuso para la Academia Brasileira de Letras en 1920:

Desciendo de una familia de rancia nobleza hispana, siendo mi bisabuelo el mariscal José Joaquín de Viana —primer gobernador de Montevideo— "soldado valiente y magistrado pundoroso" al decir de las crónicas y a confiar en los reales elogios que contienen los amarillentos pergaminos de nuestra ejecutoria familiar. Y aún cuando yo no dé mérito excesivo a esta circunstancia, creo, que es preferible provenir de un caballero que de un galeote y que si la cruz de Calatrava y la de Carlos III, que mereció el genitor, no aseguran méritos a sus vástagos si éstos no saben ganarlos, siempre son preferibles a la cruz marcada a fuego en la espalda de los presidiarios.(1)

El nombre de José Joaquín de Viana (1718-1773), (2) marca un momento histórico en la Banda Oriental. Valiente soldado, don José Joaquín era un veterano que había hecho las campañas de Saboya y Piamonte. Por su distinguida carrera militar, alcanzó el grado de coronel en plena juventud, luego el de mariscal de los reales ejércitos y sobre eso ganó la nobilísima distinción de caballero de Calatrava. En 1749, cuando el Plata aún formaba parte del virreinato del Perú, Fernando VI creó la gobernación de Montevideo, cuando la ciudad sólo tenía treinta y tres años de fundada. El honroso nombramiento recayó en José Joaquín de Viana, quien ya había dado amplias pruebas de sus méritos y talentos.

Para empezar tuvo una tarea difícil. (3) Dentro de los muros de Montevideo el descontento de los vecinos crecía. La Corona prohibía todo comercio entre la ciudad con otros pueblos del exterior, y los oficiales espa-

ñoles encargados de la plaza, acaparaban los mejores negocios y tierras. Eran tiempos en que la Corona vivía la pesadilla del contrabando. Fuera, los colonos vivían aterrorizados por los ataques de los bandoleros salidos de la Colonia de Sacramento fundada por los portugueses en 1680 en territorio oriental, con miras a extender su dominio a las posesiones españolas. Además, eran frecuentes los asaltos de los indios charrúas y minuanes no reducidos. Don José Joaquín impulsó la edificación de Montevideo, permitiendo que se construyera con piedra que antes sólo se destinaba para la fortificación. Gracias a él la ciudad vivió tiempos de seguridad y progreso y en breve triplicó su población de 939 a 2.089 habitantes. Al mismo tiempo, el gobernador fundaba poblaciones y levantaba fortalezas en lugares estratégicos, cosa indispensable entonces para asegurar la tranquilidad de los vecinos. Una de las ciudades colonizadas por el gobernador fue Salto, cuna más adelante del ilustre Horacio Quiroga. Javier de Viana sentía especial predilección por esta ciudad del litoral porque en 1921, cuando se hallaba enfermo y pobre, le llegó de allí un álbum con dedicatorias de los vecinos y un alivio monetario.(4) Por algo comentó: *"Fundada por mi bisabuelo, ocurreseme la petulancia de considerarme ligado a ella por vínculos de parentesco"*.(5) Pese a que no tenía claro que fue su tatarabuelo y no su abuelo el colonizador de Salto, no perdió ocasión de recordar el ilustre lazo familiar. Se ve que los habitantes de Montevideo apreciaron la vasta labor del gobernador. En 1764 don José Joaquín cedió su puesto a don Agustín de la Rosa, el segundo gobernador. Cuando en 1771 éste, reñido con el cabildo, debió abandonar el cargo, la asamblea de criollos le pidió a Viana que volviera nuevamente al puesto. De ese modo continuó hasta 1773, poco antes de su muerte, su obra claramente positiva.

Cuatro años después de llegar a Montevideo, en 1755, el gobernador casó con una dama tan linajuda como él: doña María Francisca de Alzáybar, conocida en la época como *la Mariscala*. La novia, cuya sangre provenía de la región vascongada, era hija de Juan de Alzáybar, uno de los primeros colonizadores, y sobrina de Francisco de Alzáybar, caballero de Santiago, quien tuvo a su cargo el primer grupo de familias designadas por la Corona para poblar la Banda Oriental y era el hombre más rico de la región.(6) Cabe suponer que el casamiento del gobernador con doña María Francisca fuese un suceso señalado en la vida de aquella tranquila plaza. Entre los testigos figuraban Pedro León Soto, general del gobierno de la Banda Oriental y el propio Francisco de Alzáybar, quien obsequió una dote de mil yeguas y seis mil cabezas de ganado. Don José Joaquín regaló a su novia dos sortijas de esmeraldas y brillantes.(7) La rica hacienda de la pareja aumentó con el verdadero latifundio concedido por la Corona: tierras cercanas al ejido de la ciudad, en el arroyo Miguelete y otras entre el río Cebollatí y el arroyo Aiguá, en los límites de la gobernación. Todavía existe en esa región un paraje llamado *La Mariscala*, en memoria de la tatarabuela del escritor. Al morir, José Joaquín de Viana dejó su enorme fortuna a sus seis hijos, para que se la repartieran en partes iguales.(8) Vale decir, que no todo quedó a favor del mayorazgo, a diferencia de la vieja tradición española.

Francisco Xavier de Viana (1764-1820), quinto hijo del gobernador, fue el bisabuelo del escritor. Hombre distinguido, tuvo preeminencia y logró, como su padre, una brillante carrera.(9)

Le cabe a éste la honra de ser el primer marino nacido en la Banda Oriental. Sus primeros años transcurrieron en Montevideo. Allí recibió su

primera educación en el convento de San Bernardino de los padres franciscanos donde entonces concurrían los hijos de las familias más distinguidas. Entre sus compañeros se hallaba José Gervasio Artigas, el gran héroe de las guerras de la Independencia.(10) *La Mariscalá*, quien tal vez pensaba que el ambiente de la colonia resultaba estrecho para su retoño, lo envió a España a los diez años, destinándole a la marina de guerra. Desde entonces hasta su muerte, cuarenta y tres años más tarde, don Francisco Xavier no descansó en una agitada vida plena de realizaciones. Como oficial de la marina integró la tripulación de la nave *Astrea* que dio la vuelta al mundo. Luego se embarcó en la famosa expedición de las naves *Descubierta* y *Atrevida*, donde estuvo a cargo de las observaciones astronómicas de la expedición que se proponía levantar los mapas de la América Meridional.

Para entonces Montevideo se encontraba en una nueva etapa de su desarrollo. Desde 1776, creado el virreinato del Río de la Plata, formaba parte de él, y gracias a la ley del libre comercio de 1778 las colonias pudieron tener tráfico entre sí. Las nuevas disposiciones aumentaron la autonomía de la región a la vez que impulsaron su desarrollo. Pero mientras que otras provincias del Plata dependían del puerto de Buenos Aires para sus transacciones mercantiles, Montevideo contaba con un puerto de extraordinarias condiciones, incluso mejor que el de Buenos Aires. La institución del libre comercio favoreció la prosperidad de Montevideo, que se convirtió al poco tiempo en rival comercial de la cabeza del virreinato.(11) Esta cierta pugna entre las ciudades se manifestará aún más en la época de la Independencia.

En estos tiempos, don Francisco Xavier tuvo actuación destacada. En 1804 y 1805, le encomendaron el cuidado de los campos para detener el robo de ganado que practicaban los lusitanos; ya se sabe que Portugal anduvo deseoso de apoderarse del territorio oriental. Como comandante de la campaña repartió tierras en la frontera para asegurar los límites del territorio. En esta tarea pacificadora lo acompañaba justamente Artigas. Luego, mayor del ejército, don Francisco Xavier tomó la dirección de las tropas acampadas fuera de los muros de Montevideo. Allí se encontraba en 1807, cuando los ingleses en una tristemente célebre expedición naval, invadieron el Río de la Plata.(12) En la jornada, Francisco Xavier de Viana peleó valientemente dirigiendo junto al brigadier Bernardo Lecocq la defensa de las murallas de Montevideo. Tras fiera batalla los ingleses se apoderaron de la plaza. El ejército sitiador permitió que la policía siguiera funcionando y nombró a Viana director de ella. Los ingleses se retiraron del Plata a finales de ese año y don Francisco Xavier volvió al servicio del ejército español.

Las terribles noticias de la invasión napoleónica a España, infundieron en el espíritu criollo, bien sabido es, la idea de libertad. Las desavenencias entre el virrey de Buenos Aires y el gobernador de Montevideo ahondaban el deseo de los orientales de separarse de Buenos Aires. En 1808 Montevideo declaró cesante al virrey nombrando una junta de gobierno y en mayo de 1810 Buenos Aires emprendió una acción semejante. El ya prestigioso militar Artigas y muchísimos criollos reconocieron la Junta de Mayo, acercando el momento de la Independencia.

Viana se puso pronto del lado de los patriotas. En 1812, como general del ejército revolucionario, intervino en el sitio de Montevideo, último baluarte de los españoles. Lo acompañaban Manuel Oribe, su sobrino carnal,(13) quien habría de desempeñar un papel principal en los futuros sucesos del país.

En 1813, Viana se separó de Artigas, su compañero de la niñez. Artigas, vencedor de los españoles en la batalla de Las Piedras, se opuso al centralismo que pretendía ejercer Buenos Aires y apoyado por seis provincias argentinas creó la Liga Federal. Eran días confusos y revueltos. Viana, en desacuerdo, pasó a vivir en la Argentina, donde ocupó el cargo de gobernador intendente de Córdoba y más tarde llegó a ministro de guerra. En 1815, Carlos de Alvear, ministro supremo de las Provincias Unidas, le envió a Santa Fe para someter esa provincia que estaba bajo el protectorado de Artigas y en franca hostilidad con el directorio de Buenos Aires. Alvear fue derrocado el mismo año. Viana, junto con él y otros partidarios, salió desterrado a Río de Janeiro. Se vivían tiempos contradictorios: en 1818, Viana regresó a Montevideo, ocupada entonces por Portugal.(14) Lecor, capitán general de las fuerzas invasoras, procuró dar puestos distinguidos a los jefes orientales y le concedió a Viana el empleo de secretario para los asuntos en castellano. Dos años ocupó ese cargo, hasta que por imposibilidad física, tuvo que abandonarlo.

Aparte su destacada actuación militar, el bisabuelo del escritor también tuvo afición por las letras. Legó a la posteridad el diario de la expedición en las naves *Descubierta* y *Atrevida*. Era su obligación anotar diariamente los acontecimientos del viaje, pero Viana lo hizo hábilmente y con estilo ameno.(15) Fue hombre de pluma fácil. Tiempo adelante, en los últimos años de su vida, escribió sus memorias que tituló *Máximas de un padre a sus hijos*.(16)

En 1804 don Francisco Xavier, formó hogar con su sobrina carnal, doña María de la Concepción Norberto de Estrada, dama distinguida nacida de María Teresa de Viana, tercera hija del gobernador, y de Tomás Estrada, capitán del regimiento de infantería de Buenos Aires. Era, pues, pareja de alto rango. De dicho matrimonio nacieron cuatro hijos.

Francisco Javier de Viana (1804-1866), el primogénito, fue el abuelo del escritor. Este segundo don Francisco mantuvo la ilustre trayectoria militar de sus mayores.(17) En 1830, el Uruguay, liberado de la ocupación extranjera, firmó la primera Constitución que lo declaraba estado soberano. Sin embargo, pronto comenzó la llamada Guerra Grande (1839-1852),(18) entre Fructuoso Rivera y Manuel Oribe, héroes de la lucha contra la dominación portuguesa, y primeros presidentes del país. Oribe, debemos recordarlo, era pariente de los Viana. De este largo conflicto nacieron los partidos políticos tradicionales hasta hoy, *colorado* y *blanco*, cuyos nombres vinieron de las insignias que los distinguían.

En 1843, Oribe sitió la ciudad de Montevideo, con el auxilio de Juan Manuel Rosas, el caudillo argentino. El y sus partidarios deseaban restaurar el antiguo orden de la época hispánica. Dentro de la ciudad, Rivera contaba con el apoyo francés e inglés. Allí residían la mayoría de los extranjeros e intelectuales, quienes defendían el pensamiento liberal de los países europeos.(19) Entre los pobladores de Montevideo había numerosos unitarios argentinos que venían huyendo de Rosas. Algunos muy ilustres como Esteban Echeverría. Desde el punto de vista literario, la llegada de estos emigrados fue muy importante porque trajeron al Uruguay, como se sabe, el nuevo movimiento romántico.

Francisco Javier de Viana inició la ferviente tradición *blanca* de esta rama de la familia. Peleó al lado de su pariente Oribe y desempeñó el cargo de oficial de la jefatura del gobierno del Cerrito, campamento de las fuerzas

de ese caudillo. Tiempo adelante, Javier de Viana, continuará esta tradición con igual ardor durante toda la vida. El escritor no perdió oportunidad de recordar que pertenecía a la familia del fundador de su partido. En 1921, al final de un artículo donde defendía la actuación del jefe *blanco* escribió: "Por mi parte, descendiente directo de Manuel Oribe, y muy orgulloso de serlo, no gastaré un miligramo de tinta ni un instante de vida laboriosa en responder y comentar diatribas con que vanamente se pretende oscurecer la gloria del prócer".(20).

El abuelo del escritor siguió los pasos de sus mayores al establecer hogar. Eligió como esposa a doña Mercedes Ximénez Rodríguez, hija de un rico comerciante, quien también se había distinguido como comisario de guerra durante la dominación portuguesa. Apellidos menos sonoros, pero gentes de situación próspera. De ella tuvo cuatro hijas que murieron solteras y dos hijos: Javier y José Joaquín.

Llegamos así a José Joaquín, padre del escritor. Según la arraigada tradición de su estirpe, don José Joaquín se distinguió en las armas como mayor del ejército del presidente Bernardo Berro (1860-1864), quien provenía de las filas oribistas, igual que los Viana. Esto lo cuenta el propio escritor, quien por cierto tenía en su despacho el retrato de su padre vestido de uniforme militar.(21) El 30 de agosto de 1867, don José Joaquín se unió en matrimonio a Desideria Pérez, en la villa de Guadalupe (Canelones). La villa de Guadalupe era una pequeña población de 4.000 habitantes, distante sólo 40 kilómetros de Montevideo. La pareja se quedó a vivir allí. Los viejos vecinos recuerdan aun la casa de esa familia. Tenía forma alargada, con una hilera de habitaciones, el techo era de teja a dos aguas y se hallaba al final de la entonces calle Constitución (Florencio Sánchez).(22) En Guadalupe, el 5 de agosto de 1868, vino al mundo Javier Nieves de Viana, nuestro autor. Seis años más tarde nació su hermana Deolinda, por quien tuvo grande afecto.

Aquí los datos se vuelven confusos, en parte debido a las declaraciones del propio Javier de Viana. Dice en su "Autobiografía" que pasó su temprana niñez en la estancia de su abuelo y de su padre. Respecto al abuelo no abunda hasta hoy información. Sin embargo, resulta improbable que su padre fuese hacendado. Se ha señalado que don José Joaquín fue un modesto empleado policial de la villa de Guadalupe.(23) Sobre eso se sabe que el escritor pasó los primeros siete años de su vida en la estancia de la familia Ponce de León, en el departamento de Florida, donde sus padres se mudaron poco después de su nacimiento. La noticia se confirma por él mismo en otra ocasión(24)

Javier de Viana no vaciló en mencionar el linaje paterno, pero no dijo nada del de su madre. Doña Desideria no parece haber tenido la alcurnia de su marido. A juzgar por su correspondencia, provenía de una familia de pequeños propietarios de la villa de Guadalupe, y tuvo dos hermanos, Nicasio y Antonio Pérez.(25) Nicasio fue un segundo padre para Javier y Deolinda cuando su padre murió en 1879.

Puede ser que además Javier tuviera un hermano ilegítimo, Francisco de Viana, de quien tampoco comentó. Se conservan tres cartas inéditas, todas de 1911, que el escritor envió a Francisco. Están encabezadas por un "Querido hermano" y al final se lee "de tu hermano". Asimismo, Javier le dedicó a Francisco el cuento "Dame tiempo, hermano".(26) Parece, pues, haberle tenido afecto. Es curioso advertir que el relato trata justamente de

un gaucho que no quiere casarse con la mujer con quien tiene amores.
Tema, como tantos de su vida, que inspiraron su obra.

(1) Viana escribió la breve "Autobiografía" para la Academia Brasileira de Letras al ser designado miembro en 1920. Se adelantó como primicia encabezando el reportaje que le hizo Edmundo Montagne. Véase, "Con Javier de Viana, nuestro príncipe de los novelistas campestres", *Atlántida*, Buenos Aires, n° 165, 26 de marzo de 1921. Hasta donde sabemos fue la última entrevista concedida por el escritor.

(2) Para el árbol genealógico de Javier de Viana, véase p. 12.

(3) Para la presentación de la figura del gobernador, véase Francisco Bauzá, *Historia de la dominación española en el Uruguay*, 3ª ed., II (Montevideo: El Demócrata, 1929), pp. 249-287, y Luis Azarola Gil, *Veinte linajes del siglo XVIII* (París: Franco-Ibero-Americana, s.f.), pp. 53-62.

(4) Estas declaraciones de Viana a Eduardo Taborda son de 1925. Arturo Sergio Visca publicó el reportaje bajo el título "Un rato de charla con Javier de Viana" junto a cierta correspondencia inédita sobre el autor en "Testimonios sobre la 'Situación vital' de Javier de Viana", *Revista de la Biblioteca Nacional*, Montevideo, 5 (1972), 11-24. Fue el último reportaje hecho al escritor. Parte de él apareció, bajo el mismo título, en *Nuestra América*, Buenos Aires, 55 (1926). Una copia de la entrevista se conserva en la Biblioteca Nacional de Montevideo, Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, colección *Archivo Viana*; en adelante citado como B.N.

(5) *Ibid.*, p. 23.

(6) Francisco de Alzáybar era ya un rico comerciante cuando Felipe V le encomendó la colonización de la Banda Oriental. Más tarde, un grave conflicto lo separó de las autoridades municipales, quienes lo acusaban de acaparar los mejores campos y ganados en perjuicio de otros colonos que vivían en la pobreza. Azarola Gil, pp. 26-41.

(7) Véase el testamento del gobernador, citado por Azarola Gil, pp. 59-61.

(8) *Ibid.*

(9) Para la vida de Francisco Xavier de Viana, véase Isidoro de María, *Rasgos biográficos de hombres notables de la República Oriental del Uruguay*, IV (Montevideo: Claudio García, 1939), pp. 5-13.

(10) Ricardo Golderacena, *El libro de los linajes*, II (Montevideo: Arca, 1978), p. 250.

(11) Buenos Aires aprovechó las ventajas que le daba ser la cabeza del virreinato para entorpecer el comercio de Montevideo. Entre otras medidas, creó un impuesto de avería que se recaudaba en Montevideo y Buenos Aires pero que sólo Buenos Aires utilizaba e impuso una contribución extraordinaria de Montevideo para defenderla de las invasiones inglesas. Esta ciudad reaccionó formando una junta de comerciantes encargada de defender sus derechos. Véase Alberto Zum Felde, *Evolución histórica del Uruguay*, 3ª ed. (Montevideo: Máximo García, 1945), pp. 35-47.

(12) En 1806, los invasores ingleses se apoderaron de Buenos Aires que ese mismo año fue reconquistada por un ejército compuesto en buena parte de criollos y españoles de Montevideo y soldados llegados de Buenos Aires durante el comienzo de la invasión. En 1807, los ingleses tomaron Montevideo donde permanecieron hasta finales de ese año cuando se retiraron definitivamente del Río de la Plata. Véase Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América Latina*, 4ª ed. (Madrid: Alianza, 1975), pp. 82-88.

(13) Manuel Oribe era hijo de doña María Francisca de Viana, segunda hija del gobernador y de Francisco de Oribe, Azarola Gil, p. 57.

(14) La Banda Oriental estuvo bajo la dominación portuguesa de 1816 a 1824, año en que fue ocupada por el Brasil que poco antes había obtenido su independencia. En 1828 el Uruguay quedó libre de intervención extranjera.

(15) Véase el prólogo de Homero Martínez a Francisco Xavier de Viana, *Diario de viaje*, II (Montevideo: Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, 1958). Se señala allí que ese texto fue publicado en folletín en el periódico *El defensor de la Independencia Americana* desde setiembre de 1849 hasta octubre de 1850. Vale decir, buen tiempo después de la muerte de Francisco Xavier de Viana.

(16) Goldaracena, p. 258.

(17) No se conserva mucha información sobre Francisco Javier de Viana. Sobre su vida, véase Goldaracena, pp. 260-261.

(18) La dilatadísima Guerra Grande tuvo efectos devastadores para el Uruguay: los campos quedaron desatendidos y el país endeudado con acreedores nacionales y extranjeros. Véase, José Pedro Barrán, *Apogeo y crisis del Uruguay pastoril y caudillesco*, 4ª ed., III (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1979), pp. 44-52.

(19) Según Zum Felde (*Evolución histórica*, pp. 223-249), las distinciones ideológicas entre los partidos políticos llegan hasta esta época. Mientras que el partido *blanco* o nacionalista, de tradición "hidaiga, castiza y patricia" absorbe al emigrante español, el *colorado*, "cosmopolita y reformista", atrae a los venidos de Italia y otros países extranjeros.

(20) "Más allá del año 40. El asesino Oribe", *El País*, Montevideo, 2 de noviembre de 1921.

(21) Cuando Edmundo Montagne visitó la casa de Viana se interesó por un retrato colgado en la pared del estudio del escritor. Este le comentó que era su padre que había servido como mayor en el ejército, durante la presidencia de Berro.

(22) El 5 de octubre de 1982, al cumplirse 56 años de su muerte, la ciudad de Canelones rindió homenaje a Javier de Viana. Fue inaugurado un busto de bronce del escritor en la plazoleta Néstor Amaro y se colocó una placa en el lugar que ocupaba su casa. "Homenaje de Canelones a Javier de Viana)". Suplemento dominical de *El Día*, Montevideo, 26 de diciembre de 1982.

(23) José M. Fernández Saldaña, *Diccionario uruguayo de biografías 1810-1* (Montevideo: Amerindia, 1945), p. 1308.

(24) Taborda, p. 19.

(25) Javier de Viana, en su carta a Deolinda de Viana, Buenos Aires, 23 de abril de 1915, quiere saber el estado de la herencia de los Pérez. Pregunta si se hallan saneados los títulos de propiedad de la casa que fue de la madre y también si el terreno adyacente del tío Antonio, entra en su herencia. En otra carta a Deolinda de Viana, Buenos Aires, 1 de junio de 1915, pregunta nuevamente sobre el campo del tío Antonio. Ambas cartas se conservan en el Museo Histórico Nacional de Montevideo, Sección Manuscritos, colección *Archivo Viana*; en adelante citado como M.H.

(26) Las cartas de Javier de Viana a Francisco de Viana están fechadas en Montevideo el 16 y 20 de febrero y el 20 de agosto de 1911. Se conservan en el Archivo Viana, M.H.

INDICE

Libros, lecturas y Bibliotecas durante la Colonia y la Revolución Artiguista.	
Oscar Jorge Villa y Alicia Fernández	7
Manuel de Castro: El gran olvidado.	
Napoleón Baccino Ponce de León	41
Cuatro apuntes de lexicografía uruguaya.	
Avenir Rosell	53
Santiago Dossetti: Un estilo de vida	
Gladys Cancela	63
La familia de Javier de Viana.	
Renée Sum Scott	73

Esta publicación se terminó de imprimir en los talleres de Prisma Ltda., Gaboto 1582, Montevideo, Uruguay, en el mes de enero de 1984. (Edición amparada en el art. 79 de la Ley 13.349). Le correspondió el depósito legal N° 193.146/84.

